



HQN™

Nayeli

El regalo del duque

MERCEDDES GALLEGO

D.J.57



HQN™

Nayeli
El regalo del duque

MERCEDDES GALLEGO

Nayeli
El regalo del duque

MERCEDES GALLEGO

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. www.conlicencia.com - Tels.: 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Núñez de Balboa, 56

28001 Madrid

© 2016 Mercedes Pérez Gallego

© 2019 Harlequin Ibérica, una división de HarperCollins Ibérica, S.A.

Nayeli. El regalo del duque, n.º 248 - octubre 2019

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial.

Esta edición ha sido publicada con autorización de Harlequin Books S.A.

Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares, y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos de negocios (comerciales), hechos o situaciones son pura coincidencia.

® Harlequin, HQÑ y logotipo Harlequin son marcas registradas propiedad de Harlequin Enterprises Limited.

® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia.

Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.

Imagen de cubierta utilizada con permiso de Shutterstock.

I.S.B.N.: 978-84-1328-744-7

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

[Créditos](#)

[Índice](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Epílogo](#)

[Nota de la autora](#)

[Biografía](#)

[Si te ha gustado este libro...](#)

*Créeme, en tu corazón
brilla la estrella de tu destino.*
Fiedrich Schiller

*Lo que puedes hacer
o has soñado que podrías hacer,
debes comenzarlo.
La osadía lleva en sí
genio, poder y magia.*
Goethe

Para Leo, léeme desde las estrellas.

Capítulo 1

Londres, primavera de 1822

Dolerman House brillaba en todo su esplendor. Las farolas de la calle iluminaban la llegada de los carruajes mientras la luna llena se ocultaba y aparecía entre las nubes que surcaban el cielo londinense de una noche de mayo. La temporada estaba recién iniciada, pero no era ese el motivo del ir y venir de visitantes de alta alcurnia; lo que les traía hasta la mansión del duque de Ivory era contemplar con sus propios ojos que uno de los solteros estrella del país había regresado de su extraño exilio en la India y volvía a estar disponible.

Con una sonrisa en sus sensuales labios y haciendo gala de su exquisita educación, Andrew Perry fue recibiendo en solitario a sus invitados. Saludó ceremoniosamente a lord Liverpool, primer ministro de Jorge IV, y besó la mano de su anodina segunda esposa para después continuar con la larga lista de aristócratas que deseaban echarle un vistazo, solicitarle un favor o endosarle a alguna de sus hijas en edad casadera. Sin embargo, aunque lo disimulara, solo tenía ojos para el grupo que se formó a la entrada de su inmenso vestíbulo, el cual coreaba entre besos y saludos el tiempo que llevaban sin verse. Lord Michael Sinclair, recién llegado de Francia, estaba siendo objeto de interés por parte de la condesa Blackmoon, la vizcondesa Dermont, lady Elizabeth y la señora Vernot. Todas lucían atuendos elegantes y espectaculares joyas, pero no por ello dejaban de recibir significativas miradas de maledicencia de las matronas de la fiesta. A ninguna le pasaba desapercibida la belleza de aquel ramillete de mujeres que bien podían quitarle el protagonismo a sus jóvenes hijas a pesar de que la mayoría ya habían sido madres.

Andrew ocultó el regocijo que le inundó el imaginar cómo habría sido el encuentro entre Michael y Bella en la intimidad, ya que ambos eran amantes desde hacía muchos años. No obstante, disimulaban a la perfección de cara a la galería. Fue testigo de cómo su amigo se ofrecía con un gesto galante a acompañar a la supuesta viuda para hacer juntos la entrada en el salón y el resto del corro se reagrupó: Clarence cogió del codo a William, Axel dio la

mano a Devon y Beth tomó de un brazo a Steve, quien a su vez ofrecía el otro a su hermana. Fue entonces cuando se percató de que Megan Cameron había estado estudiándolo. Al sentirse descubierta, ella le sonrió con un mohín de afabilidad no exento de ironía. Parecía una mujer observadora, atenta a los detalles, y se prometió dedicar un tiempo a conocerla. Pero no esa noche; cientos de invitados estaban pendientes de él y debía comportarse como exigía la etiqueta: siendo el duque de Ivory. Oportunidades habría para mostrar a Andrew Perry.

Sonaba el tercer vals de la noche cuando se atrevió a sacar a Axel a la pista. Apenas había tenido ocasión de departir con sus amigos, aunque Clarence había acudido en su auxilio en un par de ocasiones para librarle de algunas entrometidas y había bailado con ella. También con Beth y Bella.

Cada vez que pensó en invitar a la joven americana le había desazonado su sonrisa irónica y había dado marcha atrás, especulando qué sabría realmente de él. Aparte de sus íntimos, nadie conoció sus sentimientos hacia la señorita Birmingham, y si en alguna fiesta se les vio más unidos de lo normal se atribuyó al carácter galante del duque. Sin embargo, ignoraba qué confidencias habrían compartido las mujeres entre ellas.

Se centró en el objeto de su interés, perdiéndose en los ojos verdes, procurando desentenderse del magnífico vestido que dejaba los hombros al aire y realzaba los pechos y caderas de su portadora como si fuera una ninfa.

—¡Creí que no me sacarías nunca! —se quejó Axel con evidente sarcasmo.

—¿Acaso Devon te tiene mal atendida? Si es así, tendré que retarle en duelo. ¡No te perdí para que tuvieras quejas tan pronto!

Su risa espontánea le arrancó destellos de felicidad. Por mucho que pretendiera haberla olvidado resultaba imposible estar a su vera y no contagiarse de su alegría.

—Tranquilo, no habrá lugar... —Fruunció la nariz con un mohín coqueto—. ¿Te hemos presentado las disculpas de tía Elena y Stephen? El pobre anda acatarrado y ella no quiso que se enfriara más... De todos modos, ya sabes que no son dados a las fiestas, aunque con la tuya hubieran hecho una excepción. ¡No todos los días se junta lo más granado de la sociedad para recibir a un duque!

Los labios sensuales se expandieron divertidos y a sus ojos asomó la

eterna ironía que lo caracterizaba.

—¡Lo único que buscan es cotillear! Comprobar de primera mano si he perdido mis modales al mezclarme con los indígenas orientales. Escuché que corren rumores acerca de mi interés por las costumbres indias. Quizá esperaban verme del brazo de alguna princesa hindú. ¡Quién sabe! Pero, en el peor de los casos, lo que quieren es asegurarse de que siga soltero para endilgarme a una ternera de ojos claros.

Axel trastabilló en la zancada arrancando la risa de Andrew por el rubor que cubrió su semblante.

—¡Vamos, Axel, no me digas que aún te sonrojas por comentarios como ese! ¡Eres una vizcondesa, por Dios!

—¡Y tú un duque que no debería usar semejantes expresiones! ¿No te da vergüenza? Las pobres ya lo pasan bastante mal con sus madres empujándolas como si fueran al matadero...

Él contestó a su reproche con un rictus cómico.

—¿Ves? Por eso las llamo terneras.

Ella echó de menos no tener a mano su abanico para golpearle un hombro, aunque no se contuvo de apretarle los dedos que ambos llevaban enguantados.

—¡Creí que la edad te haría menos cínico y más encantador!

—¿Aún más? —Su expresión de galanteador llenó de alborozo a Axel y, como siempre, se reflejó en su semblante. Él, aturdido, optó por campos más trillados que le distrajeran de su embobamiento—. ¿Cómo está tu hijo? ¿Lograste quitarle el azul de las manos?

La alusión al pequeño Andrew modificó los rasgos de la vizcondesa, dulcificándola.

—Fue Meg en realidad. Usó no sé qué hierba para conseguirlo, pero costó lo suyo, no creas. ¿Cuándo vas a venir a conocerlo?

—Mañana con toda probabilidad. Devon me ha invitado a almorzar. —Dada su sorpresa, comprendió que no sabía nada—. He andado demasiado ocupado proporcionando informes a mis socios y organizando esta alharaca. Estoy deseando retomar las buenas costumbres y recuperar a mis amigos.

—Devon me dijo que ocuparás tu escaño...

Andrew contuvo el anhelo de acariciar sus mejillas. Sabía cuánto significaba para ella que los políticos lucharan por mejoras sociales. Como tenía bien encauzados a su esposo y a Blake era evidente que solo le quedaba

él.

—Descuida. Tienes en mí a un aliado.

—Eso no lo he dudado nunca —aseveró ella, deteniendo los pasos al tiempo que cesaba la música—. Por cierto, ¿por qué no has sacado a bailar a Meg? ¿No te parece una mujer atractiva?

Él simuló un terror desmesurado mientras la llevaba de regreso con su esposo.

—¿Estás ejerciendo de casamentera? No veo a la señorita Cameron con cara de ternera...

Los ojos verdes lo fulminaron sin querer disculpar la burla de su rostro. A cambio, Axel se volvió a su esposo y enlazó su brazo con energía.

—¿Cómo se te ocurre invitar a este desaprensivo a almorzar mañana? ¿No sabes que es el «día de las chicas»?

Devon Hunt enarcó una ceja, aunque sus ojos risueños desmintieron el olvido.

—¡Invadís mi casa todos los domingos! Me pareció justo tomarme la revancha. También se lo he dicho al resto —confesó.

Axel se dejó envolver por el grupo y lo besó en los labios con brevedad, el gesto pícaro.

—Ya hablaremos tú y yo más tarde... ¡Tu casa!

La mirada castaña mostró la adoración que sentía por ella.

—Es una manera de hablar, cariño. ¡Ya sabemos quién manda en ella!

Clarence golpeó el hombro de Devon con su abanico lila, conjuntado con el color de su vestido.

—Sí, ya sabemos quién maneja este grupo desde que se te ocurrió sacarla de Marion Hill. ¡Con lo bien que le sentaba el atuendo campestre!

De reojo, Andrew vio cómo la expresión de Megan Cameron se sumía en el desconcierto y se volvió hacia ella.

—Por su rostro, parece que últimamente se han portado de lo más decente. ¡Debe de ser que saco sus peores instintos a relucir! ¿Nunca había oído a Clarence celosa de Axel o a Beth besando el suelo que pisa? ¡Me temo que me he ausentado demasiado tiempo! Habrá que ponerle remedio a tantos años de tedio... Por cierto, ¿desde cuándo vive en Londres?

—Llegué hace dos años —confesó, aturdida por la abierta camaradería del corro.

Comenzó un vals de nuevo y Andrew tiró de su mano sin ningún

preliminar, alentado por aquella voz ronca que le resultaba tan sensual.

—¿Y aún no ha pillado a un aristócrata? ¡Qué refrescante! Creo que será un placer mantener una conversación con usted.

El gesto de Megan se mantuvo serio, aunque lo siguió a la pista no deseando dar un espectáculo. Cuando él le sujetó la cintura ella se mantuvo hierática.

—¿No le gustamos los hombres con título? ¿Es usted declaradamente demócrata?

—No entiendo las relaciones sociales basadas en la desigualdad, si es a lo que se refiere; pero no creo que sea un tema para tratar bailando un vals — contestó esquiva, no sabiendo cómo lidiar con un hombre de semejante desenvoltura.

Andrew se perdió en el azabache de sus ojos y esbozó una sonrisa sincera mientras la estrechaba aún más contra su sólido cuerpo.

—Tiene usted razón, señorita Cameron. Mis disculpas. El vals se inventó para disfrutar de la proximidad del acompañante.

Ella no supo qué decir, asombrada por su descaro al cercarla. Había contemplado cómo devoraba a Axel con los ojos y estaba enterada de su fallido interés, por eso le sorprendió que ahora la abrazara a ella como si fuera la única mujer sobre la faz de la tierra. Se dijo que aquello debía de ser lo que temían las mujeres de buena reputación. Hombres que al tocarte te hacían sentir única.

Terminaron la velada con fuegos artificiales en los jardines que daban al Támesis. La mansión contaba con elegantes parterres en la entrada principal, sita en la calle Strand y con una extensa pradera ajardinada en la parte de atrás con terrazas que descendían hasta un embarcadero privado.

Mientras contemplaban el espectáculo entre aplausos y exclamaciones, Megan miró en rededor, asombrada de lo peculiar que le resultaba la residencia del duque de Ivory. Había imaginado un lugar suntuoso dado su título, pero comprobó que la residencia de los Blackmoon tenía más de todo, más escaleras, más alas, más decoración... Sin embargo, Dolerman House adolecía de una encantadora sencillez. Su doble planta de piedra blanca erguida sobre un basamento que cobijaba las habitaciones de los sirvientes y la bodega, contenía un primer piso para actos sociales y un segundo para las dependencias privadas, según le cuchicheó Beth. El edificio se remataba con

una cresta de balaustrada y un tejado del que sobresalían cinco chimeneas. No obstante, lo que más le había impactado era la escalera de acceso a la terraza principal. Contaba con dos tramos paralelos de curvas contrapuestas a la que venían a confluir los dos caminos de grava que comenzaban tras la elaborada verja de hierro donde se distinguía el escudo de armas de la familia, el cual incluía un león, un castillo y una flor de lis. En aquella noche ceremonial la verja estaba abierta de par en par, aunque Megan observó que los caminos surgían de las puertas laterales, más pequeñas y menos adornadas, coronadas por farolas de gas como casi todo el recinto.

Andrew, que había notado su interés, se acercó con parsimonia, aceptando de paso los parabienes que sus invitados le otorgaban por la fastuosa fiesta mientras iban despidiéndose. Sabía que sus íntimos se quedarían hasta el final y no había temor de que la americana desapareciera antes de cruzar unas palabras con ella.

Un ligero tentempié les esperaba en una de las alas porticadas y tomó del brazo a la señorita Cameron con descuido, guiándola hacia la mesa que sus criados habían organizado con el esmero del que solían hacer gala. Bocaditos de *delicatessen* y espumoso champán recién servido abrió el apetito de su exclusivo grupo.

—¡Desde luego, tú sí que sabes organizar fiestas! —afirmó Clarence llevándose un sándwich de salmón a la boca.

William, divertido, se lo quitó antes de que tocara sus labios y se lo zampó con ademán provocativo.

—¿Insinúas que las nuestras son menos fastuosas? Tendré que quejarme, entonces, de vuestra capacidad, mi condesa...

Ella le abofeteó blandamente con su mano libre de guantes mientras una sonrisa gatuna se extendía por su boca.

—¡Eso era mío!

—Empiezas a ensanchar en las caderas, mi amor. Quizá te convengan más las delicias de puerro.

La mirada azul contuvo la risa mientras un rictus de reproche perfilaba sus bellos rasgos. Sabía que los miraban y le encantaba dar un espectáculo.

—¿Me estás llamando gorda?

—Tal vez deberíamos comentarle a nuestros amigos que vamos a agrandar la familia. ¡Además de tu preciosa tripa!

Blake había abrazado por la espalda a su esposa y le acariciaba sin

disimulos las caderas mientras posaba sus labios sobre su sien, visiblemente enamorado.

—¡Blackmoon, por Dios, cómo os gusta dar la nota! ¡Luego decís de Axel! —reprochó Andrew, en apariencia enojado—. Hoy era mi —recalcó— día; y ahora lo habéis convertido en el vuestro. ¿A quién le importa que yo regrese si la condesa se empeña en darte herederos a manta? ¿No habéis tenido bastante con los gemelos?

Clarence se soltó de su marido para dar un beso al histriónico duque, arrancando risas y parabienes de los demás.

—No te pongas cascarrabias, que todos sabemos que te tirarás por los suelos para malcriarlos en cuanto tengas ocasión. Y si tanta envidia te da, búscate una duquesa que nos haga la competencia. ¿Verdad, chicas?

Beth alzó su copa y propuso un brindis con su habitual calma, chocando el cristal con el de su apuesto marido.

—¡Por la generación que seguirá nuestros pasos! Porque les eduquemos con los valores que hemos aprendido a desarrollar... ¡Y por Andrew, que, aunque estuvo lejos, jamás se apartó de nuestros corazones!

Los diez brindaron emocionados y después Steve besó a su mujer con una pasión que empujó al resto a seguir sus pasos.

Megan, sonrojada hasta lo más profundo de su escote, no supo dónde posar la mirada, así que Andrew la tomó del codo y la alejó hacia el interior de la pradera, dándole tiempo a serenarse.

—Me pareció que le gustaba mi casa...

Ella agradeció el giro que intentaba darle a la conversación, pero no pudo menos de mostrar su asombro por lo acontecido.

—Llevo dos años en Londres, alternando con los Valmont y los Blackmoon, y le aseguro que jamás les había visto tomarse tamañas libertades en público... He reído muchas veces con la deslenguada condesa, y con la ágil habilidad de Axel para replicarle, pero no estando sus esposos delante. ¡Creí que por eso habían establecido los almuerzos dominicales, para desfogarse de las tonterías!

Andrew frunció el ceño, sorprendido por sus palabras.

—¿Es usted conservadora? ¡Siendo americana la esperaba más progresista! Lo cierto es que se portan así porque no están en público como usted parece pensar. La amistad entre nosotros está enraizada desde muy antiguo y la libertad de palabra y hecho es absoluta, tanto en hombres como

en mujeres.

Las mejillas de Megan se sonrojaron con violencia.

—Lo siento, no pretendía que sonara a reproche. Todo lo contrario. ¡Me resulta maravilloso que se comporten con semejante naturalidad! Me recuerdan a una gran familia. Es solo que no les había visto antes así.

Andrew se solazó por el comentario, que indirectamente le favorecía.

—Será que mi presencia, además de alentar el descaro, también provoca sentimientos hermosos.

A pesar de la oscuridad nocturna, Andrew, gran conocedor del género femenino, supo que había logrado aturullarla y una sonrisa victoriosa asomó a sus labios. Sin embargo, prefirió ganársela por otros derroteros.

—Le preguntaba por mi casa. ¿La encuentra de su gusto?

Los ojos negros le confrontaron, más segura Megan del terreno que pisaba.

—¡Mucho! Resulta de una sencillez conmovedora.

La carcajada del duque resonó en los jardines y atrajo la mirada de sus amigos, pero viendo que charlaba con la señorita Cameron retomaron sus bromas y carantoñas.

Ella se volvió a sonrojar, preguntándose si habría dicho algo incorrecto.

—Espero que sencillez no rime con simpleza —ironizó él.

—¿Hay manera de hablar con usted sin caer en malentendidos? —replicó, contrariada.

Andrew le tomó una mano que aún conservaba enguantada y le besó el dorso con parsimonia.

—Soy travieso por naturaleza. Discúlpeme. —Sin transición posó una mano sobre su cintura y la guio al interior del pabellón, iluminado por candelabros—. Esta casa se construyó hace trescientos años en un estilo clásico llamado Palladiano. Tengo la fortuna de que mis antepasados fueran tan dados a lo sencillo en arquitectura como yo mismo, si no, la habría derribado. Mi tía abuela Alberta era una apasionada pintora y su marido le construyó estas galerías para que trabajara en sus telas a lo largo de todo el año. Se conservan en las paredes del palacio. Cuando realice una visita más detenida se las mostraré. Si es que el arte le interesa.

—Me apasiona —confesó Megan, subyugada por las desconocidas facetas del duque. Había esperado de él un aristócrata fatuo y altivo, no un profundo conocedor de pintura y escultura.

—Entonces, le haré llegar una invitación formal para tomar el té y reanudaremos el tema —concluyó él.

Habían llegado donde sus amigos degustaban los últimos bocados y sacó a relucir su lado más bromista.

—¡Menos mal que mañana comeremos en tu casa, Devon! ¡Y que mis criados cenaron antes de la fiesta! ¡No habéis dejado ni las migas! Espero que no tuviera hambre, señorita Cameron.

Ella sonrió, integrada en el jolgorio del grupo.

—Por suerte, la cena resultó suficiente.

—¡Nadie lo diría al ver esta mesa!

—¡No olvides que ahora como por dos! —replicó Clarence, radiante, aunque de improviso su rostro se contrajo en un rictus de susto—. ¡Dios santo, espero que no sea de nuevo por tres!

—No diría yo que no —rio William, pasando la mano por la inexistente tripa de su esposa.

—¡Siempre tan arrogante, escocés! —masculló Andrew, recibiendo el aplauso de sus amigos varones.

Blake enarcó una ceja con ironía sin dejar de abrazar el esbelto cuerpo de Clarence.

—Burlaos, pero hasta ahora soy el único que tiene dos hijos.

Axel sujetó el brazo de Devon y le tentó con una insinuante sonrisa.

—Cariño, creo que deberíamos regresar a casa.

—¿Te ha motivado el reto de William? —replicó él, burlón y encantado.

—¡Como si nosotros necesitáramos retos para retozar!

—Señores, señoras —intervino Steve Cameron con fingida seriedad—. Se os olvida que contamos entre nuestros componentes con un miembro del género femenino que aún no ha pasado por el altar.

Todas las miradas confluyeron en Megan. Sus mejillas se incendiaron y reaccionó contra su hermano.

—Si no te importa, tengo veinticinco años, uno más que tú, y no soy ninguna mojigata. ¡He visto aparearse animales en dos continentes e incluso he ayudado en el parto de más de una yegua!

—Me quedo mucho más tranquilo, entonces —contestó flemático su hermano, ignorando el pellizco de Beth sobre su brazo.

—De todos modos, diría que es hora de que cada cual parta a su guarida —sugirió Michael con sorna, sin soltar de su abrazo la estrecha cintura de

Bella Vernet—. Los criados del duque tienen trabajo por delante y nosotros habremos de recuperarnos para el magnífico ágape que los Valmont han prometido...

—¡Ya veremos si la señora Collins no os pone de patitas en la calle! —rio Axel—. ¡Cuando le sale su genio irlandés no se para en mientes con ningún lord!

—Ya envié aviso a Benson —la tranquilizó Devon.

—¡Perfecto! Pero mañana bajas tú a las cocinas y le cuentas que la idea de doblar el número de invitados fue tuya. Ya sabes que a mí me tiene en gran aprecio.

—¡Faltaría! —replicó Clarence, divertida.

—La sacaste de un tugurio de mala muerte para introducirla en el Centro y después te la llevaste a tu casa. ¡Como para que no te bese los pies! —coincidió por una vez Beth con su prima.

—¡No digáis que no supe valorar su talento! ¡Es una cocinera excelente!

—Te adelantaste, sí —admitió Steve—. Meg también le había echado el ojo.

Un carraspeo de Andrew les hizo retomar la idea de marcharse. Entre risas y algún que otro reproche por nimiedades recogieron sus capas y sombreros y abandonaron la fiesta sabiendo que podrían reanudarla al día siguiente como si el tiempo no hubiera transcurrido.

Capítulo 2

Megan se despojó del vestido con ayuda de su doncella y la despidió con una sonrisa incómoda, avergonzada de tener a la joven pendiente de su persona. En Boston usaba ropa que se podía poner y quitar con facilidad, y lo mismo hacía en Londres siempre que podía, pero los trajes de fiesta eran tan complicados, con diminutos botones, corsés apretados y crinolinas que le hacían falta dos manos más. Depositó sobre el tocador el collar de perlas y las peinetas de nácar y dejó escapar el cabello hasta que acarició su cintura, liso como una manta de visón. Mientras lo cepillaba se preguntó si el duque habría sido consciente de cómo lucía. Su imagen en el espejo le devolvió un rictus incrédulo. Ni se había vestido y peinado para él ni, sin duda, él se había percatado de su persona. Resultaba evidente, aunque lo ocultara tras una máscara imperturbable, su atracción por lady Valmont. Recordó cómo les había encontrado asidos de las manos en el despacho del Centro, y si bien no dudaba de los sentimientos de Axel hacia su esposo, no estaba tan confiada de que, en verdad, el duque la hubiera olvidado. Preguntándose qué podría importarle eso a ella, se puso el camisón y se metió en la cama.

Las manos de Lonan le deshicieron la trenza y peinaron sus cabellos con delicadeza, masajeando sus sienes y su nuca mientras sus ojos la adoraban con aquella fascinada mirada que siempre había mostrado desde que se encontraron por primera vez. Ella gimió con su contacto y él acercó los labios a su rostro para recorrer con parsimonia los contornos de su boca, su mentón y su cuello al tiempo que deslizaba las mangas de su vestido y la dejaba expuesta al sol de la tarde que iluminaba la pradera. Sin detenerlo, ella se aferró a sus hombros desnudos y atrajo el pecho de piel morena hasta el suyo, regodeándose en el placer de sentirlo excitado bajo el faldellín de piel que ocultaba su sexo. Ese ligero trapo y unos mocasines eran todo su atuendo y ella envidió no poder moverse bajo el cielo con la misma libertad. Sin apartar sus ojos color miel de los negros, él la recostó contra la hierba y tiró del vestido hasta dejarla solo con la camisola transparente. Un brillo de triunfo encendió el rostro masculino, de rasgos enérgicos, con pómulos altos y boca sensual, de gruesos labios que buscaron los pechos de ella, erizados por el

anhelo, para abarcarlos y succionarlos enviando oleadas de placer al centro mismo de su pubis, húmedo para él.

Lonan se detuvo en su ombligo, rodeándolo con los dientes, en el interior de sus muslos y en sus rodillas, ignorando el apremio de las caderas que se alzaban rogando atención. La risa se reflejaba en su rostro, con divertida expresión de felicidad mientras proporcionaba todo el placer posible a la mujer bajo sus miembros, hasta que las uñas se clavaron en sus antebrazos y supo que no podía recrearse más, que ella lo necesitaba con una urgencia rayana en la locura... Apartó la piel y permitió que los finos dedos apresaran su sexo y lo condujeran hasta el mejor sitio donde podía estar.

Con un rugido de posesión la penetró uniendo su boca a la de ella, que lo reclamaba entre jadeos, y la cabalgó con furia y ternura al mismo tiempo, ofreciéndose como un regalo de la naturaleza a la única mujer que había calado en su corazón a pesar de tener un color de piel tan distinto y unas costumbres que en nada se relacionaban con las suyas. Una mujer blanca. Aunque él fuera a ojos del mundo un salvaje, un despreciable algonquino.

Megan se despertó empapada en sudor, con las sábanas arremolinadas entre las piernas y un dolor sordo en las caderas y el pecho. Quiso apresar el recuerdo de Lonan, pero poco a poco su imagen se fue difuminando junto con el sueño. Ahogando un sollozo, se dejó caer sobre la almohada y dio rienda suelta a su dolor. ¿Por qué? ¿Por qué había vuelto a importunarla en medio de la noche de nuevo? Llevaba meses sin pesadillas, y ahora, de repente, habían regresado. Confusa y maltrecha se ovilló en el lecho, apretó un puño sobre su boca y acalló los lamentos que pugnaban por salir a gritos, con los ojos abiertos, conscientes de que esa noche ya no dormiría.

Andrew se presentó en Friendship House, la mansión en la que se había corrido más de una juerga con Devon y el resto de la pandilla masculina cuando simplemente eran unos disipados jóvenes de Londres, y le costó reconocerla. Se notaba la mano de Axel por todos lados, en el nuevo color de las paredes, en los ramos de flores y los exquisitos cuadros, en los libros que decoraban sitios impropios en una casa inglesa como sillas y aparadores...

Reconoció su risa fresca entre la algarabía del fondo mientras le ofrecía al mayordomo su sombrero y su bastón y sonrió al verla aparecer, radiante, para recibirlo. Llevaba un discreto recogido en el pelo con flores blancas y un

vestido rosa que la hacía parecer demasiado joven. Nadie diría que había dormido unas pocas horas.

—¡Andrew, has tardado! ¡Temí que no vinieras! Están todos dentro. Pasa. —Le besó la mejilla y se aferró a su brazo, encantada de contar de nuevo con su presencia—. ¿Ha habido algún problema?

—Aunque te parezca difícil de creer, me quedé dormido —admitió sincero.

Axel se detuvo a mirarlo y lo sondeó, de repente inquieta.

—¿Acaso hay algo que te preocupe?

Él apretó la mano sobre su antebrazo con cariño, restándole importancia. ¿Cómo explicarle que había tenido un sueño donde se mezclaban recuerdos de ella entre sus brazos con la imagen de una Megan Cameron desnuda? Se había despertado desazonado, aunque enseguida lo atribuyó a la conversación de la noche anterior, que le había permitido entrever una mujer interesante bajo una atractiva fachada. Tener sueños eróticos con Axel no suponía una novedad; los tuvo desde el momento de conocerla y seguían persiguiéndole de vez en cuando, pero al menos ya no le dolían como antaño. Lo inquietante era haber incorporado en ellos a la americana.

Descubrirla en el salón con claraboya jugando con los niños le despertó una sonrisa, pero siguió atendiendo a Axel para averiguar lo que le había intrigado.

—¿Por qué tienes la casa llena de libros?

—Estamos haciendo reformas en Marion Hill con vistas a nuestra estancia de este verano y Orson ha aprovechado para enviarme los que le parece más imprescindibles que tengamos aquí. Dice que el tutor del niño debe habérselos leído todos antes de comenzar su instrucción —rio con diversión.

—Pero ¿ya tenéis tutor?

La maliciosa mirada verde le esponjó de alegría. No cabía duda de que Axel transmitía de mil maneras su felicidad.

—¡Ahí está la cosa! Aún no. Andrew acaba de cumplir cuatro años. Pero él ya me ha enviado una lista de posibles candidatos para el puesto. Creo que está decidido a convertir a mi hijo en un pequeño genio.

—Teniendo en cuenta las rarezas que logró que tú leyeras, no me extrañaría que lo lograra —bromeó él.

Sus amigos les esperaban en un alocado ambiente de jovialidad infantil:

Devon y William se arrastraban a cuatro patas sobre el suelo de mármol, cargando a sus respectivos varones, mientras Michael, tirado de espaldas, mantenía en alto a la pequeña Melisa, hija de Beth. Una enfurruñada criatura de cabellos rubios y ojos azules, calca perfecta de Clarence, se aferraba a las piernas de su madre sin escuchar los ruegos de Steve, que se ofrecía a ser su montura.

Desligándose del brazo de Axel y saludando con una inclinación de cabeza a las damas, Andrew se arrodilló junto a su amigo e intervino con su mejor sonrisa.

—¿Cómo es posible que tan espléndida amazona no tenga un caballo? ¿Acaso preferís otro tipo de animal?

La niña, con sorprendido ademán, miró a su madre, luego a Andrew, y deshizo el enfurruñamiento lentamente.

—¿Y tú, quién eres?

—El dragón de San Jorge, valedor de las damas.

Lo dijo tan serio que sus amigas contuvieron la risa y Steve torció el gesto al ver cómo se la ganaba. Por lo bajo, Andrew escuchó a Beth consolarlo con un «No se le ha olvidado que la última vez perdiste la carrera llevándola a ella», y sin pensarlo, la izó sobre sus hombros y la paseó por el salón dando ligeros saltos que provocaron chillidos de placer de la niña y un dolor de cabeza generoso en él cuando se aferró a sus cabellos como si fueran bridas.

En menos de un minuto todos quisieron disfrutar del mismo juego y se armó un alboroto de carreras por el salón y el pasillo. Ganó Steve con Melisa en sus hombros, pero la sonrisa de la pequeña Blackmoon no se borró. Bien al contrario, estampó un babeante beso en la mejilla de Andrew antes de que su doncella se la llevara a comer con el resto de niños y le acarició el rostro con adoración murmurando un inteligible «Dragón». Clarence, arrobada, le estampó otro después.

—¡Canalla, sí que las perviertes jovencitas! Te has metido a Kendra en el bolsillo con solo una galopada.

La mirada azul se cruzó con la negra de Megan y ambos se sobresaltaron, captando el doble sentido de las palabras de la desvergonzada condesa. Andrew se carcajeó, pero ella apartó la vista, abochornada.

Más tarde, el duque recapacitaría en que la americana había estado más seria de lo normal, con cierto rictus de amargura, como si alguna inquietud la

recomiera por dentro y le impidiera ser feliz. Se propuso averiguarlo. Después de todo, eran los únicos desparejados en un agobiante mundo de felicidad conyugal.

Axel estaba sobre aviso y abandonó sus papeles en cuanto el portero le notificó que lord Ivory aguardaba en el vestíbulo. Detuvo el ademán de bajar las escaleras para deleitarse en la contemplación del aspecto pulcro y elegante de su amigo: pantalones negros, chaleco gris y chaqueta entallada de unos tonos más oscuros. Mantenía su sombrero de copa en una mano y en la otra sostenía el bastón de empuñadura de plata con el que realizaba florituras ante un grupo de chavales que habían acudido al sonido de la aldaba. La sonrisa de Andrew asomaba amplia y sincera, y sus rasgos atractivos quedaban enmarcados por el espectacular pelo rubio, casi blanco, que en la actualidad lucía un poco más largo.

Megan, que llegaba tarde a una clase, chocó con la espalda de Axel, lo que provocó un repentino revuelo de faldas. Ambas se asieron, por instinto, al pasamano con sendos gritos de susto. No se habían recuperado cuando ya el duque las sujetaba con firmeza por sus respectivas cinturas.

—¿Estáis bien? ¿Alguna torcedura?

La risa de Axel contrastó con el gesto adusto de Megan, quien enseguida se soltó del agarre.

—¡Lo siento, me encandilaste con tu buen porte! —rio su amiga.

—Mis disculpas, Axel. Tenía prisa y no te vi —replicó Megan a la par. Luego se dirigió a los chicos y les amonestó con severidad—. ¡No sé qué hacéis en mitad del vestíbulo! La norma dice que si el profesor no ha llegado debéis permanecer en el aula. Y aunque la falta es mía, tengo excusa; en un segundo os lo explico.

Aguardó a que los muchachos se retiraran y solo entonces se atrevió a mirar a Andrew, quien mantenía el ceño fruncido.

—Espero que no le hayamos causado mala impresión. Axel avisó de que nos visitaría hoy y estaba encargando un tentempié en las cocinas para que pueda comprobar el quehacer de nuestras chicas. —Se dirigió a la vizcondesa con las manos en el regazo y el gesto serio—. Lo llevarán a tu despacho cuando lo indiqués.

—Gracias, Meg; aunque hubiera preferido que lo tomáramos reunidos con el equipo de trabajo.

—Hoy es imposible. Se han presentado dos damas que quieren contratar lacayos y Beth les está mostrando el grupo con mejores posibilidades. Están pasando unas pruebas y necesitan allí a sus instructores para apoyarles. — Volvió a mirar al duque de soslayo—. Seguro que a milord no le importará que continuemos con nuestras tareas habituales.

—Por descontado —confirmó él, sin ocultar cuánto le contrariaba la frialdad de la americana.

Megan, sin despedirse, terminó de bajar las escaleras y se perdió por el ala donde habían desaparecido los chicos. Andrew, más incómodo de lo que le hubiera gustado, se volvió a Axel.

—¿Es así con todo el mundo o solo conmigo?

Su amiga se hizo la ingenua, colgándose de su brazo y guiándole por el lado contrario.

—¿A qué te refieres?

Andrew no se dejó engañar. Detuvo sus pasos y la miró con fijeza.

—No sé si tramas algo, Axel, pero te adelanto que no llevas buen camino. Ni yo estoy interesado amorosamente en la señorita Cameron ni, por descontado, ella lo está en mí. Así que déjate de jueguecitos y cuéntame por qué esa mujer me trata como si fuera un apestado.

—¡Exageras! Anteanoche, en tu casa, os vi muy cómodos hablando.

—Sí. De arquitectura y pintura. Asuntos muy personales —replicó con sarcasmo.

Axel lanzó un suspiro, giró sobre sus talones y se encaminó hacia su despacho sin soltar el brazo de su amigo. Al cruzarse con Arthur rogó que les subieran el té y lo que las aprendizas de cocina hubieran preparado.

—Ya te mostraré nuestros progresos otro día. A fin de cuentas, tu aportación está más que asegurada y tampoco creo que te importe ver dónde la gastamos si no has preguntado por ella en cinco años...

—Devon me mantuvo al día —confesó—. Aunque tampoco era necesario. Siempre he confiado en tus dotes como administradora.

—¡De no haber sido por la labor de Martin Stvenson y el pobre Roger ya te diría yo lo que hubiéramos conseguido! —rio ella sin dejarse lisonjear.

Abrió la puerta de su despacho y lo guio hasta el sofá de las visitas, como la ocasión anterior. Los amplios ventanales tenían las cortinas descorridas y la escasa luz de un día mortecino permitía vislumbrar estanterías repletas de carpetas y libros de todos los tamaños. Sobre un tablón, cerca de la mesa,

destacaba una colección de dibujos en los que la primera vez no había reparado. Mostraban niños de todas las edades con enormes sonrisas o realizando labores artesanales. La mirada de Andrew se fue de ellos a Axel en un mudo interrogante.

—La mayoría son de Meg. ¿Verdad que dibuja de maravilla? El resto lo hicieron los chicos en los que encuentra potencial. Insiste en que no podemos desperdiciar semejante talento solo porque sean chicos de la calle, y estoy de acuerdo. Lo que pasa es que ese recurso no les resultará rentable en el futuro. —Axel lanzó un suspiro—. ¡Ni a nosotros su enseñanza! Menos mal que Meg lo hace en ratos libres y, por supuesto, no cobra por las clases. Pero el papel es caro, y las pinturas también.

La inspección del duque quedó aparcada cuando tres chicas, ataviadas con impecables uniformes oscuros y delantales blancos, solicitaron permiso para dejar unas bandejas sobre la mesa. Saludaron a la entrada y a la salida con ademanes correctos a los que Andrew correspondió como debía, arrancándoles risas que alborotaron el pasillo.

Axel palmeó el diván para que tomara asiento a su lado.

—Esto lo han cocinado nuestras jovencitas. Ya me dirás si no están preparadas para trabajar en cualquier casa respetable... —Sirvió el té y le ofreció una bandeja de pastelillos recién horneados que olían de maravilla.

Andrew masticó las crujientes galletas, mordisqueó algunos sándwiches de diferentes sabores y elogió con ardor la labor de las muchachas, pero después retomó la idea que no se le iba de la cabeza.

—Quiero convertirme en mecenas de esos jóvenes. Los que la señorita Cameron considera que merecen la pena.

Axel contuvo un grito de júbilo, entusiasmada con la generosidad de su amigo. No ignoraba que para él significaba un insignificante pellizco en su economía, pero valoró que se interesara por unos muchachos que ni siquiera conocía.

—¡Meg se volverá loca de contenta! Hasta ahora es ella quien corre con los gastos, pero no estoy segura de que su solvencia le dé para tanto.

Andrew frunció el ceño, cada vez más confuso con la información que recibía.

—Háblame de esa mujer. ¿Cuándo llegó a Londres? ¿Qué hace en la escuela? Comentaste algo de una turbia historia...

Axel recapacitó sobre cómo actuar. Apreciaba a Megan y valoraba su

ayuda, pero en ese preciso instante se percató de que, en realidad, apenas sabía de ella. No obstante, la apreciaba lo suficiente para que no se convirtiera en un simple galanteo de Andrew.

—La acogimos en el Centro porque venía avalada por Beth y porque, además —sonrió candorosamente—, todas las manos son bien recibidas si trabajan gratis. No indagué en los motivos que la habían traído a Londres, aunque Beth me dejó caer que había sufrido mucho en Boston y que sus hermanos la enviaron con intención de que se recuperara. No sé si de una enfermedad, de algún amor contrariado o de qué, pero durante los primeros meses no parecía la mujer que ahora ves. Se mostraba taciturna y estaba muy desmejorada. Solo con la compañía de los chicos recuperó la alegría. Con el tiempo se incorporó a nuestras reuniones de amigos. Beth tuvo que obligarla, pero luego empezó a sentirse a gusto. O eso creo. Ni Clarence, con lo entrometida que puede llegar a ser, se atrevió a indagar en su pasado porque cada vez que salía a relucir la palabra Boston sus hombros se hundían y tardaba semanas en recuperarse, así que lo dejamos estar. Como comprenderás, yo que soy la menos curiosa del mundo en esos menesteres, tampoco me molesté en averiguar nada. Pero si quieres que lo haga, tantearé a Beth. Ella debe de conocer la historia por Steve.

—¿La relación con su hermano es buena? —La curiosidad había picado a Andrew y se conocía lo suficiente para saber que no cejaría hasta averiguar qué le había ocurrido a aquella mujer.

—Sí. Steve es encantador, ya lo sabes. Siempre se mostró protector y cariñoso con ella.

—Pero ¿ella también se portó así desde el principio? ¿O puede que se viera obligada a dejar América contra su deseo?

Axel entrecerró los ojos, de repente tan intrigada como él.

—No sabría decirlo. Cuando Beth nos la presentó llevaba unas semanas en la ciudad. Creo que la trajo porque para ella los niños del Centro resultaron un bálsamo cuando sufrió tanto con su familia. Debió de pensar que para Meg sería igual. Y lo cierto es que resultó.

—¿No tiene pretendientes? Es una mujer muy bella, aunque ya esté fuera de mercado.

La risa de Axel por el dictado grosero de su amigo resultó divertida. Le metió un pastelillo en la boca a la fuerza y respondió con picardía:

—¡Para mí que es ella la que lleva la voz cantante en ese asunto! Pese a

que cumplió los veinticinco en Navidad no muestra el menor interés en hallar marido. Tampoco creo que Steve la presione. Hubo una legión de admiradores en sus primeros bailes, que fueron hace apenas unos meses, no creas, porque se negaba a tener vida social, pero ella los descartó con tanta severidad que no les quedaron ganas de galanteos.

Andrew respiró, aliviado en su orgullo. Al menos no debía tomarse su antipatía como algo personal.

—¿Crees que puede tener... inclinaciones... raras?

Axel tardó en reaccionar, pero cuando lo hizo llenó a Andrew de restos de galleta, atorada y ruborizada como una colegiala.

—¡Sigues siendo un salvaje! ¡Jamás se me habría pasado por la cabeza! Y no tengo la menor idea de esas intimidaciones. Pero si te soy sincera, siempre he creído que Meg huyó de un amor desgraciado. —Limpió los restos de la chaqueta gris con una servilleta y después buscó la profundidad de los ojos azules—. ¡No juegues con ella, Andrew! Es mi amiga y la aprecio. Si quieres buscarte un entretenimiento, hazlo en otra parte.

Él le besó una mejilla con afecto antes de incorporarse.

—Te garantizo que no es mi intención. Simplemente siento curiosidad. En nuestro grupo se respeta a la familia, y tengo lazos económicos, aparte de afectivos, con Steve Cameron. Nunca comprometería a su hermana. Ahora debo irme. Tú tienes que trabajar y yo he quedado con mi administrador para tratar sobre Wicklow Manor; hay reformas que quiero realizar en nuestra dirección de la finca. Pero no olvides que aré las facturas que consideres oportuno trasladarme del asunto de la pintura. Tampoco es necesario que ella sepa quién es el benefactor.

—¡No, Andrew, eso no puedo hacerlo! Estoy segura de que Meg pensará que el dinero viene de Devon o de mí y no querrá aceptarlo. Es demasiado orgullosa.

Una sonrisa desvergonzada iluminó el rostro del duque.

—¿Qué te hace pensar que sí lo aceptará de mí?

Axel se encogió de hombros con otra enigmática sonrisa.

—¡Una corazonada! Ya te haré saber.

Días más tarde, Megan cenaba en compañía de su hermano y su cuñada en el modesto salón que usaban cuando no tenían invitados. Ni Beth era dada a grandilocuencias ni los Cameron, pese a su fortuna, estaban acostumbrados

al agasajo inglés. Una doncella dejó las bandejas sobre la mesa y se retiró para que ellos mismos se sirvieran.

Steve estaba más eufórico de lo habitual, informándolas, como cada noche, de los acontecimientos del día, de los del trabajo y de los del club de caballeros al que solía asistir en compañía de sus amigos.

—¡Esta tarde se ha montado un alboroto espectacular en el *Brook's*[1] y eso que todos son *whigs*[2]! Ha surgido el delicado asunto de las elecciones de los miembros de la Cámara de los Comunes y los terratenientes no han ocultado sus intenciones de seguir controlando el Parlamento.

—Ignoro cómo se eligen —confesó su hermana.

Beth asintió con otro gesto. Nunca se había interesado por saberlo.

—La cámara de los Lores de ningún modo, porque el cargo es hereditario o los nombra el rey, pero en la de los Comunes lo normal es que se escoja a dos miembros por ciudad y otros dos por condado. Lo absurdo es que no se tiene en cuenta el número de personas censadas en ambos sitios, por lo que puede darse el caso de que una ciudad como Manchester, llena de habitantes, tenga el mismo número de representantes que otra pequeña, como Old Saron, que solo tiene once censados. Resulta una incongruencia, pero como muchos terratenientes son dueños de pequeñas ciudades, controlan a los elegidos y así reafirman su poder en la Cámara frente a zonas densamente pobladas.

—¿Y se consideran *whigs*? —se indignó Megan—. ¡Son unos redomados hipócritas!

—¡Así les llamó Andrew! —rio Steve, sirviéndose unas chuletas.

—¿Andrew, el duque de Ivory? —El pasmo la dejó tan confusa que su cuñada la miró con interés.

—¿No sabes que es muy progresista?

—¿Cómo iba a saberlo? ¡Imaginaba que todos los duques estaban en el bando de los Tory[3]!

—¿Andrew, Tory? —Su hermano volvió a reír, divertido—. Te recuerdo que somos socios, junto con Blackmoon y Valmont. Todos ellos son liberales declarados. ¿Imaginas a un Tory haciendo negocios con un americano? Para empezar, ¿te los imaginas haciendo negocios? ¡Los nobles más rancios consideran el trabajo una vergüenza en los de su clase! Si fuera por ellos, la Revolución Industrial jamás se hubiera producido. Créeme, les encanta que el ferrocarril les traslade con rapidez, pero les da igual que las telas que visten sus lacayos vengan de un sastre o de una fábrica.

—Mi padre se avergonzó de ti mientras vivió; y de mí por casarme contigo. ¡A pesar de que él nos había arruinado! Nunca se le pasó por la cabeza que el dinero debía salir de alguna parte —admitió Beth.

—¿Cómo os manteníais, entonces? —se asombró Megan.

—Debiendo dinero a todo el mundo —musitó Beth, recordando con horror aquella época—. Por eso era tan importante para él casarnos a las tres hermanas con buenos partidos. Aunque, claro, ¿quién iba a querernos si no teníamos un penique para la dote? Mi padre pensaba que el título lo era todo; y ya ves... Al final lo heredó mi primo Joseph, y con buena fortuna, porque tu hermano le aconsejó sabiamente cómo invertir. Gracias a que la casa la compró para mí, mi madre y mi hermana tienen un hogar dónde vivir sin depender de la caridad de Steve.

Megan dejó en el aire el comentario porque en realidad su hermano sí que había dotado a las hermanas de Beth y aún aba los gastos de su madre y de la más pequeña, que no se había casado todavía. Pero entendía que para Beth aquello era natural y para su hermano, que se había acomodado a las costumbres inglesas, también.

Ella tenía la suerte de contar con la pequeña herencia de su tía Rosmary, a quien había atendido hasta el día de su fallecimiento y no necesitaba ser mantenida, pero era difícil para una mujer en esa época contar con dinero propio y tener la libertad de administrarlo.

De todos modos, la imagen del duque defendiendo ideas liberales la llenó de un placer inesperado. Tenía pendiente una conversación con él tras saber por Axel que la había eximido de mantener las clases de dibujo asumiendo los gastos, por lo cual le estaba muy agradecida, aunque ignoraba los motivos que le habrían llevado a hacerlo. Quizá se debía, se dijo ahora, a que en realidad era un filántropo auténtico y no un vanidoso como ella había malinterpretado. Le debía una disculpa. Pero ya no le importaba dársela.

[1] Club de caballeros londinense.

[2] Partido formado por aristócratas de talante liberal.

[3] Partido formado por aristócratas de talante liberal.

Capítulo 3

Antes de dormir, Megan sacó de lo más profundo de su arcón de viaje una carpeta de cuero ajado y la depositó sobre la cama. Le temblaban las manos. Respiró profundamente y quitó el cordón de crin de caballo que lo cerraba. La primera imagen que apareció fue el rostro de un hombre joven con piel atezada, profundos ojos claros, pómulos altos y boca sonriente. Lucía un tocado de plumas sobre su largo cabello negro recortado en las sienes al más puro estilo *pokanoket*^[4] y mostraba el lampiño torso desnudo. En la siguiente, el mismo joven mantenía una mirada seria y llevaba pinturas de guerra, dos líneas azules cruzando sus mejillas y una blanca perfilando su nariz. Se cubría con una piel marrón de ciervo porque era invierno; el más crudo invierno. Las colinas nevadas que se veían tras él daban fe de ello.

Megan pasó los dedos sobre el carboncillo mientras las mejillas se humedecían con sus lágrimas. No obstante, tuvo la fortaleza para apartarlas a un lado y seguir contemplando el resto: un guerrero azuzando a un caballo con las piernas desnudas y alzando un brazo victorioso al aire...

—Umi —susurró nostálgica.

Otro guerrero más adulto cazando con un arco. «Dasan», pensó. Una preciosa joven de rostro descarado portando un odre de agua: «Oneida». Otra chica con trenzas y delicada sonrisa cosiendo un vestido de pieles a la entrada de un *wigwam*^[5]: «Tallulah». Una mujer presidiendo un consejo indio, con túnica blanca y un hermoso cinturón de conchas marinas y espirales de oro: «Tala».

Como si temiera haber conjurado los espíritus de todos ellos, Megan volvió a cerrar la carpeta con rapidez, sin controlar el llanto que la ahogaba. Cuando la escondió de nuevo en su baúl se metió en la cama y lloró por el pasado que había perdido.

Arrebujada en su chal de pieles pintaba al abrigo de una fogata, sentada sobre el regazo de Lonan. Él le iba narrando cómo había transcurrido el *powwow*^[6] dirigido por su madre, la *sunksquaw*^[7] de su tribu, donde habían decidido plantar cara al «hombre blanco» para recuperar los territorios que estaban perdiendo. Pese a haberles hecho grandes concesiones, los invasores

seguían queriendo más. No había modo de conformarles. Y ellos necesitaban recuperar su orgullo perdido. Cuando Yana, su padre, el anterior sachen, había negociado, lo había hecho por temor a que su pueblo fuera aniquilado por las armas de fuego que diezmaban sin piedad al resto de tribus vecinas, pero ya habían pasado muchas lunas y nada calmaba las ansias expansionistas de los hombres venidos más allá de las aguas. Lonan le contó cómo su madre, flanqueada por su hijo mayor, Dasan, y por él mismo, había secundado el deseo de su pueblo de ir a la guerra.

Megan, asustada, plasmó la escena que él le traducía, en un intento de que comprendiera que era un mal necesario. Lonan no tenía miedo a morir. Durante su rito de iniciación, su sueño espiritual le había indicado que su espíritu era el del oso, al igual que el de su padre, y sabía que sostendría la lucha con coraje e inteligencia. Lo único que temía era no volver a verla, a acariciar su cuerpo, a disfrutar de instantes como aquel, en que se sentía en paz con el universo entero...

El papel y los lápices cayeron de su regazo cuando él le atrajo la boca y la besó con una pasión feroz, arrancándole un gemido de deseo y miedo al mismo tiempo. Tampoco ella quería perderlo. También ella temía no volver a sentirlo sobre sus miembros, excitado, cariñoso, dueño de su corazón. Hicieron el amor al cobijo de la cueva y la fogata mientras fuera el mundo seguía su ritmo de destrucción.

Cuando se sintieron saciados, él la estrechó en sus brazos. La obligó a seguir tumbada sobre la piel de ciervo y recorrió con los dedos el contorno de su rostro como si deseara memorizarla. Megan le besó los nudillos y él se acercó un poco más para besar sus lágrimas calientes.

—Yo regresar, Nayeli. No sufrir por mí. Yo cuidar de ti y de los míos.

Ella se incorporó, no exenta de ira, intentando hacerle comprender la imposibilidad de su ofrecimiento.

—¡No sabes cuántos son, Lonan! ¡Vendrán a miles! ¡Solo conocéis una parte de la invasión que están haciendo de vuestro territorio! Podéis matar unos cientos, pero seguirán llegando... Mi gobierno regala tierras a quien se establezca en las tuyas, y son demasiados los que anhelan un pedazo de terreno para ser libres, para dejar de someterse a los caprichos de los grandes señores. —Acarició su mirada del color de la miel con la suya propia, sintiendo que sus entrañas se derretían de pesar—. ¡No podréis hacer nada contra ellos! Os matarán.

El rictus de Lonan se tornó hosco mientras retenía su mano sobre su corazón.

—¿Dudas de mi poder? ¿Dudas de que soy un gran guerrero?

Megan negó, sollozando de nuevo.

—¡No, mi amor! De lo que no dudo es de que ellos os matarán sin piedad. ¿Qué será de Oneida, tu hermana? ¡Tan orgullosa como tú, tan arrogante! Si el hombre blanco la captura la domará como a una esclava. —Las lágrimas corrieron sin control por su rostro—. Y la dulce Tallulah, mi amiga del alma. O Sora... Ninguna de ellas tendrá quien la proteja si los hombres blancos os destrozan. ¡Y lo harán, Lonan! Yo vivo con ellos y sé cómo son. No respetarán a vuestras mujeres ni a los niños. Cuando los guerreros caigáis, el resto de tu pueblo lo hará también.

Él se mantuvo en silencio, el gesto frío, negándose a aceptar sus palabras.

—¡No quiero que desaparezcaís! ¡Para mí sois igual que mi familia! —gimió Megan en un último intento de convencerlo.

—Tala ha hablado. No hay vuelta atrás —replicó él encogiéndose de hombros.

—¿No puedes hacer nada para convencerla? ¡Sabes que solo pretendo vuestro bien!

La sonrisa que iluminó el rostro masculino la llenó de amor, pero sus palabras la desanimaron de nuevo.

—El destino de cada hombre está escrito en las estrellas. Manitú protegerá. Si no... Nos veremos en ese lugar que tú llamas Cielo.

Un domingo más, el «día de las chicas» quedó relegado por la invitación a almorzar del conde Blackmoon a todos sus amigos. Michael se disculpó por un repentino empeoramiento de su padre, el marqués de Berveley, de un catarro que lo tenía atado a la cama desde hacía varias semanas. Bella Vernot sí acudió, afectada por la noticia, aunque esperanzada en que la salud de su imposible suegro sufriera un revés. Nadie ignoraba, a esas alturas, que el único modo de que su relación abandonara la clandestinidad terminaba con la asunción de Michael del título, en calidad de primogénito Sinclair. Siendo marqués podría casarse con la supuesta viuda y ambos gozarían de aceptación social, aunque no pasara desapercibida la ausencia de información sobre su pasado. De hecho, era la inamovible amistad de su círculo de amigos lo que había impedido que se convirtiera en una paria en el cerrado círculo de

aristócratas.

Aprovechando el día soleado, Clarence ordenó preparar la mesa en los jardines de la mansión, que al igual que la de Andrew, disponía de embarcadero.

El duque se presentó remando su propia barca entoldada, mostrando un torso y unos brazos endiabladamente marcados, para regocijo de las damas y bufidos de los varones.

—¿No has podido evitarlo, verdad? Tenías que lucirte —refunfuñó William con jovialidad.

Andrew rio sin falsa modestia colocándose la casaca de color burdeos y anudándose con premura el pañuelo mientras sus botas de caña alta aterrizaban sobre el bien cuidado césped de Cliveden House.

—Pensé que, tal vez, a los niños les gustaría que más tarde «su tío Andrew» les llevara de paseo por el río. ¡Pero, como siempre, Blackmoon, tan mal pensado!

—¡Si no nos conociéramos, pensaríamos que quieres impresionar a alguna de las damas! —se burló Steve, a su vez.

—¡No seas mezquino, porque hace dos días te gané boxeando! —rio haciéndose el desentendido, al tiempo que besaba las manos de sus amigas—. Deberíais concederme que cinco años sin galanteos me dan derecho a querer mostrar ahora cómo empleé mis jornadas de tedio.

—¿Insinúas que en cinco años te has dedicado a hacer deporte en vez de a conquistar maharanís o cómo se llamen? —La incredulidad de la que Clarence hizo gala fue absoluta.

Andrew miró con seriedad a su amiga antes de soltar una carcajada.

—¡Me temo que las majarani estaban fuera de mi ámbito social! Los hombres llevan los pantalones en oriente también, aunque escuché que se daban excepciones en algunas tribus. Sin embargo, no llegué a conocer a ninguna. Mujeres hindúes, sin duda, pero no de alta alcurnia. Esas están bastante más encerradas que vosotras.

—¿Aún más? —A Megan le salió espontánea la queja, consiguiendo el apoyo de sus congéneres.

—Mucho más, señorita Cameron. Por cierto, ¿me autorizaría a llamarla Meg? Los formulismos en este equipo ya sabe que se dan bien poco... —Ante el asentimiento ruborizado de ella, prosiguió—: Las mujeres son usadas como moneda de cambio para mejorar patrimonios o negocios. —Se calló un

instante y frunció el ceño—. Será mejor que no insista en eso. Aquí también lo hacemos aún. Pero allí las mujeres ricas viven encerradas en las *zenanas*^[8] de los palacios y no asisten a actos sociales. Al menos no a los que tienen que ver con el comercio, que son a los que yo tuve acceso.

Los criados habían empezado a servir las mesas y ellos se acomodaron sin discriminación. Andrew tomó posiciones entre Beth y Axel, teniendo enfrente a Megan. La curiosidad de ella le resultó estimulante.

—¿Sería muy aburrido para el resto que nos contara a qué se dedicaba exactamente en las Indias?

—¡Por supuesto que no, Meg! —exclamó Axel—. A los demás también nos gustaría saberlo.

—¿Todo, todo? —Le lanzó un guiño de complicidad que arrancó la risa de la vizcondesa y un alzado de ceja de su esposo.

—Puedes saltarte las partes más exóticas —replicó Axel con regocijo.

Andrew frunció los labios con un aparente ademán de pena, pero luego se dirigió a Megan Cameron durante casi toda la comida, absorbido por el patente interés de la americana.

—Ya sabe que comparto negocios con estos degenerados, incluido su hermano —bromeó al inicio—. En nuestras fábricas se manufacturan prendas con el algodón que su familia nos envía desde América y también hermosos muebles con la madera de sus bosques. De India, por otro lado, importamos algodón, además de seda, índigo y té. Como sabrá, en las tierras del este teníamos a la Compañía Británica de las Indias Orientales monopolizando los negocios desde 1600, pero poco a poco empresas como la nuestra se han servido de ese monopolio para sacarle partido. —Rio con sarcasmo por lo siguiente—: Supimos desde el primer momento aprovechar las debilidades de sus príncipes y nos servimos de los nativos para firmar acuerdos ventajosos, hasta el punto de que la India es más una colonia británica que mongol. Cada vez que se produce un altercado entre Estados, nuestro ejército se desplaza a la zona y brindamos protección a quien nos interesa. De ese modo hemos quitado de en medio a los más ariscos y nos hemos instalado en su territorio como si fuera nuestro. Hay nababs, como nos llaman ellos, que viven en auténticas mansiones, celebrando fastuosas fiestas y bailes igual que si estuvieran en Gran Bretaña. Ni que decir tiene que muchos se han acoplado tan bien a sus costumbres que disfrutaban de concubinas y algunos, incluso, han adoptado cualquiera de las diversas religiones que practican esos pueblos.

—¿Usted también lo hacía? —inquirió Megan, captando la velada crítica de las palabras del duque.

La sonrisa burlona que le respondió no se correspondió con su respuesta, dejándola intrigada.

—No, no simpaticé mucho con nuestros compatriotas. Me limité a concretar negocios.

—¡Vamos, Andrew! Alguna hindú conocerías... —le picó Clarence.

—¡Más de una! —confirmó, divertido—. Pero eran cortesanas, muchachas que te cedían como un honor después de cerrar un buen trato. Son mujeres increíblemente hermosas, con ropajes sofisticados... Por cierto —se dirigió de nuevo a Megan—, hay un asunto del que, en algún momento, deseo hacerla partícipe. Creo que me será de gran ayuda.

—¿Y eso? —La sorpresa de Steve Cameron por el interés del duque hacia su hermana fue genuina.

—No te ofendas, Steve, pero es una sorpresa que quiero ofreceros y he pensado que solo tu hermana me sirve para dicho propósito. —Se adelantó al aviso del otro—. Te aseguro que es un proyecto de lo más formal.

—En ese caso... —Se alzó de hombros, tranquilo—. Depende de Meg aceptar o no.

—¡Me mata de envidia la libertad de que gozáis las mujeres americanas! —se admiró Bella.

—No veo dónde está esa libertad —se quejó ella—. Las descendientes de ingleses, al menos, nos vemos sometidas a un sinfín de normas sociales de lo más ridículas, aunque sea en América. —Se disculpó, no pretendiendo ser grosera—: No quiero decir...

—Te hemos entendido, Meg —asintió Axel—. A ninguna de nosotras nos seducen los encorsetamientos, pero hemos de guardar las apariencias si no queremos ser más vituperadas de lo que ya lo estamos. Recuerda que el proyecto de los niños nos pone en boca de muchas matronas que no entienden por qué gastamos nuestro tiempo en desharrapados en vez de dedicarnos obras de caridad. Pero tendremos que conformarnos con ser pioneras y romper lanzas que abran el camino a otras mujeres. Eso sí, siendo sutiles. Si de algo me han servido los años de estudio con Orson es que se gana más a la larga con la inteligencia que con la fuerza.

—¡Tú lo has dicho! —rezongó ella—. ¡A la larga!

—¿Tiene prisa por conseguir alguna victoria? —se interesó Andrew.

Ella se sonrojó y negó, declinando realizar una soflama acerca de las igualdades sociales. Andrew continuó con su discurso irónico.

—Volviendo a lo que os contaba... —Sintió que la mirada azabache le agradecía que desviara la atención de sí misma—. Estamos teniendo jugosos ingresos gracias a los intercambios con los nativos indios, pero no espero que sean duraderos. He podido constatar un enorme descontento interno hacia nosotros.

—Lógico, si tenemos a los «Casacas rojas» metiendo las narices en sus asuntos —apuntó Bella con precisión.

Andrew sonrió a su más que atractiva amiga. Aunque habían pasado muchos años desde que se conocieron en un local de mala muerte de Cardiff, la galesa no había perdido un ápice de su belleza. Rondaba la treintena y sin embargo su cutis seguía mostrándose firme, sus cabellos tenían una tonalidad rojiza que contrastaba con sus ojos claros, y sus pechos y caderas seguían siendo los de una quinceañera. Pese a ser una mujer de extracción humilde, había sabido absorber toda la educación que Michael le había proporcionado y en absoluto desentonaba con el resto de sus conocidas. Andrew la tenía en muy alta estima. Otra se hubiera conformado con ser la mantenida de un noble sacándole todo el dinero posible en forma de casas y joyas, sin embargo, Bella solo había aceptado una humilde vivienda de alquiler y ganaba algo de dinero traduciendo textos del italiano, idioma que, por algún motivo ignorado por ellos, dominaba a la perfección. El resto provenía de la asignación de Michael, pero nunca dilapidaba más de la cuenta e incluso sabía que ciertos vestidos que llevaba a las fiestas eran del armario de Clarence, quien usaba su misma talla. Dejando a un lado sus pensamientos, asintió.

—¡Justamente! El pueblo se da cuenta de que manejamos como títeres a sus soberanos. Para colmo, no les permitimos tener ejércitos propios, con lo cual se sienten indefensos. Es un caldo de cultivo perfecto para una insurrección.

—No obstante, imagino que no cuentan con armas ni infraestructuras suficientes —objetó Megan.

—Cierto también. Pero lo conseguirán con el tiempo, estoy convencido.

—No estaremos abusando de niños o mujeres en nuestros negocios de allí... —Frunció el ceño Axel mirando a su esposo y a Blake con recelo.

—¿Crees que lo haríamos cuando jamás lo hemos permitido en

Inglaterra? —se amoscó Devon—. Pero no pretendas que también asumamos mejorar la vida de los indios...

—¡No nos lo permitirían! —afirmó Andrew—. ¡Una cosa es tratar con los nativos ricos y otra llegar hasta sus criados! Además, su filosofía les lleva a aceptar que las miserias de este mundo se verán recompensadas en la siguiente vida, así que muchos no se rebelan por ese motivo.

—¡Es asombroso lo diferentes que podemos ser los humanos dependiendo de las religiones y los sitios donde hemos nacido! —comentó William, impresionado—. Cada día agradezco a Dios pertenecer a un gran imperio y que me haya tocado estar del lado de los poderosos.

Clarence apretó la mano de su esposo con un sincero: «Todos lo hacemos». A Andrew no le pasó desapercibido cómo los labios de Megan Cameron se apretaban formando una línea rígida sobre su rostro. Muerto de curiosidad le miró los ojos, pero su expresión resultó tan indescifrable que no insistió en indagar. Por suerte, estaban ya en los postres y se les había ido el almuerzo en un suspiro.

—Quizá sea hora de tocar cuestiones más alegres —propuso Steve, a quien el gesto de su hermana tampoco había pasado por alto—. ¿Qué tal si mandamos traer a los niños y pasamos la sobremesa en esa espléndida barquita que el duque nos ha ofrecido? ¡Me muero por recuperar el afecto de Kendra que me robaste el otro día, rufián!

Andrew rio, encantado, y como el resto se mostró de acuerdo, enfilaron una nueva tarea que les apartaba de temas severos.

Megan se cepilló el cabello de ébano con parsimonia, sin ver su imagen en el espejo del tocador, mientras se mordía los labios con el pensamiento perdido.

Había pasado un domingo especialmente satisfactorio en la residencia de los Blackmoon, no solo se había divertido contemplando el espectáculo de unos jóvenes padres rivalizando por ganarse la atención de los niños ante el pasmo de las niñeras, sino que había aprendido sobre el negocio de su hermano y sus socios, costumbres de un país como la India, que hasta ahora le había sido por completo desconocido, y además había confirmado que su nueva percepción del duque de Ivory era correcta. Sus comentarios cargados de desprecio acerca de la colonización de un territorio que tenía derecho a mantener su independencia le habían llegado al alma. Estaba segura de que a

su tía Rosmary le habría gustado el duque. No en vano fue una luchadora incansable de los derechos del pueblo indio y una declarada abolicionista contra la esclavitud. Su labor fue la que la llevó a ella hasta el poblado de Lonan, en la bahía de Cape Cod, a solo unos kilómetros de su granja en Yarmouth. Gracias a las buenas relaciones que su tía mantenía con Tala, la jefa del poblado, ella se había enamorado de un indio. El muchacho, junto con Umi, su mejor amigo, se encargaban de abastecerlas de pieles, caza y grasa de ballena. A cambio, su tía les había cedido una notable extensión de terreno donde ellos cultivaban maíz, judías verdes y calabacines, que eran muy apreciados tanto para alimentarse como para usarlo de intercambio. La primera vez que realizaron una recolección estando allí la invitaron al poblado para celebrarlo y asistió a la creación de un *wigwams* para Dasan, el hermano de Lonan, que iba a unirse en breve a una encantadora joven llamada Sora. Megan asistió en compañía de su tía al festejo y lo miró todo con los ojos muy abiertos, curiosa, como siempre. Los hombres habían cortado árboles jóvenes y los colocaron alrededor de un círculo que previamente habían despejado, formando arcos que se unían a modo de armazón y que luego rellenaron con corteza, maleza, juncos e incluso pieles. Cuando Megan visitó su interior pudo cerciorarse de que era un buen refugio contra el frío del invierno y, aunque más difícil de trasladar que un tipi, resultaba infinitamente más cálido.

En visitas posteriores aprendería a fabricar *wampum*^[9], que era tarea exclusivamente femenina: collares y cinturones ornamentados con valvas de almejas, caparazones de caracol u otros objetos más preciados. Ella tenía uno que le regaló su mejor amiga, Tallulah, decorado con piedras de río pulidas de distintos colores. Lo guardaba en el fondo de su baúl de viaje, como el resto de cosas entrañables que había traído de América.

Con el corazón acongojado por el recuerdo se metió en el lecho, echando de menos los brazos de Lonan, el calor que su cuerpo joven y fuerte le ofrecía. De repente, la imagen del duque de Ivory se coló en sus recuerdos y la hizo sobresaltarse. Poco tenían en común su amado Lonan, de cabello oscuro y ojos como la miel, con el estirado aristócrata de rubísimos cabellos y ojos de mar. «No», le reprendió su voz interior, «no es estirado... Solo es una pose».

Con el recuerdo de la nota que le había entregado antes de separarse, conminándola a visitarlo en su residencia al día siguiente a la hora del té, sin

más compañía que una doncella, se quedó dormida.

Andrew Perry observaba la calle desde el ventanal de su biblioteca con evidente interés. Había pasado una nota a Megan Cameron al despedirse, deslizándola en su mano con gesto cómplice y, si bien advirtió sorpresa en sus ojos negros, no captó que le molestara. No obstante, tampoco tenía seguridad de que acudiera. No la conocía lo suficiente para saber qué esperar de ella.

Una sonrisa de satisfacción se reflejó en su semblante cuando la vio aparecer a pie, con una joven doncella a su lado, deteniéndose frente a su verja. Resuelto, aunque ya el eficiente Evans acudía a su encuentro tras el aviso del jardinero, salió a recibirla también. Aguardó a que se quitara la ligera capa y el sombrero para darle la bienvenida bajo el arco de entrada de su vestíbulo.

—Buenas tardes, Meg. Es un placer que haya aceptado mi invitación.

Le besó el dorso enguantado con gesto galante y a continuación se dirigió al mayordomo con un tono que no admitía réplica.

—Señor Evans, encargase de que esta encantadora joven disfrute de nuestra hospitalidad en la cocina o en los jardines del servicio, si lo prefiere. Nosotros tomaremos el té en la biblioteca.

Megan observó cómo la envarada figura del criado asentía, aunque le disgustara la orden, y al momento su doncella, tan confusa como ella, se perdía por un lateral tras los pasos del hombre. Su mirada se demoró en el duque con un deje de burla.

—Poco ortodoxo, ¿no cree? Si acudir a su casa sin más compañía que una doncella puede perjudicar mi reputación, no digamos tomar el té a solas.

Andrew la tomó del codo para guiarla, sin esconder la risa en su rostro.

—¡No parece usted el tipo de mujer que se preocupe por esas minucias! Lo que tengo que contarle es secreto, y no me fío de su doncella por muy bien educada que la tenga.

—Yo no eduqué a Daisy. Imagino que lo haría Beth. Sus criados ¿son de confianza?

—¡Por completo! —aseveró con firmeza—. Llevan en la casa desde que mi padre era el duque. Me han visto crecer y saben que no tolero la menor filtración de lo que ocurre entre estos muros.

Ella se detuvo a admirar los magníficos estantes llenos de libros y los

costosos muebles de palisandro que decoraban la estancia, abierta al jardín por ventanales franceses, antes de replicar con evidente sorna.

—¿Y a pesar de eso mantiene usted la fama de libertino tan bien labrada?

La carcajada de Andrew resonó entre las paredes, rebosante de diversión.

—¡Intuía que tras esa fachada se escondía una mujer interesante!

Megan se encontró coqueteando, sorprendiéndose a sí misma.

—¿Tiene algún problema con mi fachada?

Andrew se le puso enfrente, gozando con aquella conversación más de lo que se hubiera atrevido a soñar.

—¡Su fachada es magnífica, Meg! Y estoy seguro de que lo sabe. Que la explote ya es otra cuestión. ¡Una mujer con sus curvas debería lucirlas a menudo! Le vendrían bien vestidos en tonos menos aados, con adornos en el escote, que debería ser más pronunciado. En cuanto a sus hombros... ¡son magníficos! Pude observarlos en mi fiesta, aunque no con tanto detalle como me hubiera gustado; pero sí me fijé en que modelan su figura formando un espléndido triángulo con su cintura. De sus caderas no puedo opinar demasiado por culpa de esa estúpida moda que las convierte en medios toneles, pero juraría que bajo la crinolina luce usted una forma tan armoniosa como en las alturas.

El sofoco de Megan resultó imposible de ocultar, así como tampoco disimuló él su jovialidad cuando la doncella llamó con los nudillos y les sirvió el té antes de irse.

—¡Parece todo un experto en moda! Y en mujeres —replicó ella en cuanto quedaron solos, ya recuperada.

—Usted me acusó de libertino hace un rato —asintió, tranquilo—. Admito que me he ganado a pulso el apelativo. Aunque nunca entre estas paredes.

—Gracias por tranquilizarme.

Él no contestó, limitándose a deleitarse en la espontaneidad de su invitada.

Megan sorbió el magnífico té y mordisqueó una galletita de jengibre antes de atreverse a interpelarle de nuevo.

—¿Y bien? ¿Cuál es el motivo de su interés? ¿En qué se supone que puedo ayudarlo?

—¿Tanto la aburro que quiere entrar en faena directamente? Imaginé que querría visitar mi casa con antelación...

La expresión de Megan mostró a las claras lo interesante que le parecía dicha posibilidad, halagándolo sin querer.

—Podemos hacer las dos cosas, supongo.

—No, para hacerla partícipe de mi plan la necesito con los cinco sentidos.

—¿Insinúa que su casa va a dejarme pasmada? Soy una mujer, milord. ¡Puedo hacer más de dos cosas a la vez!

Andrew rio con un alborozo que llevaba años sin sentir. La Megan que estaba descubriendo le recordaba a la excitante Axel de su juventud, la que le había calado hasta los huesos, enamorándolo como jamás lo estuvo antes. Un brillo de satisfacción asomó a su atractivo rostro. Se incorporó, la tomó de las manos, de las que se había despojado los guantes, y la acercó inesperadamente a su cuerpo. Antes de que Megan pudiera decir nada, la estaba besando con un ardor que sorprendió a ambos. Cuando se apartaron, ella estaba sofocada y su pecho bajaba y subía con un vaivén de lo más tentador, pero Andrew mantuvo las manos quietas. Ya había sido suficiente comprobar que bajo la apariencia fría de la americana latía una mujer ardiente. Ella había respondido a su beso, y lo había hecho muy bien.

—¿Por qué...? ¿Por qué ha hecho eso? —consiguió balbucear ella, más sorprendida que enfadada.

—¡Me encantan las mujeres con chispa! Y usted tiene muchísima.

Esta vez fue la risa de Megan la que se escuchó.

—¿Chispa yo? ¿Era té lo que tomaba o le han puesto unas gotas de brandy?

—¿Le ha parecido que mi boca sabía a brandy?

Logró sofocarla de nuevo, pero no que escabullera la mirada.

—En serio, duque, ¿qué pretende con esta cita? Creí que tenía un propósito serio.

—¡Y lo tengo! —arguyó Andrew—. Esto ha sido un simple impasse. No calculado, lo juro. Pero no pude evitar pensar lo mucho que me recordaba usted a otra persona.

—¿A Axel? —No imaginaba a ninguna mujer más atractiva para él—. ¡Ahora sí que pienso que ha perdido la cabeza! Axel es la persona más adorable que conozco, la más genuinamente encantadora...

Supo ver en su mirada que había acertado. Los ojos claros eran incapaces de disimular cuán atraído seguía sintiéndose por la vizcondesa.

—Es verdad que Axel es así. Pero usted ignora el potencial que tiene. Si

quitara la mordaza de su corazón, creo que encontraríamos a una mujer muy distinta de la que muestra.

Megan tragó saliva, agradecida por sus palabras, pero, sobre todo, conmovida porque hubiera sabido captar lo que su dolor había enterrado en lo más profundo. La muchacha que fue años atrás. Muy atrás. Cuando amaba y era amada. Cabeceó para quitarse esa imagen de la cabeza y respiró hondo, enfrentándose al duque de Ivory.

—Pienso que podemos correr un velo sobre lo ocurrido en esta sala. A fin de cuentas, ni a mí me interesa ni tampoco a usted. Deseo disfrutar del placer de conocer su casa y además siento curiosidad por lo que quiere proponerme, así que adelante, sírvame de cicerone. En cuanto a usted, refrene sus galanterías y sus juegucitos. No estoy interesada en los coqueteos. Y no se ofenda, no es personal. Ningún hombre me interesa.

—¿Alguna mujer, entonces?

La mirada negra se abrió con estupor, pero luego, en vez de darle una bofetada, rio con toda el alma.

—¡No pretendía herir su ego! ¿O lo decía en serio? ¡Jamás he oído hablar de algo así! Aunque usted que ha vivido de todo, sabrá extrañas historias...

Andrew la tomó del brazo y la llevó hacia el pasillo, calibrando hasta dónde podía contar. Finalmente, decidió que sería sincero con ella. Parecía una mujer lo bastante abierta para confidencias de cualquier tipo.

—En India supe de mujeres que se pasaban tanto tiempo encerradas que se daban placer unas a otras mientras aguardaban a que les tocara su turno con el marajá. Me lo contaron dos beldades con las que tuve el honor de realizar un trío.

—¿Un trío?

Fascinado, contra todo pronóstico, ella respondió como él deseaba, y mientras se perdía por el interior de la mansión, le relató jugosos detalles que Megan, sofocada pero curiosa, escuchó con atención.

Recorrieron las estancias públicas del palacio durante más tiempo del esperado, recreándose Megan en las pinturas, los mármoles italianos, la calidad de las maderas... Entusiasmada, confesó a su anfitrión que le encantaba la sencillez de la mansión, pese a estar llena de objetos de calidad, y que sus jardines eran una delicia para los sentidos. Pasearon bajo las galerías al aire libre mientras la tarde declinaba y, cuando un viento fresco

puso los vellos de punta en los brazos de Megan, cubiertos por una ligera muselina, Andrew se quitó la casaca azul marino y la colocó sobre sus hombros. Ella lo miró con sorpresa, pero él continuó contándole cómo su tía abuela había resultado ser una espléndida paisajista, aunque jamás pasó de pintar para la familia.

—¿Es usted de verdad el liberal que parece?

Su risa, gratificante, la afectó tanto como el olor de la chaqueta que le estaba impregnando la piel.

—Los años me han enseñado que son las mujeres quienes rigen el mundo. Los varones nos creemos poderosos porque gritamos cuatro soflamas en el Parlamento o nos vamos a conquistar territorios, pero lo cierto es que gritamos lo que nuestras mujeres nos inculcan con sibilina paciencia; y si nos vamos de conquista es para reafirmarnos en nuestra hombría porque sabemos que una dama nos puede romper el corazón, o nos puede convertir en esclavo de sus deseos con el simple pestañeo de sus bellos ojos.

—¿Y si los ojos no son bellos? —ironizó ella, halagada a su pesar por semejante diatriba.

—Pues lo es su cutis, o su cabello, o sus pechos... Ya me entiende. ¡Las mujeres nos pierden!

Ella le enfrentó, más divertida de lo que lo había estado en años.

—¿A usted le pierden aún? Creí que se habría reformado. Va teniendo cierta edad...

Con descaro, Andrew le retocó un mechón que se le había descolocado del moño, demorándose en el toque de sus sienes más de lo imprescindible.

—Ambos vamos teniendo cierta edad. —Bajó el volumen de su voz hasta convertirlo en un susurro—. Mentiría si no le confieso que me muero por saber el motivo que la impulsa a no aceptar galanteos masculinos.

Supo que había cometido un error al percibir cómo su rostro se ensombrecía y sus manos se crispaban sobre las solapas de su chaqueta, así que se adelantó a su respuesta con un giro de la conversación.

—Me temo que con el recorrido nos hemos pasado del tiempo que sería correcto retenerla en mi casa. Me veo obligado a solicitarle una nueva entrevista para, entonces sí, tratar el tema que nos reunía hoy.

Ella agradeció su cortesía devolviéndole la chaqueta y recuperando la sonrisa adecuada.

—¿Y cómo haremos para que ni su reputación ni la mía se vean

comprometidas? No sería de buen tono volver a su casa, y si no quiere que los demás nos escuchen...

Andrew lo pensó solo un instante.

—¡Cabalgemos por Hyde Park mañana por la tarde! Supongo que será usted una buena amazona...

—Excelente —corroboró ella sin jactancia—. Pero estaremos de cara a la galería.

—Si a usted no le importa ser durante unos días la comidilla de la buena sociedad, a mí menos.

Megan rio, encantada con su descaro.

—Yo no aspiro a un matrimonio. Imagino que usted sí.

La mirada azul se posó sobre sus ojos mientras le besaba la mano.

—¡Pues no imagine tanto!

Una ceja negra se elevó con exagerado ademán de incredulidad y Perry volvió a reconocer en ella a una sosias de Axel.

—¡Tendrá que criar duquecitos! Y para eso deberá casarse.

El apelativo había curvado los sensuales labios en una sonrisa que Megan encontró arrebatadora, pero la respuesta le gustó más.

—Solo si la candidata merece la pena. Un duque más o menos en el mundo no cambiará la Historia.

Ella se calló la réplica. Se estaba haciendo tarde y debía regresar con Daisy a casa de su hermano o Steve se enfadaría de veras. Aunque a ella no le afectaba su reputación, consciente de en qué poca estima se tenía en Londres a los americanos, a su hermano y su cuñada sí les importaba.

Andrew la acompañó hasta el vestíbulo, la ayudó a colocarse la capa y saludó con un gesto a la doncella que se presentó con un hatillo de la cocina y una sonrisa de oreja a oreja.

—Parece que le cayó en gracia a la señora Bronte...

La chica se sonrojó, pero logró articular una respuesta.

—¡Es la mejor cocinera del mundo! Me ha concedido el honor de darme algunas recetas y me ha regalado sus maravillosas galletas de jengibre...

Andrew y Megan sonrieron, compartiendo el pensamiento de cuán poca cosa podía hacer felices a ciertas personas, y se despidieron con un educado ademán hasta el día siguiente.

Pasó toda la mañana nerviosa y, cuando Axel y Beth le recordaron que

tenían concertada una reunión para después del almuerzo, su semblante mostró tal sobresalto que ambas se lanzaron a fustigarla.

—¿Habías olvidado la reunión? Llevas unos días muy rara, Meg —acusó Beth con edulcorada sonrisa.

—¿Quizá tenías planes para esta tarde? —apuntó Axel.

Ella las fulminó con sus ojos negros, admitiendo que nada les pasaba desapercibido.

—¡Pues sí! —replicó irónica—. He quedado con el duque de Ivory para tratar ese asunto del cual no tiene intención de que os enteréis.

—Creí que eso lo tratasteis ayer...

Axel fingió una sorpresa escandalizada poniéndose en jarras, apoyada por la burla de Beth.

—¿Que estuviste ayer con Andrew? ¿A solas?

—Con mi doncella —contraatacó, ruborizada.

—¿En Dolerman House? Ni yo, en mis mejores tiempos, me habría atrevido a visitar al duque en su residencia —insistió Axel muerta de curiosidad.

—¡Pues ya ves, yo no tengo nada que ocultar!

La respuesta de sus amigas fue una carcajada exuberante que la desarmó.

—¡Vas lista si esperas que los chismorreos no nos lleguen! —La vizcondesa le sujetó una mano, de repente seria—. Pero ten cuidado, Meg. La gente de Londres es muy mala. Y tú no dejas de ser una mujer.

Ella aceptó el consejo y apretó los dedos de su amiga con cariño.

—¿Insinúas que no debo fiarme del duque?

Los ojos verdes destellaron con simpatía.

—¡En absoluto! Conozco a Andrew y pondría la mano en el fuego por él. Te hablaba de las arpías que aborrecen lo que hacemos, las que nos tachan de liberales. A veces, esa palabra lleva connotaciones groseras.

—No te preocupes por mí, Axel. Recuerda que de una americana no se esperan buenas maneras.

—Eso es problema de ellas. Nosotros sabemos que sí las tienes.

El semblante de Megan se suavizó, sintiéndose apreciada.

—Gracias, Axel. Y no te preocupes. Solo vamos a lucirnos un poco por Hyde Park.

No esperó a escuchar la reprimenda de Beth. Le apetecía montar a caballo. Y le apetecía despertar la envidia de las estúpidas jovencitas que

solían mirarla por encima del hombro. Aunque solo fuera en apariencia, esa tarde el apuesto duque solo estaría disponible para ella.

[4] Una de las muchas tribus algonquinas de América del norte, asentada en la zona del actual Massachusetts.

[5] Cabaña india con armazón redonda.

[6] Consejo indio.

[7] Líder de la tribu.

[8] Zona de las mujeres en las casas indias, a modo de harem.

[9] Collares o cinturones adornados con diversos elementos, que se usaban como regalo, para sellar acuerdos de paz o en tratados de diferente tipo.

Capítulo 4

Andrew Perry detuvo su montura delante de la residencia de los Cameron, en Oxford Street, y aguardó a que Megan apareciera a la hora convenida. Lo hizo puntual, con un traje de amazona en tonos carmesí que favorecía su pálido cutis y sus ojos oscuros. El velo que rodeaba su sombrero de copa y caía en lánguida cascada sobre su recta espalda tenía idéntico color, logrando que la vista se deslizara hasta sus caderas firmes y su trasero, realzado por la silla lateral. Parecía alegre y él respondió del mismo modo.

—¡Veo que monta con estilo para ser americana! —se burló, jovial—. Aunque lo cierto es que le pega más cabalgar a lo amazona. ¡No me cuesta nada imaginarla galopando por una pradera sobre una yegua pinta!

La repentina palidez de Megan lo dejó sin aliento, aunque se tranquilizó al comprobar que ella se recuperaba con prontitud del sobresalto.

—Me parece que he dado de lleno...

—Lleguemos a un acuerdo, milord. Usted no me recuerda mi pasado en América y seremos amigos. De otro modo, quizá tenga que planteármelo.

Sus palabras azuzaron la curiosidad del duque pese a que la disimuló con maestría sin perder el buen humor.

—¡Por mí, como si Colón no lo hubiera encontrado! Por no perder su amistad, puedo hacer desaparecer un continente del mapa.

La sonrisa retornó al semblante de Megan, comprensiva con todas las damas que habían caído a los pies de aquel hombre. Su encanto resultaba innegable.

Emprendieron un ligero trote por la transitada avenida, se dejaron ver por Park Lane y se adentraron en el concurrido parque. A esas horas, el «todo Londres» se dejaba admirar desde carruajes descubiertos o a lomos de sus espléndidas monturas por lo que no les quedó más remedio que saludar con gentileza a los conocidos, pero a la primera oportunidad giraron en un recodo del inmenso espacio verde y cabalgaron con libertad por las cuidadas praderas.

El moño de Megan se deshizo con la galopada y ella rio con una espontaneidad que maravilló al duque, atento al menor de sus gestos. Le gustó la pericia con que conducía a la yegua blanca y cómo el animal

obedecía las calladas órdenes del roce de sus enguantadas manos.

Andrew le indicó un paraje bucólico, con banco incluido bajo un gigantesco roble, y descabalaron a un tiempo, dejando libres a los animales.

El rostro de Megan estaba sonrojado por el ejercicio y Andrew contuvo el anhelo inesperado de besar aquellos labios que respiraban con agitación. La estrecha chaquetilla con alamares de plata también subía y bajaba al ritmo de su respiración y él apartó la mirada hasta el vasto horizonte para no transgredir ninguna regla. Se había prometido ganarse la confianza de la americana y no iba a correr el riesgo de comprometerla. Ya le había dado un aviso al iniciar la tarde, y estaba seguro de que su palabra era ley para alguien tan severa consigo misma.

—Ha sido una excelente idea lo de cabalgar, duque. Llevaba mucho tiempo sin darme ese placer.

—¿Por qué? Si lleva dos años en Londres no ignorará que es una afición bien considerada.

Tomaron asiento el uno junto al otro. Megan se desprendió del sombrero y con él sus negros cabellos quedaron desparramados por su espalda como una cortina. Hizo intento de recogerse, pero Andrew se lo impidió con un gesto.

—¡Por mí no lo haga! Tiene usted una melena maravillosa. ¡Pena que no la luzca así a menudo!

—Lo hago en la intimidad —confesó, sonrojada—. Las normas son demasiado estrictas para llevarlo libre en el Centro o en las fiestas.

—Sí. —Suspiró él con pesar—. ¡Lo cierto es que doy gracias cada día por ser hombre! Estáis tan restringidas en todo que no me extraña vuestra frustración.

Ella le sonrió con agradecimiento. Pero la mirada azul era tan persistente sobre su persona que se ruborizó y bajó los ojos.

—¿Voy a saber ya que es eso tan secreto que quiere proponerme?

—¡Por supuesto! Tiene que ver con su habilidad con el dibujo.

La sorpresa que se reflejó en su semblante fue elocuente.

—¿El dibujo? Aún no le he dado las gracias...

—¡Ni quiero que me las dé! De no haberlo considerado interesante no habría malgastado mi dinero en esa empresa. Y por Dios, ¿no podría dejar de llamarme duque? ¡Si nuestras comunes amigas me tutean en la intimidad no veo por qué usted no puede hacerlo! Y permitirme lo mismo, claro está.

La risa de Megan le hizo mirar con curiosidad el brillo de sus ojos que matizaban sus rasgos con una suavidad resplandeciente, dándole un aire de chiquilla traviesa.

—Cuando me hablaban de ti, te imaginaba como un aristócrata pomposo —reconoció, aceptando el tuteo—. Solo Axel decía que eras adorable, pero ella no parecía la más indicada para opinar puesto que, de no ser por Devon, ahora sería tu esposa.

Andrew se incorporó y se puso enfrente, tapándole el sol, apoyando indolente un pie sobre el banco de madera.

—¿Un aristócrata pomposo?

—Evitas pronunciarte sobre Axel...

Sus labios surcaron una sonrisa burlona.

—¡Más tarde! Primero explícame eso.

—Cuando llegué a Londres y Steve me forzó a presentarme en sociedad me vi rodeada por un montón de petimetres, a cuál más pedante. Y ninguno fue un duque; lo cual me hizo pensar que si ellos, que eran simples condes o barones, se tenían en tan alta estima, tú debías de ser insufrible.

—¿Y se supone que los ingleses tenemos prejuicios? ¿Cómo llamas tú a lo que sientes por la nobleza británica?

Aunque su tono sonó divertido, Megan supo leer un atisbo de reproche en él y se arrepintió de haber sido tan arisca.

—¡Tienes razón! Pero me cuesta veros como gente normal. Para mí supuso un choque tremendo llegar de mi país y encontrarme una sociedad tan cerrada.

—¡No creo que Boston sea demasiado diferente! Sobre todo entre gente de dinero, como tu familia. Tú misma lo admitiste.

Andrew volvió a percibir su reserva. Megan ocultó la mirada e intentó retomar la conversación por otro lado.

—Cuéntame lo que necesitas de mí.

La mano de Andrew fue directa al mentón de la mujer y lo izó, vislumbrando un asomo de lágrimas.

—¿Gozaré algún día de tu confianza para saber qué te duele tanto de tu pasado?

Ella hipó, conteniendo la repentina tristeza y simulando una alegría que se había evaporado.

—¡Quién sabe, duque! —recalcó—. Los designios de Dios son

inescrutables.

Él aceptó la broma y tiró de su brazo para levantarla del banco. Le gustaba pasear a su lado porque tenían alturas similares, lo cual les permitía mirarse directamente mientras caminaban.

—Demos un paseo y te contaré mi plan.

¡Una fiesta! Pretendía organizar una fiesta privada en Wiclow Manor, su residencia campestre, en algún momento del mes de julio. La excusa sería festejar el cumpleaños de William además de su regreso a Inglaterra, aunque en realidad lo que deseaba era reunir a sus amigos en una época del año en la que la mayoría se dispersaba por sus fincas. Le relató con todo lujo de detalles los objetos decorativos que había adquirido en la India, las telas exóticas para adornar y elaborar trajes, las especias y productos que consumirían...

Ella formaba parte del plan de una manera absoluta puesto que lo que pretendía era que se encargara de diseñar, a partir de ilustraciones que había traído, tanto el decorado como los ropajes. Montarían un remedo de sala hindú en su salón de baile y organizarían un día completo con actividades al más puro estilo indio. Para ello pondría a su disposición a todo el personal que considerara necesario.

Megan se mostró entusiasmada con la idea en un principio, aunque después recapacitó y se retrajo, imaginando cuánto costaría semejante evento que no tenía más finalidad que la diversión.

El duque reconoció en su rostro los gestos de desilusión y contraatacó:

—Percibo reticencia de repente. ¿Cuál es el motivo? ¿Que ahora sí te resulto pomposo? ¿Que te parece un gasto inútil? —Supo que había adivinado por el modo en que ella lo miró, pasmada—. No soy adivino, Meg, pero es difícil escapar de la influencia de Axel. Llevo seis años midiendo cada libra que gasto y te aseguro que son muchas. Pero dejo demasiadas en el proyecto de los niños, y otras en causas de las que no voy a darte explicaciones. Creo que también nos merecemos poner en práctica algunos sueños. Y yo deseé tener a mis amigos en India en miles de ocasiones, compartiendo las maravillas que contemplaba. Como emprender un viaje en grupo es inimaginable, simplemente decidí traer un pedazo de ese exótico lugar hasta Inglaterra. Tampoco creo que sea un pecado.

Ella se avergonzó de haber dado pie a una confidencia íntima de quien no

dejaba de ser un medio desconocido. Pero Andrew siguió profundizando en su herida.

—Además, puedes verlo desde otra perspectiva ¿Sabes la cantidad de trabajo que vamos a dar a peones, albañiles, costureras, cocineras, limpiadoras? No habrá casa de los alrededores que no tenga a alguien trabajando para mí mientras organizamos el evento. Seguro que a ellos mi despilfarro les parece excelente.

Megan dejó de restregarse las manos y lo miró, desafiante, aceptando su derrota.

—¡Está bien! ¡Has argumentado mejor que Cicerón, por Dios! Me resulta difícil decirte que no, pero ¿cómo podría encargarme de todo estando en Londres?

Andrew demostró que había pensado en ello.

—Será imposible movernos de la ciudad antes de la clausura del Parlamento, que suele ser a inicios de julio, pero se oyen rumores de que este año se adelantará la ceremonia. No obstante, le escuché decir a Blake que Clarence tiene intenciones de marcharse antes por el asunto de su embarazo. Nuestras fincas están cercanas así que preveo que Axel y Beth se ausentarán para cuidar de ella hasta que William acuda. Confío en que tú las acompañarás. Con antelación organizaré una comida en mi casa, donde te presentaré al personal para que cuentes con su complicidad. Te resultará fácil escaparte hasta Wiclow con la excusa de cabalgar cada mañana. Por ahora será suficiente con que te encargues de realizar los bocetos y yo los haré llegar al personal adecuado.

Megan se rindió al fin, contagiada por su entusiasmo, y la mirada de Andrew le mostró cuánto le complacía saber que podía contar con ella.

—¿Tenemos un trato?

—Lo tenemos. —Sonrió.

Entonces Andrew se sorprendió a sí mismo abarcando con sus manos la esbelta cintura y trazando un beso apasionado en la boca de su acompañante. Fue tan inesperado que solo duró un segundo, pero el rubor de Megan y el jadeo de él le indicaron que sus instintos lo dominaban más de lo prudente.

—¡Mentiría si dijera que lo siento, Meg! Ha sido un impulso. Mis disculpas.

Ella, mortificada por lo mucho que le había gustado pese a lo efímero, le dio la espalda para dirigirse a su montura.

—Espero que sepa distinguir con quién está tratando, milord. No soy una quinceañera que necesite sus galanteos para que me lleve por el camino que desea tomar. Le he dicho que le ayudaré, pero si persiste en sus... avances, le retiraré mi confianza.

Andrew tuvo que correr para ponerse a su altura, de golpe enojado.

—¿Milord? ¿Vas a castigarme con el distanciamiento otra vez? Los amigos se perdonan estos... imprevistos.

Megan se detuvo, chocando con él, molesta.

—¿Llamas imprevisto a besarme con pasión?

—¡No te he besado con pasión! —negó, sin evitar una sonrisa—. Puedo mostrarte la diferencia si quieres.

Contra lo esperado, Megan rio, admirada de su descaro.

—Olvidémoslo, duque —recalcó retadora—. Pero no lo repita o me enfadaré. ¡E imagino que jamás ha sido testigo de cómo se enfada una americana!

—¡No guardo el menor deseo! ¡Recuerdo que unos cuantos colonos se enfadaron y se independizaron con muy mala uva! Una guerra entre ambos sería un desastre.

Megan volvió a reír, recuperada la compostura.

—¡Lo imagino! Ya he escuchado lo mal que llevas perder.

Andrew se puso serio.

—¡No seas injusta! Perdí a la que creí que sería la mujer de mi vida y me retiré con bastante elegancia.

En un impulso, ella le acarició la mejilla. Después retiró la mano como si quemara, arrepentida de su exceso de confianza.

—¡Lo siento, Andrew! Es verdad que a veces me dejo llevar y no pienso lo que digo.

Estaban junto a los caballos y él cogió las bridas de la yegua blanca para que ella pudiera montar. La tarde estaba cayendo sobre sus cabezas y llevaban mucho tiempo en un paraje apartado. No estaba seguro de que Steve no le partiera la cara de un puñetazo si llegaba a enterarse.

—De todos modos, Meg, prefiero que te pases de sincera a que me ignores o me mientas.

Ella lo miró desafiante desde su atalaya, una vez instalada.

—Te aseguro, Andrew, que yo nunca miento.

—Pero callas —le reprochó con ternura.

—Eso sí —admitió—. Por ahora, es mi derecho.

Inició una galopada que lo alejaba de él, así que no tuvo más remedio que alzarse sobre su potro y seguirla a distancia. Ambos escogieron un sendero no muy practicado que les sacó de Hyde Park cuando ya estaba prácticamente vacío. En Oxford Street, Andrew se despidió con un golpe de sombrero y Megan se internó en los jardines de su hermano, más alborozada de lo que hubiera imaginado solo unos días atrás.

Estaba de rodillas, arrancando con una pequeña azada las matas de patata y dejándolas a un lado, mascullando por lo bajo lo incómoda que era la postura y cómo se estaba poniendo de tierra el vestido a pesar del primoroso delantal que había tenido la precaución de coger. El día estaba despejado y el sol pegaba sobre su espalda encorvada, pero no escuchó los pasos que se acercaban hasta que una sombra se interpuso delante.

Llevaba tantos días agobiada por los consejos de las visitas y, sobre todo, de los de su hermano Ruack, quien había regresado a Boston a regañadientes, sin poderse permitir otra semana alejado de sus negocios, que se había sentido ligera como un gamo al saber que solo ella y tía Rosmary permanecerían en la granja. Se había ganado el respeto de su hermano mayor al demostrarle que sabía ordeñar una vaca y disparar un fusil además de cocinar con relativa habilidad. Ni siquiera ella esperaba adaptarse tan bien a la vida en una granja en mitad de una tierra salvaje, tan distinta de la refinada ciudad, pero durante el viaje se fue enamorando del paisaje y luego su tía le habló de la gente que lo habitaba y quedó más entusiasmada aún. Ruack prometió que mandaría a alguien por ella en cuanto le escribiera contando que su tía había recuperado la buena salud de la que solía hacer gala, aunque entendía que siendo Megan su ahijada y habiendo estado tan compenetradas años atrás, quisieran permanecer juntas.

Sobresaltada, miró los mocasines castaños que entraron en su campo de visión y alzó la mirada para encontrarse con un hombre semidesnudo que la contemplaba con curiosidad. Se incorporó con tanta prisa que sus pies se enredaron en la falda y cayó sobre el moreno y fornido pecho mientras unos brazos la sujetaban con firmeza. No gritó, porque supuso que aquel era uno de los indios de los que su madrina le había hablado, pero la impresión de hallarse frente a un ser humano tan diferente la mantuvo alerta, sin poder evitar que una pizca de temor asomara a sus ojos.

—No miedo. Yo Lonan —chapurreó él en mal inglés.

Megan observó su caballo, un pinto de aspecto robusto cargado con pieles de nutria y castor unos pasos más atrás, y se preguntó cómo no les había escuchado llegar. Miró los mocasines del hombre y su taparrabos, apenas una banda de tela decorada con motivos de espiral que dejaban poco espacio a su imaginación. Las piernas eran esbeltas y largas, al igual que sus brazos, en uno de cuyos bíceps mostraba el tatuaje de un lobo. El cabello lo llevaba recogido en una cola que adornaba con plumas de diferentes colores. Sofocada por el calor y la incipiente excitación ante una figura tan atractiva, ella se pasó el dorso de la mano por la cara y frunció el ceño al instante al ver cómo el semblante desconocido se iluminaba con una sonrisa para enseguida sentir que sus manos ásperas le limpiaban la tierra con la que se había manchado.

—¿No guantes? Rosmary siempre guantes —advirtió él.

—¿Conoces a mi tía?

Lonan asintió, posando sus ojos de color miel con deliberada fijeza en su rostro, intentando aparentar respeto ante la visión de la tela que se adhería a los pechos de ella y a su trasero, sabiendo que una mujer blanca no solía mostrarse en público desaliñada.

—Rosmary amiga —confirmó.

Megan se limpió los dedos en el delantal y le tendió la mano, no muy segura de cómo saludar a un nativo. Lonan, sin embargo, se la apretó sin dudar y ella respiró más tranquila, pisando sobre seguro.

—Mi nombre es Megan.

Lonan paladeó el nombre antes de repetirlo. Lo hizo con una sonrisa agradable.

—Megan. ¿Qué significa?

—¿Qué significa? Pues... No sé. —Confusa, se perdió en sus ojos, chispeantes ahora—. ¿Tiene que significar algo?

—Lonan, nube. —Se tanteó el brazo y señaló su tatuaje—. Madre, Tala; lobo acechante.

Su expresión resultó de un desconcierto tan elocuente que lo hizo reír y su sonido sonó como una campanilla argentina, llena de vida.

—No sé qué significa Megan, lo siento.

—Yo tampoco. Nombre no indio.

Ella sonrió, reconfortada por la sencillez de su compañía. Estaba harta de

los granjeros que quisieron enseñarle cuándo hacer tal y cual cosa, de las mujeres que querían instruirla en cómo llevar la casa, y de su hermano, siempre protector, pero se encontró en la gloria con la cálida compañía de aquel joven indio.

—Tía Rosmary está enferma. ¿Quieres tomar algo? ¿Comer?

No tenía la menor idea de cuáles eran las costumbres locales con los indígenas, de eso nadie le había contado. Una nube de preocupación oscureció los ojos claros.

—¿Rosmary enferma? Nadie avisó.

Ella se preguntó cómo él esperaba que le fueran con el cuento a los indios. Su tía había tenido un ataque cardíaco y la había hallado un vecino que pasaba de visita. Aunque la mujer se había recuperado con relativa rapidez había escrito a la familia de su hermana para confesar lo ocurrido, temerosa de que volviera a repetirse y nadie de los suyos se enterara de que había fallecido. Redactó un testamento donde dejaba su granja a Megan y ella se mostró consternada y agradecida, pero sobre todo dispuesta a hacerle compañía el tiempo que hiciera falta. A fin de cuentas, su hermana Melinda, recién casada con un adinerado comerciante, no necesitaba su ayuda, y menos el desafiante Steve, un año menor y que traía de cabeza a sus hermanos por las correrías a las que se había acostumbrado con su grupo de jóvenes advenedizos.

Regresó al presente al notar sobre sí la curiosa mirada del hombre.

—Está mejor. ¿Quieres verla?

El asintió, siguiéndola hasta la casa, aunque antes recogió las patatas en el cesto que ella había olvidado sobre el sembrado, cuidando de pisar en los lugares adecuados. Su caballo los acompañó, demostrando que conocía el camino, y se quedó a la sombra del sauce que daba sombra al porche. Lonan le entregó las patatas y descargó la carga del pinto, dejándola sobre la baranda de la entrada.

—¿Son para mi tía?

—Ella vender para tribu. Nosotros regalar algunas.

Megan se preguntó cuánto tiempo llevaría su tía en tratos con los algonquinos, admirada de que una mujer blanca se hubiera ganado la deferencia de los nativos. Claro que llevaba desde joven, cuando se casó con el tío Thomas, peleando por abolir la esclavitud en América y siempre fue muy dada a mostrar piedad por el resto del mundo, además de respeto por

costumbres ajenas. No en vano, el tío Thomas había muerto en el sur, por defender a un negro de una plantación del que creía era su mejor amigo de Alabama.

Entró en la fresca habitación que hacía de comedor y cocina y le ofreció agua a su invitado, el cual la cogió sin perder la sonrisa, agradecido por sus esfuerzos en ser amable.

Al momento escucharon pasos en la escalera y una pálida Rosmary apareció en el rellano, animándose al ver quién había llegado.

—¡Lonan, qué alegría! Veo que has conocido a Megan.

Pese a sus palabras, le costaba respirar y el joven supo captarlo. En dos zancadas subió los peldaños, la cogió en brazos y la depositó sobre un sillón, dejando a Megan pasmada por su confianza. Más cuando le escuchó cómo le reprochaba no haber llamado a su chamán. Rosmary le replicó con una sonrisa cariñosa. Era una mujer tan alta como Megan, de rasgos parecidos, aunque su cabello plateaba en las sienes y tenía cierta tendencia a engordar.

—No tuve tiempo, jovencito. Si no, créeme que me hubiera fiado más de Yima que del doctor que me atendió.

—¡Yo decir que él visitar! Madre no tranquila cuando sepa tú enferma.

Rosmary asintió, convencida.

—Muy bien. Prefiero sus hierbas a los potingues del galeno. —
Contempló a su sobrina, no sin admiración—. Compruebo que no te has asustado con Lonan. Me alegro. Es un joven educado y encantador. Se hubiera llevado una sorpresa si te hubieras puesto a gritar.

Ella no supo qué responder, azorada. Verlo en el exterior le pareció normal, pero dentro de la casa su cuerpo semidesnudo llenaba cada rincón con su impresionante presencia. Era tan alto que casi tocaba las vigas del comedor y sus hombros parecían capaces de acarrear un alce sobre ellos. Avergonzada por los pensamientos impúdicos que le provocaba, dio la espalda a ambos y se ofreció a preparar un té.

—¿Por qué no dejas que se encargue Lonan? Le añades otras hierbas que le dan un sabor exquisito.

Confusa, le cedió el sitio y lo vio manipular los cacharros de la cocina como si estuviera en su casa. La voz divertida de su tía la azoró de nuevo.

—Puedes ofrecerle un plato con las galletas que horneaste esta mañana. Olían de maravilla y a él le encanta el chocolate. Aunque no es algo que pueda comer a menudo.

Lo hizo diligente y al rato saboreaban los tres un té con pastas, distinto del habitual, pero agradable al paladar. Rosmary aprovechó para ponerles a ambos en antecedentes de quien era quien.

—Lonan es el hijo menor de Tala, la líder de su pueblo. El cargo lo ocupó antes su padre, pero ella demostró ser lo bastante capaz para continuar con el puesto en vez de cederlo a un varón. Dasan, el primogénito, era aún joven para tomar el mando y lo habría ostentado otra familia. Entre los indios, las mujeres pueden ocupar posiciones importantes como jefes o curanderos, no como nosotras, a quienes nos imponen tantas restricciones. Me traen pieles para vender y me ayudan con la granja. Una parcela de esta tierra es suya, plantan para comer y vender. —Apretó una mano del indio con evidente cariño—. Aparte de un gran cazador, Lonan domina el arte de la agricultura. Me gustaría que te enseñara por si yo... —Sus ojos se empañaron—. Bueno, imagino que no te quedarás con la granja si muero y preferirás venderla, pero si no fuera así, deberías aprender cómo sacar provecho a la tierra. Y Lonan es el mejor.

El indio notó cómo ella se fatigaba y puso un dedo sobre sus labios con manifiesta ternura.

—Yo enseñar Megan. Y ayudar. Tú no cansar.

—Es muy lista —insistió Rosmary a modo de promesa—. No te llevará mucho tiempo.

La sonrisa que iluminó otra vez los rasgos del indio abochornó a la muchacha, pero también la llenó de alegría.

—Yo tiempo para Megan. No preocupar. Ella ojos oscuros como la noche, pero espíritu como las nubes. Gustar.

Rosmary le apretó la mano en callado agradecimiento. Después le rogó que la ayudara a regresar a la cama y él la subió en pocas zancadas, quedándose fuera mientras Megan la atendía. Cuando regresó, él estaba en el patio, acariciando a su potro.

—Traer Yima. Chamán quitar rostro pálido. Él curar.

Megan no supo cómo decirle que el corazón no se podía curar, pero asintió, queriendo conservar la misma fe que su tía mostraba por los remedios de un brujo.

Despertó con los rayos del alba. Lonan había regresado a sus sueños una vez más; sin embargo, en esta ocasión no le ocasionó aflicción. Retomó con

dulzura el recuerdo de su rostro aquel primer año, aún juvenil. Ella había cumplido los diecinueve y a él le faltaban meses para los diecisiete, pero se comportaba con más madurez que su hermano Steve, a quien lo único que le importaba eran los burdeles y las cartas. Rememoró su paciencia enseñándola a plantar, a distinguir las semillas, a saber cuándo estaban maduras... Rosmary supo defenderla de las malas lenguas que no veían bien que una joven blanca se codeara con indios ligeros de ropa, pero es que ella disfrutaba más en compañía de Tallulah y Sora que de las encorsetadas hijas de sus vecinos. Aprendió a poner buena cara cuando las visitaban y mostraba sus modales bostonianos dejando pasmados a los ignorantes granjeros que la criticaban a sus espaldas. No obstante, en cuanto tomó confianza, aceptó los vestidos y el calzado que sus amigas indias le regalaron y a menudo se confundía entre ellas, con su melena al viento y los miembros morenos. Durante el verano se bañó en el río con las mujeres, espiada por los ávidos ojos de los varones, y aprendió a contonearse como Oneida, la hermana de Lonan, que era una coqueta consumada. Su nombre significaba «esperada con impaciencia», porque, tras dar a luz a Dasan, Tala había tardado más de dos años en quedarse embarazada, apenando a su esposo por si debía tomar una concubina. Ella y Lonan, por el contrario, solo se llevaban unos meses.

Pero lo que fascinó a Megan fue montar a caballo con una simple manta bajo sus piernas. A horcajadas y libre bajo el sol, galopaba por la pradera con Lonan a su lado, vigilante siempre al menor contratiempo. Él la llevó a conocer la costa y a visitar tribus vecinas con las que aprendió a comunicarse usando frases corteses. De sus labios escuchó por vez primera su nombre indio: «Nayeli».

Ocurrió durante una mañana de otoño, cuando aún no llevaba un año en Cape Cod. Salieron a cabalgar en grupo, pero a una seña de Umi, el mejor amigo de Lonan, todos se fueron quedando atrás. Megan, embebida de la ambición de ganar la carrera, no se dio cuenta hasta que él se puso a su altura y detuvo al caballo con un silbido. Enojada, enarcó una ceja y le gritó en su idioma qué hacía, pero él se limitó a soltar una carcajada e indicarle un sendero. Viendo que nadie les acompañaba, le siguió, y cuando la tomó de las caderas para ayudarla a bajar, lo hizo resbalándola por su cuerpo, mostrándole el deseo que había despertado. Sonrojada, intentó escapar, pero las manos firmes de Lonan le sujetaron el rostro y la miró a los ojos mientras susurraba una palabra que no conocía: «Nayeli».

—¿Me has puesto un nombre? —preguntó para disimular el rubor de toda su piel.

Notó el anhelo de él bajo su taparrabos y los nervios le atenazaron el estómago al no saber cómo actuar, pero no le hizo falta pensar, porque los labios masculinos abarcaron los suyos con una dulzura que rápidamente se convirtió en ardor y ella le respondió por instinto.

Capítulo 5

Unos golpes en la puerta sacaron a Megan de su ensueño. Sorprendida por lo temprano de la hora, cogió una bata y dio permiso para entrar. Era Beth, muy agitada y sin arreglar.

—El padre de Michael ha muerto esta madrugada.

Ella, desorientada aún por el mundo en el que había estado inmersa, no supo qué decir. Beth insistió.

—¡El padre de Michael! La bronquitis ha degenerado en pulmonía y ha fallecido. Steve ha ido a Riverton House para ayudar en lo que pueda. Los demás también acudirán allí. Devon nos mandó aviso.

—Y ahora, ¿qué ocurrirá?

Su cuñada tomó asiento sobre la cama y enarcó una ceja, aliviada de repente.

—Pues... Varias cosas. Iremos al funeral. Todas menos Clarence, porque, aunque aún no se le nota, no está bien visto que las embarazadas acudan a un sepelio. Michael pasará a ostentar el título de marqués de Beverley —suspiró—, y como el luto no es tan rígido para los hombres, supongo que en menos de un año podrá desposar a Bella y ambos llevarán la vida que tanto ansían. No tiene hermanas de las que preocuparse, pero Braxton, el pequeño Sinclair, se fundirá media fortuna en juergas si su hermano no le ata en corto.

—Visto así... Me alegro por Bella.

—Yo también. Pero me consta que, pese a lo rígido que era su padre, Michael lo apreciaba mucho. Siempre valoró que no internara a su madre en un manicomio.

Megan se limitó a apretar la mano de Beth, incapaz de opinar al respecto. Aún tenía en sus miembros el recuerdo de Lonan y las vicisitudes de los Sinclair le quedaban un tanto lejos.

—¿Iremos al Centro hoy?

—Sí, claro. Ya nos avisarán de cómo y cuándo será el funeral. Nosotras seguiremos nuestra vida normal. Pero al irse Steve quise informarte. —Solo entonces reparó Beth en el sonrojo que animaba las mejillas de su cuñada—. ¡Tienes buen color! Te veo feliz. ¿Es por tu cabalgada de ayer con Andrew?

Megan se apresuró a negar. Esta vez el duque no había interferido en sus

sueños. Mentalmente le dio las gracias.

Megan asistió, fascinada, a la parafernalia que conllevó el funeral del marqués de Beverley. Desde la solemne comitiva con carroza fúnebre que atravesó las calles de Londres hasta la fastuosa catedral de San Pablo, pasando por la celebración del oficio a cargo del obispo y un coro de sacerdotes e incluida la recepción en la no menos espectacular Riverton House. Como obligaba la costumbre, todo el personal vestía de luto, los espejos estaban cubiertos por crespones negros y los relojes se habían parado en la hora del fallecimiento.

La americana acompañó a sus amigos al ágape que Michael y su hermano ofrecieron a la concurrencia con lo mejor de su bodega y su cocina. Pese a los ropajes sombríos, ambos Sinclair mostraron un semblante tranquilo y saludaron con cordialidad, transmitiendo sensación de dignidad frente a los designios divinos. Solo cuando quedaron los íntimos, Michael se permitió desmoronarse y abrazar a Bella, mientras Braxton se dejaba caer en un sillón resoplando de agotamiento.

El conde de Blackmoon, otorgando unos momentos de intimidad al nuevo marqués y su amante, sacó a relucir el asunto que era la comidilla de la ciudad, aparte del sepelio.

—Es definitivo que el monarca se marcha a visitar Edimburgo. Sir Walter Scott se está encargando de los preparativos y, según parece, se le aguarda con expectación.

—¿Te sorprende? —bufó Devon con desdén—. Ningún rey inglés se ha dignado a poner un pie en Escocia desde hace casi trescientos años.

—Cierto —asintió Andrew con su sempiterna sonrisa burlona—. Recuerdo haber leído en los legajos familiares que uno de mis antepasados acompañó a Carlos II allá por mil seiscientos y pico. ¡Y no es que lo disfrutaran mucho! Espero, por el bien de la cabeza de Sir Scott, que esta vez sea diferente.

Blackmoon mostró el semblante serio, rozando el enfado.

—¡Lo fastidioso es que tendré que dejarles mi casa para pernoctar un par de noches y ejercer de anfitrión!

Las miradas masculinas se giraron hacia Clarence, quien no había acudido al acto público, pero no se perdió el privado. En respuesta, ella se alzó de hombros con ademán desdeñoso.

—¡Yo no estaré! No pienso compartir techo con semejante individuo.

—¡No importa que tú no quieras, es que yo no lo permitiría! —replicó William, adusto—. ¡Ya va a ser difícil que mantenga las manos alejadas de las doncellas como para exponerte a sus miradas lascivas! Entre su adicción a las mujeres y al láudano va a terminar peor que su padre.

—No tenemos mucha suerte con los Hanover, no —reconoció Andrew mientras su cabeza cavilaba a toda mecha.

—Puedes venir a Marion Hill con nosotros, Clarence —invitó Axel—. Stephen y tía Elena van a realizar un tour por Italia y a Orson no le importará. Ya sabes cuánto disfruta con tu descaro.

—Más cerca quedamos nosotros —intervino Steve—, y seguro que, aunque Beth no lo diga, le encantaría que pasarais unos días en Hughenden Manor. Desde que se encargó de redecorarla, la casa ha quedado muy confortable. Venid todos y pasemos unos días juntos.

—Esa idea me parece espléndida —se apresuró a insinuar Andrew ya que la nueva mansión de sus amigos era contigua a su finca—. Sobre todo porque yo había planeado celebrar una comida campestre en la mía antes de que se inicie todo ese embrollo. Así William no tendría que desplazarse tanto.

El rostro sereno de Beth resplandeció de felicidad y todos sus amigos supieron que Steve tenía razón. Jamás se habría atrevido a invitarles, temiendo importunarles, pero le hacía verdadera ilusión. Axel la tomó del brazo y le estampó un beso en una mejilla.

—¡Pero qué pava sigues siendo, mi cielo! ¿Con lo que llevamos bregados juntos y aún no te has enterado de que te adoramos?

—¡Me entusiasma la idea de enseñaros lo que he hecho! Pero es comprensible que os apetezca alejaros de la rutina y disfrutar de vuestra intimidad. En Londres nos vemos a diario, más nosotras...

—¡A mí no me incluyas! ¡Yo solo sirvo para conseguiros dinero! —se quejó Clarence, tocándose la tripa—. ¡Y puede que, a partir de ahora, ni eso!

Beth se lanzó a besuquearla ante la mirada divertida de Braxton, despatarrado en el sillón con una copa en la mano.

—¡Resultáis el grupo más alucinante de Londres! Las damas estáis en boca de todas las brujas casamenteras, y vuestros maridos, en vez de confinaros en casa, se muestran orgullosos de vuestro descaro. ¡Ojalá cuando pase la racha de sinvergüenza que me toca disfrutar ahora pille unos amigos que se os parezcan!

Michael que se les había unido, de la mano de Bella, sonrió con afecto.

—Lo nuestro viene de antiguo, hermanito. No es fácil granjearse amigos semejantes.

—Pero si en algún momento necesita apoyo, tenga por seguro que nos tendrá —replicó Beth, con las mejillas sonrojadas por tomarse confianzas con un hombre que no le tocaba de cerca—. Un Sinclair siempre será considerado familia en este clan.

Braxton alzó su copa, ruborizando más si cabe a la joven señora Cameron.

—Le tomo la palabra, milady. ¡Por ustedes!

Todos alzaron su copa y brindaron con él.

Nadie se percató de la sonrisa cómplice entre Megan Cameron y el duque de Ivory, satisfechos ambos al comprender que podrían cumplir sus objetivos sin excesivas complicaciones.

Axel concluyó sus tareas en el despacho y se dispuso a realizar su habitual recorrido de inspección por las aulas y las cocinas. Cada día se ocupaba de que todo transcurriera de forma adecuada en el Centro. Aquella mañana se sentía especialmente feliz porque había firmado el contrato de un nuevo director para el proyecto. Se trataba de un antiguo preceptor de jóvenes conflictivos que se había presentado con magníficas referencias y, tras tenerlo una semana a prueba y verlo tratar con mano firme pero cariñosa al personal y a los alumnos, decidió que sería perfecto para distraerla de la tediosa carga que suponía llevar las finanzas y las tareas administrativas. Eso no la exoneraba de seguir acudiendo a fiestas, recitales y demás actuación pública donde tuviera oportunidad de conseguir dinero, pero al menos dispondría de tiempo libre para dedicárselo a su familia y ausentarse de la ciudad cuando resultara conveniente como ahora, en verano. Estaba deseando regresar a Marion Hill para abrazar a Orson y disfrutar del aire libre. Seguía sintiéndose una extraña en medio de la niebla, el humo y las muchedumbres. A pesar del aspecto sofisticado que había aprendido a aparentar, se consideraba una mujer de campo. La posibilidad de estar con sus amigos, gozando del sol, las charlas y sus hijos, era un anhelo del que no quería privarse por más que su trabajo en el Centro la hiciera feliz.

Tardó en descubrir la figura del duque de Ivory en mitad del pasillo. Estaba arrebatadoramente atractivo con una levita azul cobalto y pantalones

claros. Se apoyaba en la pared con la mirada perdida más allá de los cristales del patio. Axel comprendió que miraba a Megan y un pinchazo de absurdos celos le recorrió el estómago; sin embargo, se repuso con prontitud. Andrew merecía ser feliz y, si Megan le tentaba, ella le serviría de acicate. Se deslizó con sigilo y lo sobresaltó con la mirada pícaro que había aprendido de él.

—Lo hace muy bien, ¿verdad?

La mirada azul se clavó en la verde con un acezo sorprendido. Andrew estaba cautivado de tal modo por la manera en que Megan se movía entre los caballetes, viendo cómo sus largos dedos tomaban un pincel y retocaban los trazos que habían quedado peor definidos, cómo sonreía ante una obra bien realizada, que había estado conteniendo el aliento para no interrumpir. Asumió que Axel le había pillado por cómo sonreía, con abierto descaro.

—Muy bien, desde luego.

—¿Qué te ha traído por estos lares? ¿Meg o cualquier otra excusa?

La risa masculina relajó las atractivas facciones y Axel contuvo el deseo de tocar el cabello rubio y acariciar con las yemas de los dedos la sensual boca. ¡Todo él desprendía un magnetismo irresistible! ¡Era imposible que Megan no sucumbiera a su seducción!

—¡No creí que necesitara una excusa! He venido para invitar a Meg a almorzar. A no ser que sea un inconveniente porque interrumpa su labor docente.

—Ya terminó sus turnos. Este es uno de los extras que hace con los chicos que ahora tú —Axel subrayó el pronombre con diversión— finanzas.

Sin detenerse a reflexionar, atravesó la puerta de cristal y saludó al grupo. Los jóvenes pararon su trabajo para interesarse por el dandy que acompañaba a la directora. Megan, al reconocerlo, sintió que sus mejillas ardían, abochornada al comprender que la había estado observando sin que lo advirtiera.

Andrew le guiñó un ojo mientras Axel hacía las oportunas presentaciones.

—¡Chicos, os presento a vuestro benefactor, el duque de Ivory! Está encantado de contribuir a que os forméis como futuros artistas, pero os interesa que compruebe lo bien que lo hacéis. —Se volvió a Megan—. Desea que almorcéis juntos y que le pongas al día de los progresos, así que ve a cambiarte. Yo te sustituiré mientras recogemos.

—Pero tenía que...

—La guardia, lo sé. Yo me encargo. —La sonrisa burlona de Axel

sonrojó más si cabe a la americana—. No podemos dejar descontento a un patrocinador.

Megan miró cómo Andrew se relacionaba con los tres chicos y las dos chicas que formaban el equipo de su mejor alumnado y asintió, sabiendo que estaba siendo partícipe de un juego. No obstante, le asombró que él se codeara con la misma soltura con pomposos aristócratas que con niños de la calle. Encandilada, recogió su capa y su sombrero y lo invitó a seguirla.

—Duque, cuando gustéis.

Andrew se despidió de los jóvenes tras alabar su labor. Fue tras los pasos de Megan, pero en cuanto se apartaron de ojos curiosos la detuvo del brazo.

—No quisiera haberte importunado. Me apeteció comer contigo, pero Axel me sorprendió antes de que pudiera consultarte.

Megan, sonrojada hasta la raíz del pelo, se miró la punta de los pies. Andrew se preguntó por qué sus dedos experimentaban el inexplicable anhelo de cercar aquel rostro y besar los jugosos labios con un ardor desesperado. Ella tartamudeó al responder.

—No es que no quiera. Es que no llevo ropa apropiada.

Una sonrisa se extendió por el bronceado semblante mientras repasaba el severo vestido con que ella se cubría. Abotonado por delante, con un discreto bordado en los extremos de las mangas y en el ribete de la cintura. Solo el color, de un burdeos intenso, resultaba favorecedor. Aunque pensó que sin él estaría infinitamente mejor. Seducido por el pensamiento, enarcó una ceja.

—Si ese es el problema, tiene solución. Vamos. —Tocó con ligereza su cintura y saludó con un gesto al portero que les abrió el portón de entrada.

Afuera les aguardaba el lujoso carruaje del duque. Era negro, con ornamentos de oro. El mismo escudo que decoraba la verja de entrada de su residencia londinense destacaba grabado en ambas puertas. Un lacayo se apresuró a recibirles y Andrew la invitó a acomodarse sin tocarla demasiado, consciente de las miradas curiosas que su presencia en público despertaba. Se llevó aparte al cochero y, tras las oportunas indicaciones, subió él también.

Megan, turbada, se apresuró a preguntar.

—¿Dónde vamos? Ya te he dicho que no estoy presentable para...

—A mi casa. Allí no tienes que preocuparte por tu apariencia.

El estupor que se reflejó en el rostro femenino le hizo sonreír y explicarse.

—Es verdad que no vistes acorde con ningún local de buena fama donde

pueda llevarte sin que Steve me rompa los dientes, así que he dado orden a mi cochero de que dé un amplio rodeo y nos lleve a Dolerman House. Entraremos directamente a la casa y nadie te verá, así que no tenemos que preocuparnos de tu reputación. Ya sabes que mis criados son tumbas.

Megan no supo qué decir. Más que su reputación le preocupaba estar a solas con su anfitrión. Sabía que no era inmune a su maldito encanto y que Axel y él parecían confabulados para tenderle algún tipo de trampa. Por primera vez desde que lo conocía temió no enfrentarlo con la indiferencia que siempre había mostrado... Porque en las últimas noches, su imagen y la de Lonan habían vuelto a interponerse. Y aquello la tenía, muy, pero que muy mortificada. Para disimular, inició un tema de menor importancia.

—Percibí la otra noche que vuestro escudo incluye curiosos componentes.

La sonrisa de suficiencia le dijo que no lo engañaba buscando una conversación pueril, pero fue lo bastante caballeroso para aparentar que se dejaba embaucar.

—Los Ivory descendemos de un antiguo linaje. La flor de Lis se debe a que luchamos en el bando de los Lancaster en oposición a los York durante la Guerra de las Dos Rosas. Tras intensos esfuerzos —ironizó—, vencimos. En agradecimiento, el rey nos concedió la licencia de lucir uno de sus emblemas en nuestro escudo. En cuanto al castillo y el león, son más antiguos aún, de la época en que mi primer antepasado conocido obtuvo numerosas prebendas por luchar al lado de Ricardo Corazón de León en las Cruzadas. Imagino que habréis oído hablar de Ricardo...

Megan esbozó un mohín de desdén que provocó en Andrew pensamientos lujuriosos. A cada minuto que pasaba se sentía más fascinado por aquella boca y una ligera tensión en sus pantalones le previno de que cambiara el rumbo de sus pensamientos. Ella, ajena a la excitación despertada, se mostró ufana.

—Que sea de las «colonias» —remarcó—, no significa que ignore la historia medieval europea. La biblioteca de mi familia está adecuadamente surtida.

—¡Sabía que no me equivocaba contigo! Eres otra marisabidilla como Axel.

Por un instante, la mirada azabache se clavó en las pupilas del duque con aspereza y él supo que la había molestado.

—No pretendía...

—¿Compararme con ella? En realidad, no sé si es un halago o un desplante hacia mi persona. —Su voz, matizando las palabras, apenas había subido unos tonos—. No me parezco en nada a Axel, duque. ¡En nada!

Él le sostuvo la mirada mientras se mordía los labios, incapaz de reparar el entuerto sin meterse en otro mayor, pero como solía ser habitual, se mostró sincero. Aun manteniendo las distancias, cuando habló consiguió que a Megan le temblaran las piernas.

—Puede que tengas razón. Quizá lo que me lleve a compararos sea que, desde la época en que ella acaparó mi corazón, no había vuelto a sentir curiosidad por una mujer.

El carruaje se había detenido frente a la entrada trasera de la mansión y el cochero aguardaba fuera para abrirles la puerta, así que Andrew esbozó una sonrisa cortés y le cogió una mano a Megan para depositar un ligero beso en su dorso.

—No estoy cortejándote ni nada que deba ponerte nerviosa. Lo que me empuja a conocerte es curiosidad, simple y llana.

El sonrojo de sus mejillas le provocó ternura, pero esperó en vano a que ella respondiera a su franqueza. Las tupidas pestañas negras velaron lo que aquellos hermosos ojos pudieron pensar y Megan se limitó a incorporarse para descender del carruaje. No le quedó más remedio que seguirla.

Almorzaron en un discreto saloncito con ventanales abiertos al jardín delantero. Aunque estaban a escasa distancia de una zona transitada, la inmensidad del recinto lo aislaba del ruido y el ajetreo londinense. Megan observó fascinada las marinas que decoraban las paredes y Andrew le contó que eran obra de Isaac Sailmaker, un marinero y pintor holandés que trabajó para Oliver Cromwell. Los dibujos de sus faros le encantaban y por eso había adquirido unas cuantas obras en una subasta. También se interesó por el resto de exquisiteces que decoraban la estancia y él se dejó hechizar por su entusiasmo.

Al concluir la comida la llevó a la biblioteca y le mostró un ejemplar de 1818, *Historia de la India*, el cual reposaba sobre un atril de pie. El brillo de los ojos negros al contemplarlo y el modo en que sus manos pasaron las páginas produjo en Andrew una punzada de placer. Se sintió como si estuviera tocándole la parte más íntima de su cuerpo. Seducido, ronroneó a su

espalda.

—James Mill. Lo más fascinante de esta obra es que fue escrita por un hombre que jamás puso un pie en la India, basándose solo en material de archivos y en documentos que pasaron por sus manos gracias a su labor como examinador de correspondencia. Y te aseguro que sus apreciaciones son absolutamente certeras.

Ella se volvió, cautivada por la información y por la cálida respiración del duque sobre su nuca, que le erizaba la piel. Sin darse cuenta se halló prendida en sus brazos mientras sus bocas se devoraban con un ardor que les dejó anonadados.

Al separarse, Megan aturdida y él subyugado, permanecieron con las frentes pegadas, sin mirarse a los ojos. La voz enronquecida de Andrew vibró entre los dos.

—Llevaba ansiándolo desde que te vi esta mañana con los muchachos, danzando a su alrededor con los pinceles como si fueras Calíope o Talía, o cualquier otra musa de la pintura. No imaginas lo sensual que resultas... ¿Pintarías algo para mí?

—¿Algo o a alguien? —intentó bromear, aunque las piernas le flaqueaban tras el beso y se preguntaba por qué le permitía esas licencias a un hombre con fama de libertino cuando jamás se las había permitido a nadie. A nadie que no fuera Lonan.

Su recuerdo la hizo retroceder y él lo notó, pero se negó a dejarse vencer por lo que fuera que la convertía en una persona distante y jugó su baza juguetona.

—Solicitarte un desnudo sería excesivo, imagino.

Consiguió hacerla reír con su descaro.

—¿Tuyo o ...?

—¡Mío, por supuesto! Aún no tenemos confianza para solicitar uno tuyo.

La risa de Megan llenó la biblioteca e hizo saltar de gozo a Andrew. ¡Podía conseguirlo! Podía atraerla a su terreno si se comportaba como mejor sabía hacer, como un sinvergüenza.

—Parece que la confianza no te parece necesaria para repartir besos.

—¡Compartir! —replicó vivaz—. Los besos siempre los comparto, mi preciosa americana. En esas lides no es bueno dar sin recibir.

La mirada azabache brilló con regocijo, aunque las mejillas estaban rojas cual amapolas.

—¡Eres un experto crápula, no cabe duda! ¡Pero me dijiste que nunca en tu casa!

—Si me lo ruegas, puedo hacer una excepción.

Ella volvió a reír y retornó la atención al libro, más nerviosa de lo que aparentaba.

—No se me dan bien estos juegos, milord. Volvamos a los libros.

«¡Y luego no espera que la compare con Axel! ¡Esas mismas palabras podría haberlas pronunciado ella años atrás!». Andrew suspiró y se centró también en el mamotreto, no sin posar sus manos sobre las caderas cubiertas por el severo vestido.

—¿Qué quieres saber del libro?

Megan estuvo tentada de romper el contacto, pero un íntimo deseo, nacido de no sabía dónde, le impelió a dejarlas allí.

—¿Es el mismo Mill que acaba de publicar *Elementos de la política económica*?

—¡No imaginas lo seductor que resulta que, además de pintar, sepas esas cosas!

Ella sonrió sin volverse y Andrew probó fortuna depositando un beso en su nuca. Megan se estremeció, pero permaneció quieta.

—Lo sigo porque es un declarado defensor de los derechos de los hombres y de su igualdad —musitó con la voz más entrecortada de lo deseado—. Es un tema que, como americana, me interesa profundamente.

—Sí, es un tipo radical muy interesante.

Las manos se habían desplazado de la cintura a su espalda, iniciando una apertura de botones de abajo arriba que dejó a Megan sin respiración, ansiosa por saber hasta dónde llegaría la desfachatez del duque. Y la suya propia por permitírsele. Asombrada, le escuchó hablar sin que le temblara la voz.

—¿Cómo llevas los bocetos para la fiesta? ¿Has comenzado con ellos?

Asintió, exasperada consigo misma. ¡Anhelaba que él siguiera adelante! ¡No dejaba de ser una descocada a la altura de su cinismo! Pero no lo detendría. ¡Necesitaba saber hasta dónde estaba dispuesto a llegar!

Andrew, por su parte, enajenado por el calor de las formas que se amoldaban a sus manos, se dejó apremiar por el deseo y las subió por los costados. Depositó breves besos en los hombros de Megan antes de bajarle las mangas, y mordió y succionó su cuello y la tersura de su espalda. Sin dejar que se volviera, sopesó ambos pechos, cubiertos por la leve gasa de la

camisola, encantado de que no usara corsé. El gemido de Megan, sujeta a los laterales del atril, lo endureció de un modo tan evidente que ella dio un respingo, aunque se mantuvo entre sus brazos. La certeza de no ser rechazado lo llevó al extremo, enloquecido por entrar en ella y robarle un poco del secretismo que lo tenía fascinado. Le dio la vuelta y la besó en la boca con la maestría de sus viejos tiempos, seguro de que no era ninguna virgen a la que proteger de sus avances. Megan lo acogió y se dejó empujar hasta el sofá que reposaba frente a la chimenea. Cayeron con un ímpetu que pareció despertarlos de su locura. Andrew apoyó su frente en la de ella y miró los ojos negros, vidriosos por el placer, intentando recuperarse.

—Dime que me detenga.

Megan se sintió poderosa. Tenía en sus brazos al hombre más deseado de Gran Bretaña y lo que destacaba entre las piernas se había levantado por ella. No por una jovencita rubia de ojos azules. Por ella, una mujer de veinticinco años, una solterona, como la denominaban a sus espaldas.

—No soy virgen —fue todo lo que atinó a responder.

Que el rostro de Andrew no mostrara el menor reproche, que simplemente frotara su frente con la suya y que una sonrisa con algo parecido al agradecimiento pareciera en sus labios, la llevó a alzar las caderas y ofrecerse por completo.

Andrew, al saberse aceptado, se sintió en el paraíso. Se desprendió de sus ropas, captando la aprobación femenina ante cada porción de piel que dejaba al descubierto, y se creció. No ignoraba que era un hombre atractivo, que sus músculos estaban en perfecto estado gracias al boxeo y al remo, pero que ella lo apreciara le caldeó la sangre. Desnudo como un dios griego se arrodilló de nuevo a su lado y dejó resbalar el vestido y las bombachas por las piernas embutidas en medias blancas de algodón. Con ellas y la camisola la encontró deslumbrante. Sin dejar de mirar sus ojos, abiertos y conscientes de cada gesto, deslizó las manos para abarcar sus tobillos, sus rodillas y subir hasta sus muslos desnudos. Ahondó en la presión cerca de su pubis, saboreando el rubor y el jadeo que sus ademanes provocaban. Tenía miedo de hablar por si rompía el embrujo, pero su sentido del humor le impidió mantener la boca cerrada.

—Te aseguro que me encantaría tener tu magia para pintarte en estos momentos.

—No se me había pasado por la cabeza que fuera eso lo que querías hacer

conmigo —ronroneó ella a modo de queja.

Andrew rio, embelesado por su recién descubierto desparpajo.

—Meg... ¡Te voy a llevar a las nubes!

Ella sonrió también, desafiante.

—¡Fanfarrón!

Motivado, no perdió un instante. Hacía mucho que no tenía entre sus brazos a una mujer merecedora de competir con Axel y se entregó a fondo. Saboreó cada centímetro de Megan, besándola y mordiéndola en lugares que ninguna mujer decente se habría dejado, pero dándole tanto placer que cada nuevo gemido lo llevaba a desear explorar nuevos juegos. Cuando la sintió al límite entró en ella con una embestida profunda y comprobó que no era virgen, aunque un leve rictus de dolor en su rostro le hizo detenerse, haciéndole pensar que quizá llevaba demasiado tiempo sin acoger a un hombre. Suavizó la presión hasta que la notó liberarse y sus movimientos lo incitaron a morderle la boca de nuevo, a acariciarla entre las piernas para que llegara al orgasmo antes que él, aunque ya había tenido unos cuantos. Tuvo la precaución de derramarse fuera de ella y después se relajó a su lado, agotado y feliz.

—¡De saber que necesitabas tanto desfogarte hubiéramos quedado antes, milord! —se burló ella, aunque el arrebol le cubriera todo el cuerpo.

—Y de saber yo que eras tan magnífica, te hubiera secuestrado la tarde en que te conocí —admitió encantado, cubriéndola con su chaqueta.

—Querrás decir la noche...

—No, quiero decir la tarde. Cuando llegaste preocupada por las manos del pequeño Andrew —replicó él, besándole una de sus perfectas cejas.

Impresionada de que él guardara el momento en su memoria pese a estar en compañía de Axel, le regaló un casto beso.

—Gracias por la sobremesa. Ha resultado de lo más instructiva.

—Mi disposición para repetirla es absoluta.

Una pequeña nube cubrió sus ojos y él se sintió necesitado de despejarla.

—¡Ya sabes que los libertinos estamos para eso! Y si te decides a pintarme tampoco me opondré.

Megan se incorporó, abochornada una vez pasada la excitación. Recogió con un ademán rápido sus ropas y Andrew, caballeroso, no se opuso.

—¿Quieres una habitación para arreglarte? —Captó de nuevo su sobresalto, alegrándose de leer en ella como en un libro abierto—. Te he

prometido que mis criados son tumbas. Nadie sabrá lo que ha pasado aquí. Excepto que tú o yo lo contemos.

Su figura, envuelta en la gasa de la camisola, se volvió a contemplarlo.

—¡Bajo ningún concepto Steve se enterará! No quiero ver destrozada vuestra amistad por mi culpa.

Él se incorporó para abrazarla, alejado ya el deseo, llevado solo por la ternura.

—Ambos somos adultos, Meg. Por mi parte no has perdido un ápice el respeto que te tengo. Y espero no haber perdido yo tu confianza. Me has regalado una tarde memorable y te agradezco el honor concedido. Juro que por mi boca nadie lo sabrá.

Más tranquila, ella terminó de vestirse. Cuando se peinó la espesa melena con los dedos, él acudió a recogerla con mimo, haciéndole un rodete como el que traía con más facilidad que su propia criada. Burlona, frunció los labios.

—No cabe duda de que eres un experto. En todo.

Andrew le besó la nuca antes de la última horquilla.

—Entonces, ¿te llevé a las nubes?

Su risa satisfecha le sirvió de respuesta. Regocijado, le cedió el camino hasta la puerta y la acompañó al carruaje que permanecía a la espera de ser utilizado.

—¿Te acompaño o...?

—¡Mejor voy sola! Le diré a Beth que te retuvieron unos imprevistos y me cediste con galantería tu vehículo. Así daremos menos explicaciones.

Él hizo ademán de saludar con un sombrero que no llevaba y le besó la mano antes de cerrar la portezuela.

El cochero, sin necesidad de indicaciones, se puso en marcha.

Capítulo 6

Megan no sabía cómo sentirse. Por un lado, le asombraba estar cenando en compañía de su hermano y su cuñada, charlando animadamente de la inminente visita del rey a Escocia, cuando solo hacía unas horas había retozado en un sofá con el mismísimo duque de Ivory, uno de los «obligados» por su alto rango a acompañar a su alteza, según insinuaba Steve. Ni él ni Beth la habían interrogado más allá de lo correcto acerca del almuerzo con su común amigo. Steve frunció el ceño cuando supo que habían estado en la propiedad del duque, pero Beth se había mostrado comprensiva con el detalle de su atuendo. Para ellos, Andrew solo había querido mantenerse informado sobre su tutela pictórica.

Con una cálida sonrisa dio las buenas noches y se retiró a su alcoba donde la obstinada Daisy aguardaba para librarla del vestido. El que lució en la cena era bastante más elaborado que el que llevaba por la tarde, así que se dejó hacer hasta que la doncella asumió que ya no la necesitaría.

Frente al espejo Megan se quitó la camisola y las bombachas y se miró desnuda, analizando cada parte del cuerpo que él había caldeado con sus manos y su boca. Si se esmeraba, podía notar las rojeces que sus dientes habían grabado en sus caderas y sus muslos. Andrew había sido precavido en cualquier zona que estuviera a la vista, pero se había lanzado con desenfreno a las que quedaban ocultas. La lujuria que despertó en él la convenció de que sus pechos permanecían erguidos, casi altaneros, sin necesidad de corsé, y que sus largas piernas se mantenían esbeltas por las largas caminatas con las que se obligaba a acudir al Centro. Era una mujer activa y se notaba en sus músculos. La cintura continuaba siendo estrecha, como antaño... El recuerdo de las manos de Lonan sujetándola con fuerza mientras la alzaba a su caballo o la tendía sobre la hierba la golpeó de lleno, dejándole un repentino gesto de tristeza, pero lo deshizo con un cabeceo que ahuecó su larga melena negra, cubriéndola hasta las caderas.

Lonan la había convertido en mujer a los diecinueve años, pero de eso hacía mucho tiempo. La había amado con una intensidad que la trastornó, puesto que él era su mundo. Le hizo el amor en las praderas, bajo cascadas, en el establo de su tía... Pero siempre del mismo modo, cuidadoso y tierno.

Lo de Andrew Perry había sido otra cosa. Sexo. Puro y duro. La había llevado a experimentar sensaciones que no sabía que existían, y si las sabía las había olvidado. Tuvo la osadía de invadir su interior con la lengua y los dedos, la penetró por detrás como había pensado que solo lo hacían los animales, y sin embargo lo había disfrutado con una sensualidad salvaje. Le había arrancado tantos orgasmos seguidos que sus piernas aún se sentían de gelatina.

Se sonrojó mientras revivía la conversación posterior. Había sacado a relucir una parte que ignoraba tener. Se había portado como una libertina, aunque a él pareció divertirse... No cabía duda de que se trataba de un hombre experimentado y habría intimado con mujeres de diferentes talantes. Seducir no resultaría novedoso para él; pero ¿y para ella? ¿Cómo se mirarían a la cara después de esa tarde? ¿Seguiría respetándola, como aseguró? ¡Ni siquiera le había sorprendido que no fuera virgen! Claro que le interesaba para un revolcón, no para convertirla en su futura duquesa, así que tampoco necesitaba saber con quién había compartido lecho.

¡Su pasado era solo suyo! Suyo y de Lonan. En nada atañía al duque de Ivory.

Se dejó caer en la cama e intentó dormir. Al rato, agobiada por no poder conciliar el sueño, cogió su cuaderno y empezó un esbozo. Le resultó fácil rememorar cada detalle de la anatomía del que por unas horas había sido su amante. Sin darse cuenta, amaneció con el lápiz entre los dedos. Desde el papel la imagen de un desnudo duque de sonrisa sensual y atractivos miembros la miraba desafiante, como aguardando a que ella deslizara las manos por el dibujo y lo sedujera de nuevo.

Andrew se despertó más vibrante de lo que se había sentido en mucho tiempo. Ni siquiera recordaba haber soñado. Tras la marcha de Megan había acudido a la residencia de Michael para participar en una partida de cartas en la que también estuvieron Devon y William, pero apenas se mostró interesado en el juego, incapaz de centrarse en lo que no fuera el recuerdo de la americana, de sus ojos nublados, de los labios hinchados por sus besos, de su olor a flores frescas, sin rastro de perfume, antes de terminar impregnada de su propio aroma y el del sexo. Eufórico, rememoró las descaradas palabras que le habían hecho disfrutar de hallarse frente a una mujer que lo trataba de igual a igual, sin intención de agrardarle o hacerle sentir superior. Resultó ser

cierto que no era como Axel cuando la amó. La ingenuidad de Axel fue genuina, pese a su ansia por saborear la vida. Intuía que además de la pérdida de su virginidad, Megan ocultaba más secretos, una vida difícil que la había llevado de un continente a otro. Y no es que a él le importara que hubiera estado en brazos de otro hombre, pero la curiosidad lo recomía por averiguar qué motivos la habían apartado de ellos.

Salió de su ensoñación cuando su valet, Charles, entró en la estancia tras un breve toque de nudillos sobre la madera portando las herramientas diarias del afeitado además de un café. Se incorporó de un salto, tan desnudo como su madre lo trajo al mundo, y se enfrentó al reto de un nuevo día.

Aprovechando una espléndida tarde de sol las damas habían quedado para cabalgar por Hyde Park mientras las niñeras se ocupaban de los pequeños en los alrededores del Serpentín. La zona solía estar a rebosar de londinenses de toda condición: ricos disfrutando del verdor del parque y la quietud de las aguas del extenso lago, y doncellas o niñeras que se ocupaban de que sus señores tuvieran el menor de sus caprichos a mano.

Los caballeros tenían sesión de boxeo en el gimnasio y no las acompañaban, así que se distrajeron cotilleando sobre el tema de máxima actualidad: el rey.

—¿Por qué os parece tan aborrecible? Aparte de por ser rey, claro — quiso saber Megan, evidenciando su rechazo a dicho tipo de gobierno.

La carcajada de Clarence levantó más de una mirada de reproche ajena, pero a ella no le importó, centrada en responder a su amiga.

—¡A tener reyes estamos acostumbrados, querida! Y si repasamos la historia de Inglaterra, no estuvimos mejor con Cromwell que con los monarcas. Pero, por desgracia, los Hanover no dan buena imagen ante el resto del mundo. Primero Jorge III con sus ataques de locura a causa de la porfiria, y ahora su hijo, Prinny^[10], con su obesidad, su adición al láudano y sus amantes. ¡No es que resulte muy ejemplar para el pueblo!

—¿Será cierto que colecciona mechones de cabello de todas ellas? —se preguntó Beth con gesto de asco—. ¡Dicen que ha tenido cientos!

—¡Siempre ha sido un excéntrico! —puntualizó Axel—. Gastando inmensas sumas en vestir como un dandy, imponiendo modas y enriqueciendo a los joyeros con su gusto por los diamantes.

—Por no hablar de los edificios innecesarios que ha mandado construir,

como el pabellón de Brighton, con esa mezcla de arquitectura árabe, china y no sé cuántas cosas más —bufó Bella.

—Sin embargo —volvió a intervenir Axel—, es de reconocer su labor como promotor de las artes. Su admiración por Jane Austen o su reconocimiento de John Constable y otros artistas ha logrado que floreciera la literatura y la pintura inglesa. Sin olvidar que apoya la fundación de la National Gallery, una pinacoteca que se convertirá en un lugar extraordinario en el futuro, estoy segura.

—¿Es que nadie se plantea en Inglaterra la posibilidad de tener una República?

Sus amigas la miraron como si se tratara de un bicho raro y Megan se alzó de hombros, conteniendo una réplica airada. No entendía que personas tan reformistas como ellas y sus esposos no consideraban ilógico permitir que los caprichos de un monarca repercutieran sobre todo un pueblo. En las antiguas colonias habían demostrado que era posible elegir presidentes cada ciertos años y que no por ello la anarquía reinaba en esas tierras. Pero optó por no insistir. Si no querían cambios, que asumieran las consecuencias.

¡Llegó el anhelado momento de abandonar Londres! William Blake viajó hasta Blackmoon con antelación para disponer los preparativos de la visita real y Andrew Perry aprovechó para realizar parte del recorrido con él, con intención de preparar la prometida fiesta campestre. Tras su celebración ambos tendrían que volver para acompañar al rey en su itinerario hasta Escocia.

El resto les siguió una semana más tarde. Los vizcondes Dermont pasarían unos días en Marion Hill y después subirían hasta el condado donde los Cameron se habían comprado su finca. Se llevaron a Bella Vernot con ellos. El nuevo marqués de Berverley aparecería días más adelante, puesto que aún era pronto para anunciar su compromiso y no sería de buen tono que viajaran juntos.

Hughenden Manor resultó ser una residencia campestre bellísima que Steve había localizado un año atrás, mientras viajaba hacia el norte con Blake. Su estado de abandono era total por culpa del desinterés de su dueño, un marqués que jamás abandonaba Londres, y Cameron realizó una oferta que no pudo desaprovechar. El verano anterior, Beth y Megan se habían volcado en convertirla en un hogar para su familia y ahora se encontraban

más que orgullosos de poder mostrársela a sus amigos.

Se situaba en los límites con Lancashire, donde Andrew tenía, a su vez, su casa de campo, así que todos quedaban a tiro de piedra.

Hughenden estaba construida en ladrillo rojo, con tres alturas y dos torreones que sobresalían de la fachada sin romper su trazado. Grandes puertas francesas permitían la entrada a toda la planta baja mientras que enormes ventanales iluminaban su interior. Se accedía desde la pradera que rodeaba la finca por una empinada escalinata de piedra que daba a una terraza de césped donde las fuentes creaban un ambiente mágico con sus cascadas transparentes.

Las exclamaciones de placer de Clarence y Bella llenaron de satisfacción a los anfitriones y Megan miró en rededor con orgullo puesto que suyo era el trazado de los jardines.

Una vez instalados, los días transcurrieron en el más absoluto abandono de las normas sociales. Tomaron el sol, dieron largas caminatas por los senderos, jugaron con los pequeños y practicaron deportes al aire libre.

Tras la llegada de Axel y Devon con su hijo, además de Michael, todos se preguntaron qué estaría preparando Andrew para retrasarse en su presentación, atosigando a la americana por si ella sabía algo e intentando averiguar qué era ese secreto en el que solo ella estaba incluida; sin embargo, no lograron que soltara prenda. Finalmente, el duque les mandó una invitación en forma de carruajes entoldados. Cuando acudieron a Wicklow Manor, William les aguardaba también en la finca.

La fiesta duró tres días y transcurrió al aire libre, excepto para dormir. Perry había contratado a un campamento gitano y todos se desinhibieron bailando, comiendo y compitiendo en las destrezas que los romaníes se dignaron mostrarles: tiro de cuchillos, cabalgadas sin silla, saltos arriesgados desde trapecios... Los hombres se atrevieron con todo, provocando gritos de ánimo o de susto, dependiendo de la especialidad. Andrew sorprendió por su destreza con el cuchillo mientras que Devon resultó un equilibrista increíble, manteniéndose de pie a lomos de un caballo. William, herido en su orgullo, ganó regatas en el río y Michael les dejó enfrentarse, satisfecho de no ser competitivo. Steve, sin embargo, ganó todas las manos en las partidas de cartas que los gitanos propusieron, arrancándoles juramentos de despecho por no conseguir averiguar si era un fulero.

Las mujeres se disfrazaron con las ropas que las gitanas les prestaron y rivalizaron por aprender el arte del tarot y bailaron sensuales danzas con los pies descalzos. A cambio, mostraron a las romaní cómo peinarse y tomar el té cual damas de alta alcurnia, provocando carcajadas desenfadadas y creando un ambiente de festividad relajada que a todos cautivó.

Los niños, ante el asombro de sus niñeras, formaron piña con los críos calés y jugaron sus mismos juegos sin amilanarse ante los retos, alentados por sus madres. Kendra dejó patente su posición de futura reina allá donde estuviera, despertando la admiración de los niños y el embeleso de las muchachas, llenando de orgullo a Clarence por haber sido capaz de criar una hija tan poco convencional como ella.

La última noche cenaron a la luz de la hoguera y escucharon las canciones zíngaras mientras un poso de tristeza se instalaba en sus corazones por tener que volver a la realidad cotidiana, pero aprovecharon hasta el último resquicio de libertad, abrazados frente al fuego e intercambiando caricias bajo las risueñas miradas de los bohemios.

Estaba avanzada la madrugada cuando se despidieron. Los gitanos recogieron sus caravanas y se marcharon con la convicción de que aquellos ricachos no eran como los demás. Aparte de bien ados, se habían sentido, por una vez, respetados y tratados de igual a igual.

Megan sacó la nota que Andrew había dejado en su escote al despedirse frente a su alcoba. Habían intercambiado la primera mirada cómplice cuando llegó a la finca y él le ofreció su mano para descender del carromato, aprobando con un gesto su vestido de gasa blanco y su sombrero de paja adornado con flores. No se veían desde la tarde de su encuentro y había estado nerviosa por cómo actuarían ambos. Al comprobar su naturalidad, no le costó adaptarse a las locuras del grupo. Se disfrazó, bailó y comió con las manos igual que el resto, y si en algún momento fue necesario tener un compañero, Andrew estuvo dispuesto. Aquella noche, mientras sus amigos rodeaban con sus brazos a sus esposas, ellos se confesaron con la mirada cómo les gustaría imitarles, pero se contuvieron con sonrisas forzadas.

Solo una tarde la había llevado aparte y la había presentado a su personal con deferencia, dejando a las claras a doncellas y criados que lo que ella dispusiera sería de ley. No tuvieron tiempo de más porque las actividades eran tantas y tan amenas que no quisieron perderse ninguna. Tampoco

Andrew aprovechó para sobrepasarse. Sin embargo, esa noche le había introducido con absoluta maestría una nota enrollada entre los senos a la vista de todo el mundo. Megan no dudó de que si el duque había contratado a unos romaníes era porque se identificaba con ellos. Había dado muestras más que sobradas a lo largo de los tres días, portándose como un salvaje en cada prueba en la que compitió. Nerviosa, encendió la luz de gas de su alcoba y la leyó. Era escueta.

Reúnete conmigo en las cuadras en media hora. No te quites el disfraz.

Ella se miró frente al espejo, perpleja. La camisa blanca y la falda de volantes roja con un pañuelo de flores anudado a la cintura quedaba bien para sentarse frente a un fuego, pero para montar a caballo... Audaz, decidió hacerle caso. Esperó a que la casa quedara en silencio y se encaminó a su cita.

Un brazo la aferró con fuerza antes de que llegara a los establos. Apenas había luna, pero supo reconocer el peculiar olor del duque y el tacto de sus dedos. Sin mediar palabra la arrastró a una pequeña caseta a las traseras de las cuadras y la hizo entrar a oscuras, pegándose a ella en cuanto cerró la puerta.

Megan jadeó de anticipación, luchando su parte formal con la alocada que la había llevado a aceptar la reunión. Era de hipócritas reprocharle algo a su anfitrión cuando estaba a las claras el motivo de la propuesta.

Andrew, regocijado al comprobar que ella se sentía tan tentada como él, hundió las manos en su cabello, suelto y alborotado por el baile de unas horas antes, y la acarició mientras su boca poseía con ardor la de Megan. Se inflamó con el gemido de placer que ella lanzó y la apoyó contra la pared para degustar el sabor salado de su piel tras un día expuesta al sol, primero en la clavícula y después entre sus pechos cuando le sacó la camisa.

Megan permitió que una de las manos de Andrew vagara por su anatomía mientras la otra le aferraba las nalgas y le demostraba su grado de excitación. Tomó su propia iniciativa y desató el cordón que sujetaba sus calzas de gitano para buscar su miembro. Lo aferró, sintiéndose poderosa al comprobar su dureza, e inició un recorrido lento que aumentó los resuellos de Andrew sobre su cuello. A su vez, él le alzó la falda y confirmó que la excitación de Megan era pareja a la suya, así que introdujo un dedo en su interior y frotó con el pulgar su clítoris, arrancándole un grito sordo que le hizo reír.

—¿Me detengo? —susurró a su oído, mordiéndole el lóbulo y chupando su cuello.

Por respuesta, Megan se pegó más a él e intensificó sus caricias, hasta que se obligó a detenerla para no correrse en sus manos. Le subió el brazo a su hombro y saboreó sus pechos mientras intensificaba la presión de sus dedos y la llevaba al orgasmo. Después le levantó una pierna, la enlazó en su cadera y la penetró con una ferocidad que arrancó sollozos de ambos, invadidos por una ola de sensualidad que les hizo moverse al unísono, implacables, hasta que los dos llegaron al clímax.

Andrew tuvo que hacer un esfuerzo para sostener el débil cuerpo de Megan, desmadejado por el agotamiento, y solo cuando la supo estable se permitió alargar la mano y encender una vela que reposaba en la inmediata mesa de madera que habían tenido todo el tiempo al lado. Sonriendo con descarada pericia, la ayudó a sentarse sobre el borde y la atrapó de nuevo entre sus piernas, disfrutando del espectáculo de sus mejillas sonrojadas, su pelo revuelto, la camisa abierta de par en par y las faldas arremolinadas en sus rodillas.

—¡Ni te imaginas lo hermosa que eres! —musitó, embelesado—. ¿O sí lo sabes y por eso te ocultas tras tus severos trajes?

—¡No son severos! —Se envaró, olvidada la primera parte de su halago—. Son apropiados para trabajar con gente sin recursos.

Él sonrió, dándole a entender que entendía sus motivos.

—Si por mí fuera, vestirías siempre como estos días, con trajes sin corsé y los pies descalzos.

La risa de Megan resonó en su oído, seduciéndole cual canto de sirena.

—¡Puedo asegurarte que yo querría lo mismo! —Le acarició el rostro, rasposo por un inicio de barba—. Gracias por la fiesta. Ha sido insuperable.

—Espera a ver lo que haremos con el sarao indio y ya me dirás lo que es insuperable —ronroneó, besándole un hombro—. ¿Cuándo me enseñarás los bocetos?

—Los traje a casa de mi hermano. En cuanto puedas tú. —Gimió al sentir sus dientes marcando su piel—. ¡No hagas eso!

La mirada azul la taladró, con preocupación sincera.

—¿Te he hecho daño en algún momento? ¡Discúlpame si fui brusco! Estaba como un animal en celo desde que esos malditos se dedicaron a sus esposas sin disimular lo más mínimo...

—A mí también me excitó —reconoció, sonrojada.

Andrew le alzó el rostro y la obligó a mirarlo. Adoraba sus ojos negros, tan secretos como toda ella.

—Lo sé. Por eso me atreví con la nota.

Ella frunció el ceño, de repente insegura.

—¿Pensaste que necesitaba tus favores? ¡Igual pudiste desfogarte con una doncella! O con cualquier gitana, porque todas te devoraban con los ojos estos días.

—¡Nunca me arriesgaría a afrentar a un romaní! —aseguró con burla, para acariciarle después las sienes con un beso lento—. De todas formas, no me interesan las gitanas, y menos mis doncellas, a las que respeto como corresponde. Solo te deseaba a ti.

Ella le sostuvo la mirada, vacilante, y él le besó los labios con una ternura inesperada. Fue ese gesto de incertidumbre lo que le llevó a ser sincero.

—No voy a mentirte. He estado con muchas mujeres. Antes de Axel, con muchísimas. Después con menos. Pero la otra tarde significó algo distinto. Hice el amor a una mujer que no esperaba nada de mí. Y eso me reconcilió conmigo mismo. —Atajó las palabras que quisieron salir de su boca—. No te estoy diciendo que me haya enamorado de ti, Meg, ni que persiga nada estable, ni que quiera que seas mi amante. Tú eres una dama y sería una vulgaridad ofenderte con esa propuesta. Pero siento que me haces feliz. A través de ti, me reconozco hermoso. No solo en cuerpo, también en alma. Y no sé cómo lo consigues.

Megan dejó resbalar dos lágrimas por sus mejillas, emocionada con sus palabras. Nunca hubiera esperado semejante confesión del altivo duque que todos temían, el que callaba a medio Londres con su fría mirada. Pero entendió que quien tenía ante sí era solo un hombre, con el torso desnudo, los pantalones desabrochados y el rostro más sensual que había contemplado en su vida. Se tragó la congoja, lo acercó hasta su pecho y le besó la cabeza, deslizando sus dedos por el brillante pelo rubio.

—¿Te he entristecido? No era mi intención —musitó él, confuso, buscando sus ojos de nuevo.

Megan lo besó en los labios y se acomodó la ropa bajo su atenta mirada sin decir palabra. Luego se limitó a rogarle: «Llévame a mi alcoba. Estoy rendida y no sé si sabría encontrar el camino».

Andrew obedeció.

Al día siguiente el grupo emprendió regreso a Hughenden Manor tras el almuerzo mientras Blake y Perry se encaminaban a Londres, disgustados por igual. En la comida habían fantaseado con la posibilidad de forjar una estratagema que les librara de formar parte del séquito real, pero hasta el momento no habían dado con ninguna que no dejara recaer sobre ellos la ira del rey, así que se despidieron con abierto malhumor.

Durante tres semanas la vida se convirtió en una reiterada sucesión de jornadas tranquilas. Michael y Bella se perdían días enteros por los bosques de la propiedad, aprovechando una coqueta casa de guardeses que habían descubierto vacía. Steve ponía en orden el mantenimiento de la propiedad, visitando a los arrendatarios y asegurándose de que vivieran con suficiente desahogo. Las mujeres lo acompañaban en algunas de las revistas o permanecían en los prados, jugando con sus hijos o imaginando nuevas formas de consolidar el proyecto *Niños de la calle*, en el que todas estaban implicadas.

Megan iba a su aire. Nadie ignoraba, por más que ella lo disfrazara de cabalgadas en solitario, que acudía a la residencia del duque, pero sabiendo Steve que él no estaba en la finca no ponía objeciones. Fuera lo que fuera que Andrew le había pedido que organizara debía de ser un bombazo. Habían desistido de sonsacarle información porque Megan resultó inmune a halagos y amenazas. Acabaron por cansarse y le dejaron libertad de movimientos.

Como cada mañana, Megan se detuvo en lo alto de la colina para admirar la mansión ducal. Le había fascinado desde el primer día por el mismo motivo que la de Londres, su aparente sencillez. Rodeada de setos, podados en forma de gigantescas esferas, y precedida por una explanada de tierra en la que solo había un pozo de piedra con brocal y polea de hierro artesonado, la fachada estaba pintada de un amarillo oscuro que contrastaba con el tejado de pizarra a dos aguas y los ventanales en blanco. La entrada se coronaba con un frontón y la puerta se enmarcaba en un conjunto de dos columnas y un arco de medio punto de mármol vetado en gris. Lo más llamativo, dentro de la elegancia de líneas y de las hiedras que recorrían algunas partes frontales de la primera y segunda planta, era una especie de torreón blanco en forma hexagonal que culminaba en una cúpula con veleta y que semejaba un faro

adosado al edificio. En él había escuchado decir a los criados que tenía el duque su dormitorio y ella se moría de curiosidad por contemplar cómo sería por dentro.

Fue recibida con cortesía por el mayordomo, Hasting, y la señora Doll. El ama de llaves había resultado una mujer de facciones redondas y trato agradable que se mostró encantada de servirla de intermediaria con modistas y cocineras. Con las telas que Andrew había dejado y los diseños que ella realizó se estaban cortando ya los primeros patrones. En cuanto a la cocina, se experimentaba con un recetario, buscando sabores que fueran agradables al de por sí insípido paladar inglés. El exceso de especias y colores tenía desconcertada a la servidumbre, que servía de conejillos de Indias, pero poco a poco iban hallando la mejor fórmula para realizar y presentar los platos.

El señor Hasting, delgado como un junco y de apariencia adusta, resultó un colaborador inestimable para tratar con albañiles, carpinteros y demás trabajadores. Traslataba los consejos de Megan con una fiabilidad absoluta, por lo que la transformación del salón de baile en la sala del trono de un marajá estaba resultando espectacular y los propios empleados se maravillaban de lo que iban creando día a día.

Los criados se mostraban entusiasmados también por formar parte de un complot en el que estaban incluidos. Megan les enseñó los bocetos de los ropajes que lucirían y, acostumbrados a las juergas del duque, esta les pareció la más atractiva de las que se habían llevado a cabo entre aquellas paredes.

Esa mañana Megan estaba transmitiendo sus opiniones a las modistas que cosían pilas de cojines con brocados y falsas perlas cuando los dos collies de pelo largo que campaban a sus anchas por la casa salieron disparados en dirección a la entrada y la sonora carcajada de su dueño resonó en el vestíbulo. Sorprendida por verlo de regreso antes de lo previsto, Megan asomó la cabeza al pasillo y se topó con la insólita imagen del duque tirado por los suelos, jugando con los perros. Vestía ropa de montar y llevaba las botas sucias, pero no parecía importarle que los animales le dieran lametones por todas partes, imitando sus ladridos para incitarles.

El señor Hasting, de natural imperturbable, la miró; luego al duque y carraspeó, haciéndose notar en medio de la algarabía canina.

Andrew se incorporó, sacudiendo sus ropas, y clavó su mirada en ella con evidente sorpresa.

—¡Meg! ¡No supuse que estarías en casa! —Apartó a los canes con un

brazo y la besó en las mejillas, sin importarle la presencia de un montón de gente alrededor.

Ella, apurada, miró al mayordomo y este, con diplomacia, se apresuró a despejar de curiosos el vestíbulo.

—Vengo a diario desde que te fuiste a Londres —confesó—. Hasting me envió la nota donde me pedías que me pusiera manos a la obra. Ya hemos hecho todo lo que era posible realizar sin tener que consultarte.

Él mantuvo las manos sobre sus hombros y buscó su mirada, confuso por su turbación.

—¿Estás nerviosa? ¿Por mi culpa o porque no he sido comedido al saludarte? Ruego que me disculpes, pero me he alegrado mucho al ver que estabas aquí... Debí pensar en mis modales.

El sonrojo de Megan se acentuó más si cabe. No quería que la considerara pueril, pero tampoco que se percatara de que su presencia podía alterarla. Había pensado mucho en sus palabras de la última noche y estaba claro que lo que él necesitaba era una amiga, no una complicación en su ajetreada vida.

—¡No le demos importancia! —Se restregó las manos en la falda de forma inconsciente, haciendo que Andrew enarcara una ceja con preocupación—. ¿Has regresado de forma definitiva? ¿Ha concluido la visita del rey?

—¡Gracias al cielo va camino de Londres! En loor de multitudes y con el ego más inflado que su orondo cuerpo, pero dejando a Sir Scott muy orgulloso de sus compatriotas. —Sin poder evitarlo, Andrew le sujetó las muñecas con ademán serio—. Estás nerviosa, lo noto. ¿Ha sucedido algo en mi ausencia?

Los ojos negros se posaron sobre él, sobresaltados, al tiempo que esquivaba el contacto.

—Nada en absoluto.

La mirada azul chispeó con diversión repentina.

—¡Entonces es por mí!

Había bajado la voz casi a un susurro, pese a mantener las distancias. Megan se rebeló, enfadada por resultarle transparente.

—¡Será mejor que me marche! En cuanto Steve sepa que estás de regreso no dispondré de libertad de movimiento.

—Aprovechemos, entonces, que aún no lo sabe y quédate a almorzar —razonó, retomando la formalidad—. Diré a la señora Doll que envíe un

mensaje de que te ha invitado ella.

—No me parece correcto.

—Prometo no sobrepasarme, si es lo que te inquieta. Quiero ver los bocetos y el trabajo que lleváis realizado. Y me sentiré feliz si me lo enseñas tú.

Sabía ser persuasivo y Megan renegó de ello, pero permitió que la convenciera. Asintió y le dio la espalda con un estirado «Cámbiate de ropa y no sigas manchando el pavimento de barro. Las doncellas tienen demasiado trabajo en que ocuparse. Cuando termines, estaré en el salón de baile».

Andrew la dejó irse. Salió al patio a limpiarse las botas y regresó al interior sonriendo, pensando que ella podría ser una magnífica duquesa de Ivory, tan estirada y... ¡Su pensamiento se detuvo con sobresalto! ¿Duquesa? ¡Esa posición solo la había previsto para Axel! Turbado, subió las escaleras de camino a su alcoba. ¡Debía de haberle dado mucho el sol mientras cabalgaba de regreso a casa! Debía de ser eso.

Bañado, prescindiendo de chaleco y chaqueta, con pantalones de paño grises y camisa oscura, Andrew reapareció y levantó suspiros en todas las féminas de la casa. Menos en la señora Doll, que solo tenía ojos para Hasting. Aparentando no darse cuenta, saludó a los presentes en el gran salón y elogió con amabilidad el trabajo de cada uno. Se detuvo con el grupo de los artesanos largo rato, averiguando lo que restaba por hacer. Después animó a las mujeres a relajarse esa tarde, puesto que resultaba evidente que llevaban demasiadas horas concentradas en su labor, y las invitó a bañarse en el lago y a disfrutar del luminoso día. Aprovechando su buen humor, todos se apresuraron a abandonar sus ocupaciones, no sin dejar el salón recogido e impoluto.

Sin compañía, Megan notó cómo su vientre se encogía de anticipación, preguntándose por qué el duque habría desocupado la casa si ella estaba allí para servirle de guía.

Andrew le ofreció su brazo con una sonrisa que quiso ser traviesa, pero le salió forzada. En su mente persistían los extraños pensamientos que le habían asaltado al verla disponer de su casa como si fuera propia. ¡No conseguía quitarse el desasosiego de encima por mucho que se hubiera despejado con un baño casi frío!

—¿Almorzamos y después me informas?

Asintió, tan consternada como él y asió su brazo para que la guiase, pese a que a esas alturas conocía de sobra la distribución de la casa.

Andrew la escoltó hasta un pequeño cenador en el patio trasero donde la sombra de una exuberante parra hacía más llevadero el calor del mediodía. Apartó él mismo la silla para que tomara asiento, adelantándose al gesto de Hasting. El mayordomo enarcó una ceja, pero se retiró unos metros prudentiales y otorgó intimidad a la pareja.

Mientras llegaban los platos, una amplia variedad de la comida india con los que la cocinera estaba ensayando, el duque inició una conversación intrascendente:

—No tuve ocasión de preguntarte hace unas semanas. ¿Qué te ha parecido mi casa? ¿Sencilla, como Dolerman House?

Ella apretó los labios sin pestañear, percibiendo que se burlaba de su apreciación.

—Mi concepto de «sencilla» es un halago y lo sabes. Y sí, he vuelto a sorprenderme por tus gustos en arquitectura. Es la casa rural más bonita que he conocido. Sobre todo, por la torre.

—¿Has entrado a verla?

Megan se envaró y contestó con brusquedad.

—Me dijeron que son tus dominios privados, así que, por supuesto, no; no he estado dentro.

La interrupción de la comida dejó a Andrew sin posibilidad de réplica. Se entusiasmó con el olor y el buen aspecto de los platos y se lanzó a degustarlos con deleite, elogiando el buen hacer de sus trabajadoras. Megan se relajó al verlo portarse con jovialidad y se unió a su fruición, repartiendo alabanzas para las doncellas que les servían y regodeándose en sus rostros satisfechos. Mientras él fumaba en los postres un habano y ella concluía su café, Megan hizo una observación que enorgulleció la vanidad del duque por más que no fuera esa su intención.

—¿Sabes? Nadie que no te conozca en la intimidad pensaría que cuentas con la admiración de tus criados. Lo que tú dices de que son tumbas, pienso que se debe más al respeto que al temor. Tanto en Londres como aquí les he escuchado hablar y se sienten orgullosos de servir en tus casas. ¡Proyectas una imagen tan distinta hacia el exterior! Pero ellos te tratan día a día y saben lo amable que eres. Resultó un detalle encomiable darles la tarde libre, por ejemplo.

—¡Vale, Meg, no me sonrojes! —refunfuñó por lo bajo, aunque estuviera encantado—. ¡Me he portado como un cretino demasiado tiempo para que tú ahora me ciegues con tus elogios! Si los criados hacen bien su oficio es gracias al personal que les dirige. Y a ellos les escogió mi padre. Él sí era todo un duque.

—¿Y tú no? —Le sorprendió su modestia.

—Imagino que te habrán contado que yo era el segundo hijo y que, por tanto, no me tocaba heredar el título. —Su semblante se habían enfriado y Megan asintió, captando lo poco que le gustaba hablar del asunto.

—Beth comentó que tu único hermano murió en un accidente de caza.

—¡Así es! A mí me criaron para ser un caballero disoluto, destinado a dilapidar riqueza y a conquistar damas. Poco más.

Los ojos negros lo taladraron con desagrado.

—¿Pretendes ofrecerme una mala imagen de ti mismo?

—Pretendo que sepas cómo fui durante muchos años. ¡Me costó madurar! A decir verdad, creo que lo he logrado gracias a mis cinco años en la India. Quizá por eso agradezco a mi gente que me trate con devoción, cuando antes hice bien poco para ganármelos.

Una sonrisa burlona se extendió por el rostro de Megan, divertida de repente.

—¡Vamos, duque! Con los hombres no sé, pero con las mujeres solo tienes que pestañear para tenerlas contentas.

Él respondió con picardía, deseando jugar con ella también.

—Es la seducción de los Ivory. La llevamos innata.

La carcajada de Megan resonó en el patio mientras se ponía en pie.

—¡Comencemos a trabajar! Perteneciendo del género femenino, no quiero sentirme tentada de responder a tu reclamo. Steve se puede presentar por aquí en menos de lo que esperas, si le llega la noticia de que has regresado. ¿Volvió William también?

Andrew sonrió con gesto bibrón, más parecido al de un mozo de cuabras que a un duque.

—¡Lo retuvieron dos días más! Por eso regresé cabalgando como alma que lleva el diablo, para que no me comprometieran igual que a él. ¡Es posible que Clarence despelleje al rey! Por cierto, ¿cómo lleva su embarazo?

Entraron en la casa mientras hablaban y la mano de Andrew se posó en la esbelta cintura de Megan. Notó la ausencia de corsé. Ella no lo rechazó, así

que la dejó allí mientras lo ponía al día acerca de los cotilleos.

En el salón, ella abrió un secreter y sacó su carpeta de dibujos, una que había comprado en Londres antes de trasladarse al campo. La antigua, la que guardaba en su alcoba de la ciudad, permanecía siendo un secreto.

Megan disfrutó con los comentarios elogiosos de Andrew. Estaba convencida de que su trabajo era bueno, pero que él no encontrara detalles que añadir, que le pareciera fantástico su derroche de imaginación y que alabara los diseños, la llenó de orgullo. Quizá por ello se sintió tentada de mostrarle el dibujo más oculto, el que permanecía entre finos papeles, envuelto y sellado a ojos curiosos.

—¡Tengo un regalo para ti! —confesó cuando llevaban media tarde enfrascados en su labor e hicieron un alto para tomar un té.

Las pupilas azules se dilataron de expectación mientras ella desenvolvía el atado y se lo entregaba con gesto anhelante. Andrew lo miró despacio, reconociéndose en unos trazos que lo mostraban atractivo y sugerente. No pudo evitar que el regocijo le invadiera la sangre y una sonrisa lobuna apareciera en sus labios.

—¿Así es como me ves?

—Así es como eres —musitó Megan sin apartar la vista.

Conmocionado, le sostuvo la mirada y un halo de gratitud se extendió por su pecho. «¿Duquesa de Ivory?». ¡Sí, tal vez hubiera otra opción aparte de Axel! No obstante, solo supo decir: «Gracias».

—No hay de qué. Yo solo te pinté.

—Sería justo que me dieras la pareja. —Aunque quiso que sonara a broma, lo susurró en serio.

Megan se puso en pie, sonrojada.

—No se me dan bien los autorretratos.

—¿Porque reflejan el interior de uno mismo?

La conversación había dado un giro inesperado y ambos lo percibieron. Por eso Megan recogió velas y respondió con un escueto: «Tengo que irme. Se ha hecho tarde».

Andrew envolvió el dibujo y asintió, conforme, tan poco seguro de sí mismo como del terreno que pisaba.

[10] Nombre con que los íntimos llamaban al rey Jorge IV.

Capítulo 7

Con un vestido de piel de gamo y el cabello suelto, ondeando al viento. Detrás una cascada, y bajo sus pies desnudos, una alfombra de flores blancas. Así se había pintado para Lonan.

Le entregó el dibujo una tarde en la que salieron a cabalgar y se bañaron desnudos en el lago. Les ocultaban de miradas ajenas el follaje y las altas paredes de piedra de donde caía el agua. Habían estado allí otras veces y a ella le gustaba tanto el sitio que lo escogió como fondo de su retrato.

Lonan lo admiró despacio, recreándose en las líneas que ella había trazado. Después alzó sus ojos brillantes con un asomo de ternura.

—¿Para mí?

Megan asintió, conmovida de que le gustase tanto. Ya había regalado dibujos a más gente de la tribu y no entendía por qué este le resultaba tan especial. Hacía dos años que se conocían y desde el otoño anterior él la había convertido en su compañera. Lonan era más joven que su hermano Steve y sin embargo se comportaba con la dignidad y la sabiduría de un hombre adulto. En realidad, él se hubiera ofendido de leer sus pensamientos porque se consideraba un hombre desde que realizó su rito de iniciación poco antes de cumplir los doce. Megan no podía ni imaginar a ninguno de sus hermanos sentados a solas en un bosque, sin alimentarse, esperando a tener un sueño en el que un espíritu te indicaba qué animal te acompañaría para siempre, protegiéndote y marcándote como guerrero. Pero él lo había hecho. Y Dasan. Y Umi... Pequeños indios que para los blancos solo eran salvajes tenían la osadía de enfrentarse a la naturaleza, a la vida y a la muerte, siendo poco menos que unos críos. Megan les admiraba por ello.

Dejó de pensar cuando Lonan depositó con mimo el papel sobre su faldellín seco y le sujetó los dedos con una pizca de temor.

—¿Es para que te recuerde? ¿Vas a marchar a Boston?

La sorpresa que se reflejó en su rostro tuvo en equivalencia un suspiro de alivio en de él. La miel de sus ojos se derritió por completo al estrecharla en sus brazos y besarle las sienes.

—Tuve miedo de pensar que te ibas. Tu imagen es como un regalo de Manitú. Aunque no la necesito para tenerte en mi mente. Tú siempre estás

ahí. Cuando cazo, cuando atiengo el huerto, cuando duermo... ¡Jamás sales de mi cabeza! —confesó en un susurro.

Megan levantó su cara para verlo bien porque era tan alto que le costaba divisar más allá de su mentón si estaban de pie. Le besó el cuello con adoración.

—No voy a ir a ninguna parte. ¡Soy tuya, Lonan!; Nadie me apartará de ti!

Se negaba a pensar en sus hermanos, en lo que cualquiera de ellos diría si supiera lo que en realidad ocurría en Cape Cod. ¡Pero no lo sabrían! No teniendo a su tía Rosmary de su parte. Por otro lado, ella dispondría de dinero propio. En cuanto fuera mayor de edad, Ruack no podría obligarla a nada que no quisiera hacer. Al menos eso esperaba.

Lonan le había pedido que se convirtiera en su esposa, que celebraran el rito de unión ante su pueblo, pero ella sabía que el gesto sería interpretado como un desafío por los granjeros de la zona y ya estaban bastante alborotados sabiéndola defensora de los nativos.

Lonan la atrajo a sus brazos y la estrechó con toda la pasión que ella le inspiraba. A veces renegaba contra los dioses por haberla hecho blanca en vez de india. De ser iguales, estaba convencido de que se habría enamorado de Megan desde la infancia. Vibraba solo con verla, con oler su piel. Sabía que se dejaría matar por ella.

Megan lo acogió en su boca, deslizó las manos sinuosamente por sus costados y enlazó las piernas a sus caderas para deleitarse en la dureza de su miembro que se alzaba como un estandarte, reclamándola para sí. Le mordisqueó los hombros, masajeó sus pectorales de hierro y guio aquella lanza a su interior con un jadeo ahogado que dilató las pupilas de Lonan, enamorado hasta la médula de su salvaje Nayeli.

Ella se había reído mucho cuando supo por Tallulah que en realidad no era un nombre, que la palabra significaba «Te quiero» en su lengua, pero Lonan lo dejó establecido como su modo de llamarla y ella terminó asumiéndolo como propio.

«Nayeli, Nayeli...».

Megan se despertó con un sobresalto, empapada en sudor. Le hormigueaba entre las piernas, en los pechos. ¡Sus sueños eran tan reales que le parecía haber pasado la noche con Lonan!

El sol estaba alto, entrando por el ventanal de su alcoba. Puso los pies en el suelo y agradeció el frescor de las baldosas. Inhaló fuerte, queriendo recuperar el olor de la pradera, de la cascada... Pero solo se percibía el ruido de los sirvientes trajinando por la casa y de los niños alborotando en la planta baja. Frustrada, se lavó la cara y las manos, se vistió el traje de amazona y se dispuso a cabalgar, aunque fuera más tarde de lo habitual. No iría donde Andrew. No sabía por qué los sueños habían regresado para atormentarla de ese modo, pero sí que, en gran parte, la culpa era suya. No anheló las caricias de ningún hombre que no fuera Lonan hasta que lo conoció. Había vivido tranquila, en una escogida soltería hasta que Andrew Perry hizo su aparición aquella tarde en el Centro y la sorprendió con su aspecto sensual. Pensó que lo olvidaría y, sin embargo, había ocurrido lo contrario. Por algún motivo él se había encaprichado de ella y no supo resistirse a su encanto. Se entregó a la pasión que se había vedado cuatro años atrás y descubrió, para su enojo, que lo había disfrutado. Pero no podía significar nada más.

Mientras bajaba las escaleras sin encontrarse con nadie, de lo que se sintió más que agradecida, su cabeza razonó que era lógico siendo una mujer adulta, que tenía sangre en las venas, que sus sentidos no podrían permanecer dormidos para siempre. La ventaja de tener una aventura con Andrew era que él no la amaba. Podía sentirse atraído, pero resultaba evidente que seguía manteniendo a Axel en un altar. Con ironía pensó que del mismo modo como ella tenía a Lonan. Después de todo, podían servirse de mutuo sucedáneo.

Excitada por la idea, cambió de parecer. Aceptó el caballo que el mozo de cuadra ensilló nada más verla y cabalgó a galope tendido por un camino que el animal conocía tan bien que podría recorrerlo con los ojos vendados.

Andrew estaba con los jardineros, supervisando unos parterres y repartiendo indicaciones sobre la carpa al aire libre que un equipo de operarios del pueblo montaba en ese momento.

Cuando saludó a Megan con una sonrisa intuyó algo en su rostro que le hizo despedirse y acudir en su vera, ayudándola a desmontar con cortesía al estar a la vista de sus empleados. Le excitó captar su ansiedad en su nariz dilatada y el brillo de sus ojos.

—¿Estás bien? —musitó confuso, temiendo que la percepción de su deseo resultara temeraria.

Megan negó, clavando su mirada en él, y Andrew notó el tirón en su

entrepierna, encendido como un colegial.

Sin mediar palabra, dieron la vuelta a la casa y entraron en la torre por la parte de atrás. Megan siguió los pasos del duque sin ver las escaleras, sin percatarse de nada que no fuera la necesidad de tenerlo en su interior.

Andrew cerró la puerta, la apoyó contra ella y demostró que tenía bien ganada su fama de libertino.

En menos tiempo del que había tardado en suspirar, Megan se vio desprovista de sombrero, guantes, chaleco y ropa interior. Las manos masculinas, curtidas de callos y arañazos, tan inusuales en un aristócrata, se desplazaron por su cuerpo y la exploraron con una voracidad que la dejó sin aliento. No cruzaron palabra porque sus bocas estaban entretenidas en una danza de lenguas que les enardecía, con una pasión que les llevó a empalarse de pie, ella con una pierna alrededor de su cadera y él sin desvestirse. Cuando Megan se dejó ir, aliviada del ardor que la había despertado esa mañana, captó el aroma a fresco que emanaba de él y lo olfateó como si estuviera en un bosque. Le gustaba el olor del duque. Y también lo precavido que era. Andrew gruñó contra su cuello, se apartó y derramó su semilla sobre el faldón de la camisa, limpiándose con ella después y tirándola de cualquier modo sobre una silla. A continuación, le tomó la barbilla y le buscó los ojos.

—¿Ahora sí estás bien? ¿Era esto lo que necesitabas?

Megan asintió, tan exhausta que no le apetecía hablar. Andrew la llevó en brazos hasta un sillón, se lavó el pecho y los rastros de semen con un paño del precioso juego de aguamanil que había en una esquina, se cubrió con una camisa limpia y, después, le ofreció a ella el mismo tratamiento hasta que estuvo presentable. Megan se dejó hacer, fascinada por sus modales. Se movía con la agilidad de una pantera, realizando actividades tan poco dadas en un duque que se preguntó cuántas personalidades ocultaría en su interior.

Él, adivinando sus pensamientos, mantuvo una sonrisa traviesa, aunque la tornó tierna cuando se acuclilló a su lado y volvió a perderse en los ojos color carbón.

—¿Has desayunado? Tengo hambre.

—Vine derecha desde mi cama —confesó sin darse cuenta.

Andrew ahogó una carcajada y tiró de su brazo, dispuesto a sacarla de allí. De no hacerlo, estaba seguro de que tendrían otro revolcón en cuestión de segundos.

—¡Vamos! Te invito a comer algo succulento... Que no sea yo.

Megan se sonrojó tontamente y Andrew depositó en sus labios un beso tenue, llenándola de tranquilidad.

—Es lo más hermoso que me ha pasado nunca, ¿sabes? —le confesó mientras bajaban las escaleras—. Que una dama se levantara y me regalara su primer pensamiento.

Ella no quiso defraudarle contándole la verdad. Se limitó a parpadear como una damisela apurada y a arrebolarse por el comentario. Después de todo, si no había sido su primer pensamiento, sí había sido su primera y única opción.

Desayunaron rodeados de gente que trabajaba sin parar. Un corro de mujeres ultimaba prendas femeninas, bordadas con primor, y otro se encargaba de bombachos y túnicas masculinas. Conforme concluían, colocaban los equipos sobre los maniquíes que Megan había encargado en madera y le daban los retoques necesarios. Un par de marroquineros copiaban modelos semejantes a las babuchas de piel de camello que Andrew había traído de Jaipur. En Londres había joyeros realizando diseños para cada una de las damas, basándose en dibujos de Megan que ella había sacado de grabados antiguos. Nada había quedado a la improvisación. El duque deseaba recrear una estancia en la India y así se haría hasta el menor detalle.

Terminado el refrigerio, se pasearon por el salón de baile, convertido por gracia de los artesanos en un aposento con arcos lobulados, fuentes, divanes, alfombras de vivo colorido y pipas de agua. En falsas hornacinas se mostraban representaciones de sugerentes dioses. Megan se detuvo a observarlos.

—¿Tienen nombre esos ídolos?

Andrew sonrió burlón ante su expresión.

—Para ellos son dioses tan válidos como para nosotros el nuestro.

—Ya lo imagino. —Sus ojos negros se concentraron en él, ajena a los empleados que pululaban alrededor, centrados en sus tareas. Todos sabían cómo recompensaba el duque el trabajo bien hecho, pero también lo inflexible que se mostraba con los cotilleos—. Pero ¿son dioses a los que temen o a los que adoran por otros motivos?

Andrew la tomó del codo y la sacó a los jardines donde el barullo era menos intenso. El sol calentaba la pradera y le apeteció dar un paseo e ilustrarla sobre lo que había aprendido.

—Veneran a unos cuantos. Brahma es el creador, Visnú el preservador y Shiva, el destructor. Según ellos, no puede existir la creación si antes no ha habido destrucción. Lo cual resulta bastante consecuente... Brahma se representa con cuatro cabezas y barba blanca, símbolo de la sabiduría, además de con cuatro brazos y la piel roja. Se supone que cada una de sus bocas recita un «veda», que vienen a ser conocimientos que el hombre debe alcanzar para hallar la paz y la sabiduría. Visnú aparece con distintas representaciones. Yo lo adquirí en dos formas, en una está solo y en otra con su consorte, Lakshmi. Siempre tiene cuatro brazos, en los que porta objetos simbólicos. De alguna manera, por lo que me explicaron, representa la bondad frente a la pasión del creador y la ignorancia del destructor. —Una sonrisa burlona marcó sus atractivos rasgos, dejando a Megan colgada de su boca—. Se supone que potencia diferentes cualidades y por eso es mi favorito: favorece la visión, la audición, la velocidad de pensamiento... y la virilidad. —No pudo dejar de reír ante el respingo de Megan, que entrecerró los ojos con marcado desdén, aunque sus mejillas se arrebolaron—. ¿Quieres que te regale una de mis esculturas?

Ella lo ignoró adrede, reiniciando el paseo.

—¿Y Shiva?

—Es el de los tres ojos. Lo de la destrucción hace referencia a algo del tiempo. Yo lo entendí como que el paso del tiempo va acabando con todo. — Su voz se te tornó reflexiva—. Es difícil comprender sus significados porque depende de quién te los explique. Hay partidarios de los tres dioses por todas partes, así como de otros menores. Shiva también tiene cualidades positivas y una esposa e hijos. Pero me llamó la atención su simbología. Lo de los tres ojos es por el presente, el pasado y el futuro; la luna en cuarto creciente sobre su cabeza es por la división del año en meses; la serpiente de su cuello representa la división en años y el collar de calaveras, la sucesiva extinción de las generaciones humanas.

Megan frunció los labios en una mueca de desagrado.

—Parece bastante macabro.

—Sí, pero también la destrucción la asocian con la reproducción, como si tener hijos matara una parte de ti y al mismo tiempo sirviera para perpetuarte. De ahí que no haya creación sin destrucción.

Ella admiró su entusiasmo y le regaló una sonrisa.

—Te gustó conocer todo eso, ¿verdad?

Los ojos azules se iluminaron mientras la cabeza rubia asentía.

—Me abrió los ojos comprobar que el mundo tiene diferentes miradas. Yo era bastante indiferente a cualquier tipo de religión, y aún hoy lo soy, pero me agrada saber que todos los hombres se aferran a algo en lo que creer. Los europeos consideramos salvajes a los indios y, sin embargo, podrían enseñarnos muchas cosas. Pero nuestra prepotencia nos impide entenderlo así.

Megan contuvo el aliento. De eso ella tenía mucho que decir. Sin pensarlo, se dejó llevar.

—Los nativos americanos también tenían mucho que enseñarnos, pero tampoco les dejamos. Su amor por la naturaleza, su defensa de la vida animal, sus rituales para solicitar bondades de Manítú...

De repente tuvo tantas ganas de llorar que dio la espalda a Andrew mientras apretaba los puños, furiosa con el destino.

—¡El maldito hombre blanco siempre se cree superior a otras razas! Deberíamos ser nosotros los exterminados.

Andrew reconoció su dolor, entendió que le estaba haciendo partícipe de ese secreto que tanto tiempo llevaba anhelando enterarse y, frente a lo esperado, tuvo miedo. Miedo de defraudarla, de no reaccionar como ella merecía. Con deliberada lentitud apoyó sus manos sobre sus hombros y la hizo volverse.

—¿Conociste a alguna tribu americana? No pudo ser en Boston...

Megan izó sus ojos y lo miró con determinación. Aún mantenía los puños crispados sin darse cuenta, pero Andrew bajó las manos y las enlazó con las suyas, tranquilizándola. Ella supo reconocer su empatía.

—Mi madrina me legó una granja en Cape Cod, al sur de Boston. Ella defendía los derechos de los nativos y era abolicionista, igual que su marido.

Andrew la instó a seguir manteniéndose expectante.

—Aprendí cosas hermosas de ellos. Pero los colonos los consideraban un estorbo, querían más tierras y les fueron dejando tan poco espacio que...

—Se rebelaron —adivinó él en un susurro, captando cómo los ojos negros se anegaban en llanto.

Megan asintió, incapaz de mantenerse firme, y él la estrechó en sus brazos.

—Murió gente que tú querías —siguió adivinando mientras su camisa se empapaba con las lágrimas desbordadas.

—No quiero hablar de eso —musitó, reconfortada por el calor de los brazos que la envolvían.

—Tampoco hace falta —aseguró él—. Aunque, si en algún momento quieres hacerlo, me tienes a tu disposición.

Ella se limpió el rostro con el dorso de la mano y esbozó una sonrisa aada.

—Parece que sirves para muchas cosas, duque. El favor de esta mañana y ahora esto.

Le hizo reír, encantado con su audacia.

—Para hablar con una amiga siempre estoy dispuesto. Para retozar contigo, también —admitió con gesto socarrón.

Ella no se dejó engañar, se alzó sobre las puntas de sus pies y le estampó un beso en la mejilla.

—Gracias, duque.

Andrew lo supo, como en una revelación. ¡Se había enamorado de Megan! Pero esta vez, sí. ¡Esta vez, tendría a su duquesa!

La acarició con sus vívidos ojos claros y la llevó de regreso a la casa. Estaba tan colmado de sentimientos que no podía permitirse más tiempo a solas con ella. ¡Necesitaba acostumbrarse a la idea! Aceptar que su vida tenía un futuro y que iba a luchar por él sin importar lo que se escondiera tras el llanto desconsolado de Megan.

Capítulo 8

William Blake regresó de Londres con un humor de perros para llevarse a Clarence y sus hijos a Blackmoon. Devon y Axel también se marcharían a Marion Hill hasta que la convocatoria del duque de Ivory se hiciera efectiva. Michael Sinclair retornaba a Londres para gestionar asuntos de su herencia y Bella se quedaría en la residencia de los Cameron para guardar las apariencias.

No obstante, la noche anterior a la desbandada, todos cenaron alrededor de la mesa principal de Hughenden Manor comentando la noticia más impactante que William había traído de la Corte. El archiconocido e impopular lord Castlereagh, segundo marqués de Londonderry y líder de la Cámara de los Comunes, se había suicidado cortándose la garganta con una navaja de afeitar. No era nuevo para los que le conocían sus ataques de paranoia y sus crisis nerviosas, pero nadie esperaba que su grado de lucidez quedara mermado de semejante modo. Su muerte supuso un escándalo, aunque la investigación logró determinar su locura y su familia no perdió sus propiedades por el delito de suicidio. Además, se le pudo enterrar en la abadía de Westminster en lugar de recibir un entierro vergonzoso, lo cual habría resultado muy enojoso para la propia Corona puesto que Robert Stewart formaba parte de la historia reciente de Inglaterra al haber ostentado el cargo de ministro de exteriores y participado activamente en la derrota de Napoleón y en el posterior Congreso de Viena.

La despedida estaba dejando un regusto amargo, así que Andrew, activando su papel de bribón del grupo, buscó arrancarles una sonrisa.

—¡Dejemos a los muertos reposar en paz, que tiempo tendremos de seguir sus pasos! Os conmino a visitar Wicklow Manor dentro de dos semanas, el sábado para ser exactos. Los hombres me haréis el favor de dejaros barba. ¡Las damas, no! En cuanto a los niños, mejor que queden al cuidado de sus niñeras. Va a ser una fiesta ajetreada y algo... descocada. Os quiero libres para retozar donde os venga en gana sin peligro de que vuestros hijos sean testigos de vuestro desdoro. ¿Alguna objeción?

—Para entonces mis padres habrán vuelto de Italia. ¿Les incluyes en la invitación o es indecorosa incluso para ellos? —quiso saber Devon, con

chanza en sus ojos castaños.

—No había contado con su presencia —miró de soslayo a Megan, quien asintió con premura—, pero estaré encantado de recibirles. Tus padres son un ejemplo de cómo el amor termina triunfando frente a la adversidad. Y eso siempre da un toque de exotismo a un sarao. Tienen mi beneplácito.

Devon respondió con una galante despedida y Axel besó las mejillas del duque muerta de risa.

—¡Estamos deseando saber qué has montado en tu casa, canalla! —Se volvió con descaro, frunciendo el ceño hacia Megan—. Porque esa arpía que te has ganado de ayudante no ha soltado prenda en todo el verano.

—¡Yo siempre elijo bien a mis confidentes! —replicó él guiñando un ojo a la americana, quien le devolvió una sonrisa amplia que a todos puso sobre aviso.

Steve pasó la mirada de su hermana al duque, sorprendido por la complicidad que captó entre ellos y se prometió que no pasaría otro día sin que Andrew y él tuvieran una conversación.

A la mañana siguiente Steve Cameron se presentó cabalgando en la propiedad de su amigo y vecino para encontrarse con que se le denegaba la entrada. Un nutrido grupo de gente trabajaba a lo lejos en algo parecido a una carpa, pero había hombres con escopetas de caza en las inmediaciones que no le permitieron acercarse. Uno de ellos se ofreció a notificar su llegada al duque y Andrew apareció poco después a lomos de su pura sangre, invitando a su amigo a cabalgar lejos de la mansión.

—¿Qué demonios te traes entre manos? —se amoscó Steve, enfadado porque le hubieran denegado el acceso.

—Si te dejara entrar en la casa lo sabrías enseguida y perdería el encanto de la sorpresa —replicó Perry con tranquilidad—. Sígueme hasta la caseta del guarda y nos tomaremos un buen whisky escocés. Lo trae de contrabando.

Steve aceptó, porque el asunto que le traía de cabeza era más importante que las excentricidades del duque. Descabalaron en un claro del bosque y, tras un saludo al hosco hombretón que les salió al paso, se acomodaron en sendos tocones de robles y se sirvieron un trago de la tosca botella que les ofreció.

—¿Y bien? ¿A qué debo tu visita?

Steve le mantuvo la mirada y distinguió en los ojos azules un

reconocimiento implícito.

—¿De verdad quieres que hagamos un paripé? ¡Lo sabes de sobra!

Andrew rio y sirvió otra ronda.

—¡No negaré que te estaba esperando!

—Entonces...

Perry se puso en pie. No sabía cómo explicarse para que Steve no lo tomara por loco, considerando su original mala fama, aunque esperaba que su título le sirviera para salvaguardarlo de su disoluto pasado.

—Quiero a Meg por esposa.

Un suspiro de alivio escapó de los labios del americano y Andrew volvió a sentarse, menos incómodo. No obstante, las palabras de su amigo le hicieron fruncir el ceño.

—¿En serio has olvidado a Axel? ¡Se te ilumina el semblante cuando la tienes cerca! No permitiré que le hagas daño a mi hermana.

Andrew sacó dos cigarros antes de responder. Le tendió uno a Steve y encendió el suyo con calma.

—¡Amé a Axel hasta la locura! Lo sabéis todos los que estuvisteis a nuestro lado aquella temporada. Pero logré mantenerme alejado cinco años. ¡Créeme que habrían sido más si no me hubiera sentido curado de aquel sentimiento! Con todo, Axel siempre será especial para mí. Sin embargo, tu hermana, no sé cómo, ha ido llenando el vacío que ella dejó. Te confieso que hace solo unos días que me he dado cuenta y estoy bastante asustado.

—¿Asustado tú? —Steve entrecerró sus ojos negros, tan iguales a los de Megan, en un guiño que les semejaba aún más—. ¡Eres el hombre con más coraje que conozco!

La carcajada del duque resonó en el bosque y levantó el vuelo de algunos pájaros. Rellenó los vasos y se bebió el suyo de un trago.

—¡Por las apariencias! Es la ventaja de los aristócratas ingleses, que conseguimos disimular los terrores como nadie. Pero me muero de pánico a que tu hermana me rechace.

Steve se mantuvo en silencio largo rato, calibrando qué y cómo decirlo; sin embargo, Andrew se le adelantó.

—No deseo saber nada de su pasado. Sé que guarda secretos de su estancia en América, pero esperaré a que quiera contármelos. Voy minando su desconfianza a pequeños pasos y, si tú nos concedes tiempo, quizá logre que me vea como alguien sólido en su vida.

Latía súplica en sus palabras y Steve se resistió a no sincerarse. Por otra parte, la lealtad hacia su hermana le impelía a mantener silencio. Solo ella tenía derecho a hacer partícipe o no a Andrew de sus cuitas. Y el duque se lo servía en bandeja. Con otro suspiro, aplastó el cigarro con el tacón de la bota, se tragó el licor que permanecía en su vaso y asintió.

—¡Sea, Andrew! Pero Meg no quiere un marido. Al menos no lo ha querido desde que llegó a Londres. Ha despachado excelentes partidos sin pestañear siquiera y mantiene su corazón cerrado a toda posibilidad de conquista. Si tú crees que puedes lograrlo, te deseo suerte. ¡Qué mejor que un duque para encumbrar a la familia! —replicó con falsa ironía—. Pero igual que me duele mi hermana, sentiría mucho que volvieras a salir mal parado de esta lid.

Ambos hombres se sostuvieron la mirada, serios.

—Para mí también sería un duro golpe, lo admito. —La voz de Andrew sonó ronca—. Pero tú, que has sido jugador, sabes que sin arriesgar no se gana.

El rostro moreno se iluminó con una sonrisa mientras palmeaba las espaldas de su socio.

—¡Es verdad! Y si yo he sido el mejor tahúr allende los mares, tú lo eres en versión inglesa. He cometido una estupidez al compararte con otros candidatos ¡Si algo puede derribar las defensas de Meg es el legendario encanto del duque de Ivory!

Andrew rellenó los vasos y entrechocó en un brindis, la sonrisa burlona de nuevo en su boca.

—¡Porque no te equivoques y seamos cuñados!

La risa de Steve removi6 de nuevo los pájaros.

—¡Porque tengas mejor suerte que los casacas rojas! El espíritu ind6mito de mi hermana es más peligroso que el de los antiguos colonos.

Andrew guiñó un ojo, envalentonado.

—¡Por el desafío!

Se despidió de Steve en la linde de la finca y regresó al galope, rebosante de energía, deseoso de poner en práctica las tácticas galantes que tan buenos resultados le dieron en el pasado. Por lo pronto, esa noche cenaría con los Cameron. Mandaría cortar un ramo de lirios para Megan y otros de rosas blancas para Beth y Bella. Si la americana había aprendido algo del lenguaje

de las flores que tan popular había hecho lady Mary Wortley Montague, la esposa del que fuera embajador británico en Constantinopla, sabría que le estaba indicando con ellos que su felicidad significaba mucho para él. Habría dado el primer paso. Después le quedaría esperar... o continuar el acoso con descarados acercamientos. A fin de cuentas, ella le había demostrado que no era inmune al tacto de su cuerpo.

Pensaba en la tersura de su piel y en la seda de su cabello cuando, sin esperar, la tuvo delante. Reía en compañía de varias modistas que trabajaban a la sombra de un árbol, colocando sobre sus ropas veraniegas una pieza tornasolada de color turquesa y franjas doradas. Llevaba un liviano vestido de muselina blanca con flores amarillas, con mangas hasta el codo y escote cuadrado. La sencillez del modelo era absoluta y, sin embargo, ella lo hacía resaltar. Para rematar la libido de Andrew, se había dejado el cabello suelto y los rayos del sol le arrancaban destellos azulados.

Nada más divisarlo, le regaló una sonrisa sincera que le conmovió el corazón.

Descabalgó, saludó a las mujeres y Megan lo trató con naturalidad ante ellas, después de los días que llevaban compartiendo chácharas femeninas.

—¿Dónde te habías metido, duque? ¡Llevo un buen rato trabajando en tu fiesta y ni te dignas a aparecer! —Le mostró la tela sin apartarla de su silueta —. ¿Te gusta? He pensado que a Elena le sentará de maravilla.

Se obligó a responder al notar la actitud atenta a las costureras.

—Favorecedor, sí. ¿No has tenido problema con sus medidas?

—No. Su altura es similar a la mía, y lo bueno de estos trajes es que se adaptan con facilidad a cualquier figura. Ya tenemos terminados cuatro. ¿Quieres verlos?

La ilusión que se reflejó en su rostro le llevó a asentir y Megan, tras dar las últimas recomendaciones, lo condujo a una pequeña sala llena de maniqués. Tres de ellos lucían saris, uno rojo, otro verde y el tercero azul; pero el cuarto mostraba un modelo distinto, con un lujoso sostén dorado del que caían flecos largos y una falda semitransparente con aberturas laterales y pañuelos multicolores colgados de la cintura. A Megan se le fueron los ojos tras él y Andrew rio, divertido.

—¿Te atreverías a lucirlo?

—¡Si Steve no se enfadara, por supuesto! ¡Es fascinante! Y estoy segura de que Axel y Clarence lo usarían también.

Una mueca desenvuelta asomó a los labios masculinos.

—¡Podrías bailar las tres la danza del vientre! O mejor, las cuatro. Bella la conoce.

Los ojos negros se llenaron de expectación y Andrew se contuvo para no encerrarla en sus brazos y demostrarle cómo se sentiría un esposo celoso viéndola con semejantes trapos.

—¿Bella sabe el baile? ¿Estás seguro?

Viejos recuerdos lo hicieron reír con descaro y la mirada de Megan se tornó curiosa.

—Hay muchas cosas que no sé, ¿verdad?

—Esa la sabe muy poca gente —confesó con ternura.

Ella captó el cambio de su voz y lo miró a los ojos para cerciorarse de que no se equivocaba. Brillaba calidez en ellos. Le volvió la espalda, repentinamente intranquila. Cuando los ojos del color del océano se tornaban transparentes, a ella se le aflojaban las rodillas. Siempre los tenía así cuando la llevaba a la cama. ¡Y cuando miraba a Axel! Retomó la atención a los trajes.

—El verde, lo habrás imaginado, es de Axel. El azul para Clarence y el mío...

—El tuyo es el rojo. ¡Estoy deseando vértelo puesto! ¡También el otro!

—¿El de bailarina? —Se volvió en redondo, expectante.

Andrew asintió mientras la imagen que se formaba en su cabeza le disparaba la excitación a su entrepierna. Para disimularlo, se apoyó sobre la puerta y la invitó con un gesto. Ella lo miró, incrédula.

—¿Esperas que me los pruebe aquí? ¿Contigo y sin ayuda?

—¿Qué mejor ayuda que la mía? Yo los he visto puestos.

Ella alzó una ceja con gesto despectivo.

—¡Y más de uno habrás quitado, claro!

Una breve sonrisa curvó su boca. Le encantaba captar los celos que ni ella percibía que sentía.

—¡Claro! Es como lo de la creación y la destrucción, ¿recuerdas? No puede haber una cosa sin otra.

Megan respondió con un bufido, pero Andrew no la dejó pensar. Desprendió el sari rojo del busto de madera y se lo ofreció en silencio.

—No voy a desvestirme...

Andrew permaneció con la mirada fija en sus ojos negros, en un duelo

que Megan terminó por perder. Sonrojada, le ofreció la espalda para que desatara los botones de su vestido y se recogió la melena a un lado.

—¡Te has dejado el cabello suelto! —Su voz sonó tan ronca que le costó reconocerla. ¡La estampa de la piel blanca sin corsé ni camisola le había cortado la respiración!

—En vista de que las normas no rigen en tu casa, decidí actuar a mi aire. En el campo, Steve también se relaja y no está pendiente de la salvaje de su hermana —intentó bromear, aunque las manos callosas sobre su piel la estaban excitando demasiado.

Andrew la obligó a darse la vuelta y enredó sus dedos en el cabello suelto.

—Deberías llevarlo siempre así.

Megan se apartó, indecisa sobre si continuar con el juego. Dejó resbalar su vestido, quedándose solo la enagua, y le arrebató el sari para acomodarlo con premura. El modelo era de una sola pieza, con cuello redondeado y mangas muy cortas, rematadas en dorado. La falda se plisaba a partir de la rodilla en el frontal y llevaba un retal que se colocaba como un tartán, rodeando su cintura y un hombro. El otro quedaba al descubierto. La tela roja se adornaba con motivos dorados diminutos, pero el retal lucía un precioso dibujo floral en la parte que se dejaba caer.

Andrew la ayudó a colocárselo con gracia y después se apartó unos pasos para admirarla. El cabello suelto le concedía el aspecto de una verdadera hindú con sus ojos negros y su tez morena del sol veraniego.

—Cuando te maquilles con kohl y te pongas el lunar en la frente parecerás una maharaní auténtica. —Sus manos se detuvieron en su cuello esbelto—. ¿Me dejarás escogerte las joyas? ¡Traje un collar de plata con pendientes de aro y pulseras con rubíes que te quedarán perfectos!

—Me pondré lo que tú decidas —asintió, tan excitada como él por la proximidad de sus cuerpos.

Andrew no necesitó invitación para abrirle la boca con un beso hambriento que los dejó jadeantes. Megan, más práctica, se separó para quitarse el vestido.

—¡No quiero que se rompa! ¡La seda es muy liviana! —protestó, arrancándole una sonrisa.

—¡Tenemos más telas! —objetó él, ayudándola con el sari.

—¡Pero esta la elegí yo! ¡Me encanta el bordado del retal!

—¡Recuerdas a un pavo real! —bromeó él, atrayéndola a su pecho una vez que solo se interponía una enagua.

Le encantó comprobar que ni siquiera llevaba medias. Únicamente la falda de gasa hasta los tobillos y un calzón muy corto que le cubría hasta medio muslo, pero que enseguida quedaron por el suelo. Sus pechos erguidos lo desafiaron, así que se prestó a besarlos y chuparlos con parsimonia. Demoró una de sus manos en sus nalgas, acercándola tanto a su erección que oyó el jadeo en su oído. Mordisqueó su oreja, le arrancó un gemido de placer y la succionó con lentitud, deslizándose después por su cuello hasta su clavícula con los dientes y la lengua.

Megan apesó sus cabellos con frenesí, urgiéndolo a aumentar el ritmo, pero Andrew se negó a obedecer. Le apetecía tenerla a su merced en aquella sala en penumbra, alejados de todos. La empujó hasta el baúl donde se guardaban las telas y le subió las piernas para que rodearan sus caderas, con los pantalones puestos. Le cautivaba sentirla desnuda en sus brazos mientras él aún estaba vestido; de algún modo, le permitía mantener el control. Una vez sus pieles se rozaban, el fuego era inevitable y enseguida le urgía entrar en ella y colmarla.

Megan lo miró con enfado teñido de lujuria y le clavó las uñas en los hombros. Estaba húmeda tras sentir su boca en sus pechos y lo anhelaba en su interior, pero Andrew se rio en su boca, obligándola a esperar, mordisqueándole los labios con más fuerza de la habitual, como si deseara marcarla. Después la llevó al orgasmo con la lengua, arrodillado frente a ella, que se aferraba a los bordes del baúl. Le apartó los muslos, le mordió la parte más sensible junto a su sexo, y no se inmutó porque le tirara del pelo mientras la succionaba y la llevaba a las alturas.

Megan, sofocada, aceptó que la pusiera de espaldas, la sujetara por la cintura y la penetrara desde atrás. Estaba tan resbaladiza que Andrew no tuvo dificultad, pero ella se sujetó con ambas manos al baúl, temerosa de que sus piernas flaquearan por las embestidas firmes y los dedos que inflamaban su clítoris de nuevo mientras la otra mano le acariciaba los pechos. Convencida de no poder acompañarlo, se relajó en sus brazos hasta que la pasión regresó, arrolladora, y se vio inmersa en una espiral de placer loco que la llevó a morderse un puño para que no se escucharan sus gritos más allá de los muros de la casa.

Cuando Andrew terminó, derramándose fuera como hacía siempre, aún la

mantuvo contra su pecho, abrazados, acompasando las respiraciones.

—Eres sorprendente... —musitó ella, volviéndose a mirarlo.

La mirada azul quedó fija en la suya, aguardando.

—No puedo considerarme ducha en la materia, pero juraría que eres un amante asombroso.

La sonrisa de Andrew asomó a sus labios, pero no se reflejó en sus ojos y ella se preguntó el motivo. Pensaba haberlo halagado. Andrew no respondió, buscó un paño entre tanta tela y usó el más burdo para limpiarse y limpiarla a ella. Después se abrochó el pantalón y se puso la camisa. Megan lo contempló aturdida, vistiéndose también, llevada por la vergüenza.

—¿Te he ofendido? ¡No lo pretendía! Todo lo contrario.

Andrew contuvo la ira que lo había invadido al escucharla y apenas logró que su voz no sonara enfadada.

—¿Me consideras tu amante?

Ella le sostuvo la mirada, confusa.

—A decir verdad, no sé de qué modo llamar a esto.

Andrew se acercó como un felino, sigiloso, clavándole la mirada y sujetándola por un hombro.

—¡He sido amante de muchas mujeres! Algunas me lo solicitaron ellas, a otras las busqué yo. Jamás tuve que ar, aunque admito que fui espléndido en mis regalos... ¡Pero nunca hubo intimidad entre nosotros!

Megan se destensó, creyendo entenderlo y le acarició el rostro, con breves indicios de barba.

—¿Por intimidad te refieres a amistad?

Él asintió, dejándose calmar por los dedos que jugueteaban con su mentón y sus pómulos.

—¿Nunca te acostaste con Axel?

Megan no podía creer que hubiera preguntado aquello ni Andrew lo esperó tampoco porque frunció el ceño con ligero enfado.

—¡Axel era una dama!

Se dio cuenta de lo que había dicho y quiso retroceder, pero le sorprendió la sonrisa traviesa en su semblante.

—¡Se supone que yo también lo soy!

Por primera vez en su vida, el duque se sintió aturullado.

—Quiero decir... Ella era virgen y... ¡Lo siento! No pretendía...

Megan rio, divertida por el sonrojo del rostro curtido. La ternura lo llevó

a abrazarlo.

—No te disculpes. Yo te metí en este aprieto.

Andrew la separó de sí para ver su expresión. Quería que lo entendiera.

—¡Tú eres una dama, Meg! Y no te considero mi amante, ni ahora ni nunca. Ya te dije que agradezco el honor que me haces al compartir estos momentos conmigo. Me gusta que llesves la iniciativa cuando lo desees y más aún, que me permitas buscarte cuando te deseo. Pero solo eso.

—Y eso ¿no tiene ningún nombre? —insistió ella, audaz y curiosa.

Andrew se alzó de hombros, tensando la camisa con el gesto. Estaba tan atractivo que Megan sintió la tentación de quitársela de nuevo, pero ocultó un suspiro y apartó el espinoso tema.

—Retomemos al asunto de la ropa.

Él admiró su lado pragmático y asintió, risueño.

—¿Para qué estamos cosiendo los trajes de bailarina si no sabemos si se usarán?

—Confío en tu capacidad de convencer a las chicas para que se los pongan y nos hagáis una demostración de un baile exótico. Algo parecido al de los bocetos que te enseñé —replicó tranquilo, abriendo la puerta para encender un cigarro, aunque enseguida, a la luz del sol, percibió los cercos rojizos que su barba había dejado sobre la piel femenina y masculló una maldición.

Megan, sobresaltada, frunció el ceño, pero él la atrajo a la luz y repasó su rostro con la yema de los dedos, apesadumbrado.

—¡Ha sido mala idea lo de la barba! Te he dejado marcada.

Megan se ruborizó, avergonzada de que los demás pudieran ser testigos de su devaneo, aunque enseguida él le ofreció cómo arreglarlo. Abrió uno de los cofres que se guardaban en la vitrina de cristal y sacó varios botes de su interior hasta que dio con el que buscaba. Después la sentó sobre el baúl que acababan de usar y le expandió con delicadeza un suave líquido por las mejillas y el cuello.

—Es una tintura que usan las mujeres en la India, muy parecidos a los afeites de las actrices. Disfrazan el color de la cara. Aunque los hay en varios tonos, este es tan ligero que apenas se nota.

Ella cogió el frasco y lo miró con interés.

—¿Puedo quedármelo? No quiero que te afeites la barba. Sospecho que te va a sentar muy bien.

Andrew rio. Volvía a ser la Megan descarada que lo había cautivado. Apretó su mano alrededor de la de ella y le besó los nudillos.

—No olvides llevarlo siempre cerca. ¡Para los imprevistos!

—Descuida, duque. ¡Será mi compañero más fiel!

Andrew contuvo el deseo de besarla, recordando la puerta abierta, pero le envió un mensaje con los ojos en el que se lo dijo todo. Ella rio, insolente.

—Esta noche ceno en tu casa. Póntelo y averigüemos si los demás logran notarlo.

Con un mohín coqueto, Megan le dio la espalda, abandonando la sala.

—¡Dalo por hecho, duque! Pero si lo descubre Steve, te lanzaré a los leones.

La carcajada de él resonó en el pasillo, feliz con su desparpajo. Más tarde se preguntaría qué había sido de la Megan de Londres, la de los vestidos severos... Y disfrutó más del hecho de haber sacado a relucir a la mujer que había entrevisto en su primer encuentro. La sensual americana con secretos en su corazón.

Capítulo 9

Tras el almuerzo, Megan le propuso a Bella dar un paseo hasta el lago y la galesa aceptó, sorprendida por la invitación. Ambas mantenían una relación de simples conocidas puesto que Bella se limitaba a participar del proyecto de los niños recogiendo fondos y, en cuanto a su vida privada, tenían en común su tendencia a la reserva.

Anduvieron largo rato, conversando de nimiedades, disfrutando del sol sobre sus rostros, indiferentes a la moda del cutis pálido, y de la flora y la fauna que abundaba en la finca. Una vez llegaron al pabellón circular construido en las inmediaciones del caudaloso lago, tomaron asiento en el banco de piedra interior. Se agradecía la brisa que traía el agua.

—¡Suéltalo, Meg! ¡Me tienes en ascuas! —rogó Bella con su mejor sonrisa—. Y no se te ocurra decirme que esta caminata no tiene una finalidad porque no te creería. En los dos años que hace que nos conocemos, nunca hemos compartido una conversación a solas.

La americana rio, sintiéndose pillada.

—Hay una consulta que necesito hacerte —admitió—. Pero antes tendrás que prometerme que esta charla no saldrá de nosotras.

El mohín de Bella fue divertido.

—¡Soy buena compartiendo secretos! Además, conocer algo que guarda relación con el gran secreto —enfaticó—, y tener prioridad frente a las demás, ya te garantiza mi complicidad.

Megan no estuvo segura de si se estaba burlando de ella, pero, como había decidido lanzarse, lo preguntó:

—¿Es cierto que sabes bailar la danza del vientre?

Por un instante, el semblante de la pelirroja palideció, aunque se recuperó de inmediato.

—¡Espero que Andrew haya tenido buenos motivos para contarte ese detalle! ¿Qué más te dijo?

—Nada en absoluto —confesó Megan, temerosa de haberla ofendido—. Bueno, sí, que muy poca gente lo sabía.

El suspiro de Bella sonó audible. Sofocada, por el calor y los nervios, se incorporó para dar unos pasos.

—¿De verdad no te contó nada?

—¡Te lo juro, Bella! Pero, aunque lo hubiera hecho, yo también soy buena guardando secretos. No sé qué ocultas ni es de mi incumbencia. Todos tenemos fantasmas en nuestros baúles —replicó sincera, tirando de su mano para obligarla a sentarse—. Ven, por favor, y no te angusties. No era mi intención al traerte aquí.

—No es por mí por quien los guardo —replicó la otra, más tranquila—. Es la reputación de Michael la que debo preservar.

—Él es un marqués y a los hombres se les disculpa todo, no creo que tengas que preocuparte. Pero respeto tu decisión.

—No soy viuda —admitió Bella, necesitada de un desahogo con otra mujer.

La americana tomó su mano con cariño y la apretó en su regazo, la mirada fija en la azul que se le confiaba.

—No tienes por qué...

—¡Ya lo sé! ¡Pero sería liberador no mantener secretos toda la vida! —Suspiró—. En realidad, sé que podría contárselo al resto de las chicas, pero nunca me atreví a poner en voz alta mis miedos. Cuando conocí a Michael y al resto de sus amigos yo era artista en Cardiff. Él me sacó de aquel mundo sórdido. —Hizo una pausa, aguardando la reacción de Megan, pero esta se limitó a asentir, sin rastro de reproche en su semblante—. Cantaba letras provocativas y bailaba con las piernas al descubierto. Ellos... —Rio, evocando sus rostros—. ¡Éramos tan jóvenes! Se habían escapado por unos días de sus estudios, buscando aventuras... ¡Y los dejé pasmados! Aún recuerdo la mirada de Michael, clavada en mí con un arrobado adolescente. Sus amigos tuvieron que zarandarlo para que reaccionara cuando me invitaron a su mesa. Me propusieron obscenidades sin tregua hasta que Michael le pegó un puñetazo a William por ofenderme. —La carcajada sacó lágrimas de sus ojos—. ¡Nos expulsaron a los cinco tras la pelea que se formó! Los parroquianos no se tomaron a bien que unos señoritos ingleses se tomaran libertades conmigo y acabaron todos a golpes.

Megan sonrió también, contagiada del espíritu alegre de Bella, y ocultó con prudencia su asombro al saberla tan descocada en su juventud cuando ahora personificaba la elegancia aristocrática de una dama.

La mirada azul estaba perdida en el ensueño, evocando tiempos lejanos.

—Acepté que me llevaran a su pensión porque dormía en los altos del

teatro y mi jefe me dejó bien claro que ya no me quería por allí. ¡Y aron una habitación para mí sola! Esa fue la primera sorpresa. Estaba segura de que me harían devolverles la estancia con mis favores, pero Michael me aseguró que no era necesario. A la mañana siguiente bajé al comedor, convencida de que se habrían largado, y sin embargo allí estaban, haciendo piña alrededor de Michael, quien me suplicó que les acompañara en su regreso a Londres. No tenía nada que perder así que transigí. Más tarde sabría que esa noche habían hecho un pacto de caballeros de que guardarían silencio sobre mí... y dejarían vía libre a Michael para conquistarme.

Megan emitió un suspiro de placer, fascinada por la historia que estaba escuchando. Si ya tenía en alta estima al grupo, lo que acababa de saber les encumbró todavía más. Bella rio, captando la empatía de su compañera.

—¡Eso fue solo el comienzo! Desde entonces les he acompañado a todas partes. Pese a mi condición de mujer y de compañera de Michael, me han respetado y tratado como a uno más. Michael se inventó la identidad de viuda para darme respetabilidad. Alquiló una casa para mí y he logrado pequeños ingresos traduciendo al italiano algunos textos y escribiendo cartas. Se me dan bien las letras. Además, aprendí todo lo que ellos me enseñaron sobre buenas maneras. Haber sido actriz me ayudó a enmascarar mis deficiencias, pero con el tiempo he logrado meterme tanto en el papel que ya no me siento una impostora.

Megan parpadeó, admirada. Su entusiasmo alegró más si cabe el semblante de la galesa, liberada al contar lo que llevaba cerca de veinte años escondiendo.

—¡Te aseguro que nadie se atrevería a negar que eres una dama! ¡Tienes mejores modales que yo!

Bella rio, traviesa.

—¡Pues ya ves! Provengo de una ciudad donde la minería o el contrabando son el sustento. Mi madre se quedó preñada de un comerciante que se encaprichó de ella del mismo modo que Michael conmigo. Solo que él estaba casado. También ella bailaba para huir de un padre borracho que se gastaba el jornal de la mina el mismo día que lo ganaba. —Su mirada expresó cuánto le dolía recordar aquella época—. Crecí en las traseras de un teatro, en una pequeña casa que mi padre alquiló para mi madre. Él era italiano y cada vez que podía se escapaba a Gales para estar con nosotras, pero un buen día, cuando yo contaba doce años, dejó de llegar. Supongo que murió, porque

jamás supimos de él. Unos meses más tarde, mi madre falleció de pulmonía y pena. Con lo cual no tuve más opción que ocupar su puesto en el escenario.

—¿A los doce años? —El espanto de Megan arrancó unas lágrimas de Bella, de repente acongojada.

—No sé qué fue peor, si la desaparición de mi padre, al que adoraba porque siempre me traía regalos y disfrutábamos hablando en su lengua, o la de mi madre... ¡O tener que cantar para aquella tanda de borrachos entre los que se encontraba mi abuelo! Muchas veces me escupía en la cara, diciéndome que era como su hija, una altanera desgraciada que no servía ni para abrirse de piernas.

Megan la estrechó en sus brazos, calmándola con suaves caricias en su espalda, horrorizada de conocer un pasado que podía considerar infinitamente más oscuro que el suyo. Cuando logró tranquilizarla se disculpó por haber dado pie a tan ingrata conversación.

—¡Lo siento mucho, Bella! De haber sabido que te iba a provocar este estallido me habría guardado mis tonterías.

Ella la calló, abrazándola de nuevo, confortada por el desfogue.

—Creo que lo necesitaba, Meg. Además, esa fue la parte mala. Cuando apareció Michael mi vida cambió por completo.

—¡No tienes que contarme...!

—¡Pero es que me gustaría hacerlo! Si a ti no te importa.

Megan denegó, pesarosa.

—Agradezco tu sinceridad. Escucharte me hace ver mi vida de otra manera.

—Sé que también has sufrido. Aunque tu daño haya sido de otra naturaleza. ¡Las personas que vivimos con un trauma dentro nos reconocemos!

—¡Yo jamás imaginé que tú hubieras pasado por situaciones así! —protestó Megan—. No reconocí tu dolor.

La mano delicada de la galesa acarició el cutis fino de la americana en una cálida caricia.

—¡Ah, Meg, pero es que yo fui actriz!

—Me concedo una disculpa, entonces. —Se incorporó, agotada del mal rato pasado—. Vamos junto al agua. Necesito una pizca de brisa.

Pasearon bordeando las riberas mientras Bella retomaba su historia.

—Los chicos se portaron conmigo como hermanos. ¡Sería capaz de dar la

vida por ellos! No hay uno al que no deba un favor. Sobre todo, a Andrew. — Su nombre hizo que Megan detuviera los pasos, expectante—. Quiso batirse en duelo por mí.

La americana se sofocó, impactada, y Bella confirmó lo que todos suponían: que, entre aquella pareja, además de una fiesta se estaba fraguando una unión. Por eso se deleitó al contarlo.

—¡Un caballero me reconoció en un sarao! Me acompañaba Andrew porque William en ese entonces ya estaba con Clarence, y Devon llevaba a una de sus amigas del momento. Michael andaba en París, gestionando unas tierras de su padre. Yo no quise acudir y él se empeñó, con la excusa de que no tenía *partenaire*. Lo hacían siempre cuando Michael se ausentaba, cuidar de mí. El caso es que estábamos en la terraza, tomando el fresco, cuando un hombre se acercó y sin prudencia alguna me llamó por mi antiguo nombre y solicitándome un baile. Andrew lo despachó con su típica altanería, pero como el otro llevaba unas copas se puso pesado y atrajo la atención sobre nosotros. Así que, el duque, antes de que se armara más grande, lo arrastró a los jardines y lo retó a pistolas. —La carcajada de Bella resonó en el campo—. ¡No imaginas su rostro! ¡Devon estaba pidiéndole los padrinos cuando salió por piernas y no lo volvimos a ver!

Megan rio también, con envidia por una camaradería que ella nunca había experimentado con sus hermanos. Solo con los indios algonquinos. Se prometió que algún día le devolvería a Bella su confianza hablándole de ellos.

—¡Sí que supieron cuidarte!

—¡Siempre! Desde los dieciséis años soy la mujer más mimada de Inglaterra. ¡Curiosamente, por los más famosos libertinos de la época! Se ocuparon de que tuviera compañía femenina, de que no destacara demasiado... Me enseñaron a bailar, a moverme, a usar cubiertos... Cuando William se enamoró de Clarence, ella entró en el club; aunque me temo que soy el único secreto que el conde tiene con su esposa. Si Clarence lo sabe, no me lo ha dado a entender y, no obstante, es tan perspicaz y adorable que me hacía llegar ropa de la que se confesaba aburrída sin ni siquiera haberla usado, o me regalaba sombreros si acudíamos juntas de compras, o guantes, o cualquier fruslería. —Sus ojos volvieron a empañarse—. Si ellos son maravillosos, sus mujeres no les han ido a la zaga. Sin preguntas, me han integrado en el círculo como una más.

Megan volvió a abrazarla, conmovida.

—¡No eres la única! Yo también me siento integrada y tampoco preguntaron.

—Creo que todas entendemos que cada una tiene su momento. Después de haber hablado contigo, he decidido que aprovecharé algún domingo de chicas para ponerlas al corriente también. Mostrados los miedos te das cuenta de que son tonterías. Nada va a cambiar el cariño que sienten por mí.

—¡De eso puedes estar segura! Al contrario, te querrán más.

Bella acarició de nuevo sus mejillas y dejó un beso sobre ellas.

—Recuérdalo tú también, Meg. Y ahora que ya sabes de mí, cuéntame, ¿por qué preguntabas lo del baile?

La cogió descolocada, metida como estaba en el relato. Miró el sol que ya calentaba menos y la asió del brazo, decidida.

—¡De camino a casa! Se nos va a hacer tarde para la cena y esta noche nos acompañará el duque.

Andrew se presentó en la casa con la camisa almidonada, el pañuelo al cuello ligeramente desaliñado, un chaleco unos tonos más claros que el azul de su chaqueta y pantalones oscuros de montar. Había llegado a caballo, con su peculiar estilo prepotente. Las flores las envió por adelantado, sirviéndose de unos lacayos, y sonrió con suficiencia al ver las rosas adornando la mesa.

Beth le salió al encuentro en calidad de anfitriona, disculpando al resto de mujeres que estarían presentables enseguida y Steve le ofreció un brandy.

—¡Gracias por las flores, Andrew! ¡Son magníficas! —Sonrió con su característica dulzura Elizabeth—. A Bella le pareció bien que las nuestras decoraran la cena, pero Meg prefirió llevarse las suyas a su gabinete.

—¡Muy sutiles tus mensajes! —musitó con sorna Steve mientras le tendía la copa.

La rubia ceja se alzó con ironía, pero el americano no se dejó amedrentar.

—Saben lo de ese dichoso lenguaje —informó mordaz.

—Eso esperaba.

La risa de su amigo quedó cortada por la presencia de las dos invitadas.

El vestido de gasa anaranjado de Bella resaltaba su cutis, y el peinado de tirabuzones en cascada, su esbelto cuello. Con una sonrisa deslumbrante, besó una mejilla al invitado.

—¿Cómo haces siempre para lucir tan guapo?

—¡No está bien adelantarse en los halagos! —reprochó él, mirando por encima del hombro la presencia de Megan—. Me dejas en mal lugar.

Bella rio, pellizcándole el mentón.

—Gracias por las flores.

—Tu belleza las merece —replicó, esta vez más rápido. Luego se volvió a la mujer que aguardaba en la entrada del comedor—. ¿Puedo decir que me has dejado sin aliento?

Megan sonrió al advertir su parte canalla. Dominaba el arte de repartir lisonjas entre las damas.

—Pues espero que te recuperes pronto. ¡La comida es espléndida y sería una pena que te la perdieras! —replicó, burlona, aun siendo consciente de que se había esmerado en su atuendo—. ¡Gracias por las flores igualmente! Mi dormitorio huele de maravilla.

Beth abrió los ojos con sorpresa al escuchar el procaz comentario, pero su esposo la atrajo a su pecho, contento de reconocer a la descarada hermana de Boston que hasta el momento presente no había dado visos de seguir viva. Con una mirada cómplice, agradeció al duque su participación en el milagro mientras el aristócrata concluía la copa de un trago y ofrecía sus brazos a las damas.

—¡Tengo un hambre de mil demonios! ¡Veamos si es cierto que esa cena es tan espléndida!

A Andrew le costó apartar la vista del escote que dejaba asomar el canal de los pechos que tan bien conocía, así como de la piel tentadora que los brazos morenos presentaban. El vestido, de color rosa pálido, con cintura baja y sin crinolina, permitía que la seda se pegara a las piernas de amazona y a las perfectas caderas de Meg. Se le hacía la boca agua de pensar en sentarla en su regazo y comérsela entera. Agradeció que la mesa tuviera un mantel que les cubría las rodillas porque su estado de excitación, bajo el faldón de su chaqueta, lo pondría en evidencia si se descuidaba.

Megan, como si lo supiera, le sonrió con descaro, rio sus comentarios mordaces y paladeó los platos con una lentitud enloquecedora, pasándose la lengua por los labios o chupando la cuchara con fruición.

Andrew se juró tomar venganza.

El resto tomó nota, aunque disimuló, pasando de una conversación a otra con fluidez mientras degustaban los exquisitos platos que Beth había

ordenado. De vez en cuando hicieron intentos de averiguar sobre la fiesta, pero tanto Megan como él se mantuvieron insobornables.

Tras los postres, Steve propuso tomar un brandy en compañía de las mujeres y se trasladaron al pórtico trasero para disfrutar de la noche de luna creciente. Ellas usaron chales para protegerse del fresco y Andrew, presto, ayudó con el suyo a Megan y aprovechó para acariciarle la piel del cuello.

—No has tenido que echarme a los leones.

Una sutil sonrisa surcó los sensuales labios y provocó un tirón en su entrepierna que debió apaciguar respirando hondo.

—¡Lo he llevado todo el día! ¡Ya ves que no! Eres un buen consejero.

Quitó el trabajo de apartar la silla al criado para seguir cerca de él.

—¡Si no me devuelves el favor de la otra mañana me va a salir un sarpullido bajo la barba!

Megan rio por lo bajo, atendiendo un comentario de Bella, no sin antes enviarle un gesto de asentimiento que lo dejó expectante.

A una hora prudencial, Bella se retiró y Steve incitó a Beth a hacer lo mismo. Ella, divertida por el descarado recién descubierto de su cuñada y asaltada por las manos de su marido en la cintura, dejó aparte los convencionalismos y se despidió de la pareja.

Andrew invitó a Megan a dar un paseo por la arboleda. Se alejaron de la casa mientras el personal recogía el porche y se retiraba también, dejando unos faroles encendidos.

Apenas quedaron ocultos bajo los árboles, Andrew cercó las caderas de Megan y la atrajo a las suyas para mostrarle cuánto había sufrido con su procacidad.

—¡Me has llevado al límite! ¿Lo sabías? ¡Chupando cucharas, lamiéndote los labios! No sé cómo no he saltado sobre ti en la mesa y hemos ofrecido un espectáculo.

Megan se alojó en su hombro y disfrutó del contacto. Estaba tan ansiosa como él y lo había azuzado sin piedad porque desde la conversación con Bella sentía que la ternura le explotaba en el pecho y anhelaba sus caricias.

—Eres un duque. Confiaba en tu control.

—Este duque —recalcó, restregando su pelvis contra ella— no goza de mucho control cuando estás cerca. —Sus manos comenzaron a abrir los lazos de la espalda. Esa noche sí llevaba corsé y maldijo entre dientes—. ¿Tenías

que poner el paquete tan a cubierto?

Ella rio con un tono sensual, bajo, que le aceleró los sentidos.

—¡Meg! —Apartó las manos de la espalda para atraerla a su boca y devorarla con un beso pleno, recorriendo con la lengua cada recoveco de su interior. Arrancó gemidos que lo cegaron de deseo—. ¡Vas a hacer que me corra como un necio sin experiencia! —replicó, desconcertado.

Megan lo miró a los ojos, supo que era cierto, y con ademán decidido lo empujó contra el tronco de un abeto, le abrió la pretina del pantalón y se arrodilló frente a su sexo para engullirlo con pericia, asombrando a un Andrew que no pudo objetar nada porque se derretía entre sus labios. Fue rápido y él soltó una palabrota al desfogarse, incrédulo de haber cedido de aquel modo a recibir placer antes de darlo. Abochornado, atrajo a Megan a su pecho para verle la cara y el enfado se esfumó de golpe al captar sus ojos vidriosos, sus mejillas arreboladas y sus labios húmedos e hinchados por el goce que le había proporcionado. La besó, saboreándose a sí mismo en su lengua, y notó cómo su sexo se endurecía de nuevo, impaciente por corresponderla como debía.

Sin mediar palabras, bajó el corsé con brusquedad, se metió un pezón en la boca y lo succionó. Las caderas de Megan se hundieron tanto en las suyas que solo tuvo que alzarle la falda y hundirse en ella, regocijado al notar que no llevaba ropa interior. Se movieron al unísono, habiendo aprendido el uno del otro el compás de las acometidas. Llegaron al clímax juntos, mordiéndose los labios y arañándose la piel.

—¡Dios mío, Meg! ¡Ha sido... ha sido...! —susurró, conmovido.

Ella lo acalló con un beso tierno mientras se apoyaba en su hombro.

—Lo sé, duque. Lo sé.

Mantuvieron el abrazo hasta que los latidos de su corazón se frenaron y pudieron apartarse y recomponerse la ropa.

Megan sentía su piel caliente y magullada, y Andrew aún siguió turbado por no haber podido controlarse. No pasaba por semejante vergüenza desde que era un adolescente y su padre lo llevó a «hacerse un hombre» a un burdel de su confianza. Después le sobrevino otro pensamiento distinto: por primera vez en su vida había sido descuidado. ¡Megan podría quedarse embarazada! Sin embargo, no sintió pesadumbre. Quería convertirla en su duquesa, y si bien prefería que ella estuviera de acuerdo, podía ser otro modo de lograr su objetivo. Con una sonrisa complacida, le retiró las pocas horquillas que le

quedaban en el pelo y se lo peinó con los dedos, saboreando su textura.

—¡No sé qué tienes más satinado, si el cabello o la piel! —Depositó un beso en su cuello y la tomó del brazo para seguir caminando.

—Es cosa de familia —bromeó Megan, halagada por sus mimos—. A mi edad ya deberían asomar las arrugas.

—¿Te estás llamando vieja? —se admiró, provocador.

—¡Cumplí los veinticinco, duque!

—¡Y yo los treinta y uno! —Frunció los labios con ademán irónico—. ¿Te parezco un anciano? Porque más bien me he portado como un quinceañero.

Ella notó cuán mortificado estaba y le acarició la mejilla con burla.

—¡No fue tan malo! Me diste la oportunidad de demostrarte que yo también sé darte placer.

Por un segundo Andrew sintió celos del hombre con el que ella había estado. ¡Celos él, de nuevo, como cinco años atrás!, pensó atónito. Pero supo que estropearía la noche si preguntaba.

—Sí, lo hiciste muy bien —asintió con prevención—. Pese a lo rápido que pasó todo.

La carcajada de Megan resonó entre los árboles.

—¡Anda, olvídale! Si lo piensas con detenimiento, ha sido un cumplido hacia mí. ¡Te he resultado irresistible!

—¡No lo dudes! —gruñó, besando la piel de su garganta—. Me has martirizado durante toda la cena.

—¡Sí, fui un pelín malvada! —admitió satisfecha antes de cambiar de asunto—. Esta tarde conversé con Bella. No te enfades, pero tuve que confesarle un poquito de lo que estás planeando. —Su pletórica sonrisa destacó en la oscuridad nocturna—. ¡Va a enseñarme la danza del vientre! ¡Y cree que, una vez que nos compenetremos, podremos enseñársela a las chicas sin dificultad!

Andrew suspiró, conforme. Quería que fuera una sorpresa para todos, pero reconoció que contar con Bella como aliada sería una buena baza. La sondeó con su habitual aire depredador.

—¿Bailarás para mí cuando la aprendas?

—Bella dice que deberíamos confeccionar trajes para todas, incluida Elena. Que podemos darle un aire divertido en vez de descarado. De ese modo nadie se sentiría desplazado —replicó desentendiéndose de la petición,

sonrojada por la imagen de su cuerpo enfundado en tan escasas ropas.

—Lo dejo en tus manos —murmuró, atrapándola en sus brazos—. ¡No me has respondido!

—¡Andrew, no más besos! Me arde la cara y no podré disimular el roce ni con tus afeites —suplicó, avergonzada.

Él soltó un reniego y un «Me afeitado mañana», que la hizo reír.

—¡Ni hablar! Un marajá es un marajá. A Steve también le raspa la cara. ¡Ya veremos si mañana Beth es capaz de camuflarse como lo hago yo!

Andrew rio también. Por la mirada de su amigo sabía que aquella noche la tenía entretenida, pero lo que más le agradó fue el descaro de Megan.

—¿Ese monstruo ya existía o lo he creado yo?

Ante su fingido espanto, Megan rio, contenta. El fugaz pensamiento de que llevaba muchos años sin sentirse feliz cruzó como un ramalazo su mente, pero lo apartó para no romper la magia de esa noche. Todavía debía confesarle otras cosas.

—Bella me contó su historia. Y la amistad que le une a vuestro grupo.

Andrew arqueó las cejas. No es que le sorprendiera lo que ella pudiera lograr, pero era una conquista asombrosa que Bella depositara su confianza en otra mujer. Con ternura, le acarició el rostro.

—Diría que eres la primera a quien se confiesa.

—Sí. Pero lo hará con las chicas en cuanto tenga ocasión. Ya no quiere más secretos.

—¡Nunca debió tenerlos! —opinó él—. Bella se hace querer y ninguno de nosotros va a juzgarla. Si respetamos su decisión fue porque siempre le acobardó perjudicar a Michael.

—¡Menos mal que pueden casarse al fin! —Parecía una chiquilla romántica, entusiasmada por el desenlace—. ¿Sabes? Si antes Michael me parecía encantador, ahora... ¡Ahora me resulta un caballero andante! ¡Llevan juntos media vida!

—Y te garantizo que nunca le ha sido infiel —admitió él, ensimismado—. El resto pasamos la etapa de los devaneos, las amantes y las locuras. Pero ellos siguieron juntos, centrados el uno en el otro. Pensándolo bien, son la pareja más enamorada de todas.

Megan sonrió, nostálgica, y el silencio se instaló entre ambos. De regreso a la casa, Andrew le susurró al oído.

—Ya que ese puesto está asignado, quizá podríamos hacernos con el de

los más apasionados.

Megan entrecerró los ojos, menos traviesa de lo que aparentaba.

—¡Ah! Pero ¿nosotros somos pareja? Creí que esto no tenía definición.

Andrew le sostuvo la mirada, calibrando si merecía una réplica, pero optó por callar. Debía jugar bien sus cartas, así que, se limitó a besar sus labios.

—¡Felices sueños, pequeño monstruo! Te espero mañana para seguir con los preparativos.

Sin demora, la dejó en el porche y recogió su caballo en el establo.

Megan quedó bajo la luna, viéndolo partir. Notaba cómo el corazón le golpeaba en el pecho con intensidad. Le asustaban los sentimientos que la embargaban cuando estaba con el duque, bien en sus brazos, bien en su agradable compañía. ¡Algo le decía que aquella pequeña locura no iba a terminar a su gusto!

Capítulo 10

Las dos semanas pasaron en un suspiro. Incorporar a Bella al equipo les supuso mejorar detalles en los que no habían reparado. Los criados se dejaron seducir por el encanto de la galesa y los preparativos estuvieron a punto para el día acordado.

La noche anterior al encuentro Andrew las invitó a pernoctar en su casa con la excusa de que al día siguiente sería más cómodo disponer de ellas en las tareas de recibimiento. Durante la cena, Bella y él departieron animadamente compartiendo anécdotas de su juventud. Megan, por el contrario, se mantuvo retraída, desazonando al duque, quien anhelaba con todo su ser averiguar por qué se aaban con melancolía los ojos azabache ante ciertas conversaciones. No obstante, ella no había dado el paso de confesarle nada y él tenía miedo de perderla si se precipitaba. Era consciente de que lograba su complicidad mientras flirteaban y se hacían el amor, pero también sabía que bastaban unas simples palabras para que ella se mostrara distante e inabarcable. Debía hacer gala de todo su aprendizaje como seductor para no dejar traslucir el hombre cobarde en que se había convertido. Por más que le confesara a Steve que estaba dispuesto a arriesgar, lo cierto es que le daba pavor la posibilidad de que para Megan él no fuera más allá de un desahogo que le permitía disfrutar de un secreto revolcón. Jamás le había dicho que lo amaba y, no obstante, se entregaba a él con una franqueza que lo desconcertaba en una mujer de su clase. Quería creer que, en lo más hondo de su alma, ella sentía algo por él. Algo más que amistad.

Bella, notando el desasosiego de ambos, puso fin a la velada con una elegante excusa y les dejó solos.

Andrew se atrevió a proponer un paseo por los jardines. La luna estaba en su máximo esplendor y dibujaba los contornos de la carpa donde al día siguiente se celebraría la fiesta.

—¿No te apetece la celebración de mañana?

Megan se volvió, sorprendida, sin comprender el repentino aire taciturno del duque cuando había estado toda la noche de un humor envidiable.

—¿A qué viene esa duda? ¡Hemos trabajado muchísimo para que resulte espléndida!

Las manos de él enmarcaron su rostro con mimo.

—¡Nada me importa el trabajo ni el gasto si tú no vas a disfrutarla!

—¿Qué te hace pensar así? ¡Claro que la disfrutaré!

Las cejas fruncidas mostraban a las claras su desconcierto y él tuvo que suspirar y contenerse para no atosigarla a preguntas.

—Te encontré aada esta noche.

Ella pareció comprender y se encogió de hombros, dando unos pasos que la apartaran del camino central y de miradas indiscretas.

—Tal vez me dejé llevar. ¡Bella y tú tenéis tantos momentos en común! En cierto modo me he sentido una intrusa. Por otro lado, he recordado cuán diferente era mi vida mientras vosotros disfrutabais de la vuestra.

—Una gran parte no fue divertida —objetó Andrew muy serio—. Bella ha soportado demasiados desplantes a pesar de que intentamos protegerla. El padre de Michael nunca supo de su existencia y ha sufrido mucho considerándose desplazada. En cuanto a mí, ya sabes que tuve que huir del país para olvidar a Axel. Me aparté de mis amigos, que son lo mejor que he tenido nunca. Fueron años de soledad, de matarme a trabajar para mantener la cabeza ocupada. Pero de esas cosas no hablamos. ¿Para qué? Ya pertenecen al pasado y, además, no se gana nada con recordar el dolor.

Megan sintió un pinchazo de celos. Era la primera vez que Andrew le confesaba abiertamente lo que había sentido por Axel. Lo mucho que ese amor le había martirizado. Y no pudo reprimir la pregunta.

—¿De verdad la has olvidado?

Andrew acercó su rostro al de ella y le susurró en la boca, tajante:

—Por completo.

Megan se perdió en el azul transparente de su mirada. ¡Quería creer sus palabras!

—¿Cómo puedes, si la amaste tanto?

—Porque es la mujer de Devon y ella lo ama a él —confesó, omitiendo que sus sentimientos no habían muerto del todo hasta que ella entró a sustituir a Axel en su corazón.

—No creo que se pueda amar con toda el alma y se pueda olvidar solo porque el otro no está. O no te corresponda —musitó ella, con la imagen de Lonan en su mente.

Andrew se mordió la lengua para no indagar. ¡No quería saber! No podía desmoronar sus esperanzas con una confesión de Megan horas antes de la

celebración. No quería emborracharse hasta perder el sentido porque una mujer le hubiera quebrado el espíritu otra vez. Para evitarlo, sacó a relucir su parte cínica y la atrajo a su boca, mordisqueándola con pericia.

—Prometo continuar esta conversación otro día. Pero si en algo me aprecias, Meg, necesito de ti un favor imperioso.

Ella volvió a sorprenderse con sus inesperados giros de humor. Se calentó al instante al sentir su boca invadida y sus dedos cercándole la cintura, estrujando la muselina ligera de su vestido de noche.

—¿Qué... qué favor? —tartamudeó mientras se aferraba a sus hombros para acomodar su cuerpo, que acudía al reclamo.

—Me debes un baile. Uno privado.

Ella rio, de repente atónita y divertida. ¡No existía un segundo de aburrimiento con él!

—¿Pretendes que baile para ti ahora?

—¡Ahora mismo! —La tomó de la mano y la condujo al interior de la carpa—. Confío en que puedas desnudarte sin más luz que la de fuera porque no quiero que mis empleados disfruten del espectáculo a la vez que yo.

Megan se dejó guiar hasta un rincón de la carpa. Su vestido de bailarina reposaba sobre un diván, pero faltaban las zapatillas. Solo estaba el sostén dorado y la falda con los pañuelos.

—Las pulseras te las daré mañana. ¡No quería que sonaran al moverte! También sueño con ver esos deliciosos pies deslizarse por las alfombras —susurró Andrew, acomodándose sobre un diván multicolor.

Megan le sostuvo la mirada un instante. Después empezó a desnudarse con deliberada lentitud, iniciando unos pasos que Bella le había enseñado, cargados de sensualidad. Se acercó al diván y le ofreció su espalda para que le desabotonara los lazos y el corsé y se apartó con destreza en cuanto Andrew realizó su cometido con manos poco firmes. Se negó a aceptar sus besos en el cuello y dejó caer la muselina al suelo enmoquetado mientras con la otra mano deshacía el moño y dejaba caer sus cabellos en cascada sobre la espalda desnuda. ¡Se sentía poderosa notándolo vibrar así por ella! Olvidó a Lonan y sus amargos recuerdos, y volvió a sentirse la jovencita que podía llevar al cielo a un hombre con una mirada. Cuando sus enaguas cayeron no se puso la falda. Tomó un pañuelo y lo anudó a su cintura, tarareando una música que creó en su cabeza. En un baile improvisado, con los pechos al aire, anudó uno a uno el resto de pañuelos y formó un vaporoso velo

alrededor de sus piernas, contoneándose con la elasticidad que sus muchas horas de cabalgar le permitían. Realizó sinuosos pases alrededor de Andrew, el cual la contemplaba extasiado, con su miembro a modo de mástil bajo los pantalones, mortificado por liberarse.

—Ven —suplicó con voz ronca.

—¿Ya no quieres que baile? —bromeó ella sin dejar de moverse.

—¡Mañana será un infierno verte hacerlo! La imagen de esta noche se ha quedado grabada en mis retinas. Ven —reiteró, absolutamente entregado.

Megan se arrodilló, rozó con sus cabellos la punta de sus botas y se mantuvo en posición servil, ofreciéndose, pero Andrew tiró de sus brazos, la sentó en su regazo y le mostró lo rápido que podía bajarse las calzas. La empaló en un único movimiento. Ella jadeó por la sorpresa y él le capturó la boca y poco a poco los pechos mientras aumentaba el ritmo de sus embestidas y la llevaba a un orgasmo tras otro. Cuando se desmadejó sobre su hombro descubrió que Andrew aún llevaba la chaqueta puesta y el pañuelo desordenado. Entre risas, apartó ambas prendas, clavó sus uñas en sus hombros a través de la camisa y le regó el cuello de besos.

—Gracias —musitó risueña.

Andrew la estrechó contra su pecho, escuchando los latidos de su corazón mientras el suyo propio se acompañaba. No supo qué decirle, temiendo pecar de impulsivo y confesarle cuánto la amaba.

Megan, desconcertada, se apartó para mirarlo.

—¿Estás bien?

—En el paraíso —asintió, quedo.

—¿Era así como lo querías? —intentó bromear, abrumada por su silencio.

—Contigo nada es como espero, Meg —aseguró al fin, perdiéndose en sus iris negros—. ¡Siempre es mejor!

Ella sonrió, insegura. Un temblor de felicidad le hizo tiritar la piel y él se apresuró a cubrirla con su chaqueta. Megan no quiso sacar al duque de su error, no quiso decirle que no era el frío lo que la estremecía, sino su modo de mirarla. Con falso desparpajo se despojó de la prenda, de los pañuelos y se vistió con premura, nerviosa por la mirada llena de no sabía qué con que la contemplaba Andrew. Antes de salir de la carpa, él aún la retuvo contra su pecho y le besó los labios con calidez.

—¡Duerme conmigo esta noche! Déjame compartir un poco de ese universo privado que me niegas.

Los ojos negros se oscurecieron más si cabe, apesadumbrada Megan ante la posibilidad de que su cercanía reviviera las pesadillas que la acosaban cuando sentía tambalear sus sentimientos, pero fue incapaz de negarse a la ternura de Andrew. Asintió con un gesto y él respiró tranquilo, sin imaginar el infierno que su petición desataría.

La nieve caía en copos gruesos, formando una espesa capa blanca sobre los huertos. Megan, abrigada con un chal de lana y guantes, corrió hacia la leñera y logró acarrear hasta la casa un canasto con troncos, dejando un rastro que se iba cubriendo conforme avanzaba. Resopló, angustiada. El frío era intenso, sin embargo, sabía que la lucha de los pokanoket contra el hombre blanco había comenzado.

Lonan se presentó tres noches atrás con sus armas y sus pinturas de guerra para regalarle un apasionado beso y un «Volveré, Nayeli», que la dejó acongojada. Le tranquilizaba que las mujeres se pusieran a salvo en las montañas del interior. Se había despedido de ellas y los niños, derramando lágrimas de amargura por no acompañarlas en su exilio. Su tía estaba en cama, con viruela, y la fiebre le impedía quedarse sola. No obstante, se preguntaba cómo de a salvo podía considerarse a un grupo de bravas indias que no estaban dispuestas a sucumbir al yugo del invasor. Megan lloró, convencida de que todas ellas preferirían verse muertas a dominadas o apartadas de sus creencias. Tallulah se había quitado su collar de conchas y se lo había puesto en el cuello antes de abrazarla con serena angustia, convencidas ambas de que sus caminos no volverían a encontrarse.

Mientras apilaba leña en la chimenea evocó la estampa de Lonan cortándola, mostrando una sonrisa amplia y su pecho desnudo, brillante por el sudor. Trabajaba sin ocultar un gesto pícaro de orgullo, haciendo gala de su dominio con el hacha, amontonando troncos y guiñándole el ojo para presumir de su fuerza. Ella reía como una jovencuela enamorada, sentada en un tocón y limitándose a pasarle vasos de la limonada que tanto le gustaba o secándole el sudor con un paño seco y aprovechando para regar sus músculos de besos.

Contuvo el sollozo que le explotó en el pecho y miró hacia arriba, asustada al percibir la silueta de su tía Rosmary tambaleante en el rellano de la escalera. El médico le había prescrito cuidados muy estrictos y, aunque le había administrado una vacuna, al igual que a ella, la fiebre había dado paso a

intensos dolores de cabeza y abdominales, y en las últimas horas su cuerpo se había cubierto de manchas. El doctor le había explicado a Megan que bajo ningún concepto tocara a la enferma sin protegerse la nariz o las manos, pero en aquel instante solo pudo soltar los troncos y precipitarse hacia ella para impedir que rodara por los escalones. No pensó en las posibles consecuencias, actuando por impulso. Logró llegar a tiempo para que Rosmary se desplomara en sus brazos y expirara entre gemidos.

Llorando, desgarrada por la soledad y el miedo, Megan la estrechó contra sí y permaneció muy quieta. Deseaba también la muerte, sin importarle seguirla en un camino en el que, su corazón se lo decía, ya la había precedido Lonan.

—¡Meg, Meg, cariño, despierta! ¡Es una pesadilla! ¡Despierta!

Andrew se sobrepuso a la aflicción que los abrumadores sollozos de Megan le provocaron y zarandeó su cuerpo con firmeza.

Ella lo contempló con la mirada perdida, sin saber en qué dimensión se hallaba, hasta que se dejó atrapar por la calidez de la voz que la arrancaba del sueño y se abrazó al pecho desnudo que la cobijaba. Las manos que acariciaban su nuca y su cintura le hicieron sentir miserable mientras su mente le gritaba que ella debería haber muerto aquel día, que no tendría que haber sobrevivido a los seres que amaba. Y, sin embargo, allí estaba, refugiada en los brazos de un hombre que había despertado el deseo en la piel, que le inspiraba desconcertantes sentimientos. Un hombre que no sabía nada de ella.

Andrew se apartó para encender una vela y después recuperó el contacto del trémulo cuerpo que ahogaba los sollozos en un puño cerrado, desviando la mirada. La obligó a enfrentarlo y le secó las lágrimas con los labios, susurrando palabras de cariño cual si fuera una niña pequeña. Cuando la supo calmada acomodó los almohadones y la arropó con mimo, ofreciéndole un vaso de agua.

—¿Mejor?

Megan asintió, confusa sobre si debía disculparse.

—¿Quieres hablar de ello?

—No... No lo sé.

Él acarició los mechones rebeldes que le rozaban las mejillas y despejó su rostro, angustiado al verla tan triste.

—Puedes contarme lo que sea. Lo sabes, ¿verdad?

Ella tragó saliva. ¿Lo que fuera? Imaginaba que sí, pero ¿y si él la despreciaba después de oírla? Lo tenía por un hombre de talante liberal, pero ni siquiera sus hermanos habían logrado entenderla a pesar de que la amaban.

Andrew pareció entender su reticencia e insistió:

—No hay nada por lo que yo pueda juzgarte, Meggy. Cualquier cosa azarosa que hayas hecho en la vida seguro que la he superado con creces.

A ella le gustó el nuevo apelativo. Esbozó un gesto aado y llevó sus nudillos a los labios para depositar un beso.

—Pero tú eres un hombre —musitó, cabizbaja.

La incrédula carcajada de Andrew resonó en la estancia.

—¡Creí que te habías dado cuenta de que me atraen las mujeres osadas!

Los ojos negros se clavaron en los suyos con amargura.

—¡Yo no soy osada! ¡Mi historia es muy simple! Me enamoré de un indio. A ojos de los blancos, apenas un adolescente, mientras que yo tenía diecinueve —decidió confesar las pesadillas que la acosaban; al menos una parte—. Nos hicimos amantes con el consentimiento de mi tía Rosmary y de toda su tribu. Para los pokanoket yo era la mujer de Lonan. —Las lágrimas se agolparon en sus ojos y las dejó resbalar, presa de la mirada anhelante de Andrew—. Era el hijo pequeño de Tala, la jefa de la tribu. Tenía otro hermano, Dasan, y una hermana, Oneida. Todos murieron masacrados hace poco más de tres años.

Andrew contuvo un suspiro. ¡Su contrincante estaba muerto! La noticia le inundó de una serenidad que le hizo sentir culpable, pero al menos, se dijo, existía una posibilidad. Megan no podía atarse eternamente a un fantasma. Contra un amante vivo quizá no podía competir, pero contra uno muerto la suerte estaba de su lado. Alargó la mano para secar los surcos que humedecían las mejillas pálidas, pero ella no se lo permitió.

—¡Yo debería haber muerto ese día, Andrew! ¡Yo tendría que haber sucumbido con ellos!

Él la encerró en sus brazos, ahogando un gemido.

—¡No digas eso! Tu destino era otro, ¿no lo entiendes? —La besó con ternura, sin querer asustarla—. ¡Si en tu camino hubiera estado morir lo habrías hecho! Si hoy estás aquí, entre mis brazos, será por algo.

Ella negó, apenada.

—¡No, Andrew! El destino me la jugó haciendo que tía Rosmary

enfermara y muriera en mis brazos. Me obligó a dejar que Lonan fuera a la batalla y que su pueblo desapareciera de la faz de la tierra mientras yo me debatía entre la vida y la muerte por haberme contagiado de la viruela. No pude acompañarles, y aunque estuve a punto de morir, sobreviví. Solo para añorarles tanto que...

Los sollozos regresaron, desgarradores, y él la estrechó contra sí, deseando hallar el modo de consolar su dolor, de hacerle entender que la vida era cruel con todos, pero que llegaba un momento en que tenías que dejar ir el sufrimiento o aprender a convivir con él. Lo sabía de primera mano. Había llorado como un mocoso en el barco que lo llevó a la India, e incluso meses después, añorando la presencia de Axel con una intensidad rayana en la desesperación. Pero ahora estaba allí, enamorado de otra mujer. ¡De una mujer que sufría por otro hombre! La maldita ironía de la vida le llevó a bufar bajito hasta que apartó a Megan y la obligó a mirarlo.

—¡Escúchame! Tienes que pensar en todo lo bueno que has aportado en Londres. ¡Eres una persona valiosa! Has sacado lo mejor de unos chicos de la calle, les has convertido en artistas. ¡Les has ofrecido un futuro! En cuanto a mí... ¿Qué puedo decir, Meggy? Has logrado que recupere la alegría.

Ella lo miró, perdida, sin comprender en profundidad sus palabras. ¿Le estaba diciendo que la consideraba importante? ¿Hasta qué punto? ¡No soportaría que Andrew se enamorara de ella! Lo último que querría era hacer daño al único hombre por el que su cuerpo y su mente habían vuelto a sentir. Se revolvió, buscando hacerse odiosa a sus ojos.

—¡No entiendes lo que pretendo decirte, Andrew! ¡Quise desaparecer! Me dejé morir. Me negué a alimentarme. Me... Me arrojé a un estanque con los bolsillos llenos de piedras. Obligué a mis hermanos a convertirse en mis guardianes hasta que Ruack decidió que necesitaba escapar de Boston. Por eso me trajo aquí.

Él gimió, imaginando que hubiera logrado su propósito. ¡Nunca se hubieran conocido! La estrechó más fuerte contra su pecho y le besó las sienes, agradeciendo al destino que la protegiera para él. Porque no iba a dejarla escapar. De ningún modo Megan huiría de su vida. Tenía treinta y un años y sabía lo que quería. ¡La quería a ella!

—Algún día se lo agradeceré a tu hermano —musitó sombrío—. ¡Ahora escúchame! Quedan unas horas para el alba. Por la mañana se nos llenará la casa de amigos y has trabajado mucho para hacerles felices. Por nada del

mundo querría que tú, precisamente tú, no disfrutaras de esta fiesta. Prométeme que aparcaremos este momento y lo retomaremos más adelante. Déjame que cuide de ti e intentemos descansar un poco. ¡Mis afeites son maravillosos, pero no consiguen milagros!

Su nota de humor hizo sonreír a Megan. Le acarició la mejilla poblada de barba rubia y le besó los labios acoplándose a sus brazos.

—Siempre consigues hacerme reír. Eres una bendición, Andrew.

Él no replicó. La estrechó más fuerte y cerró los ojos después de soplar la vela. No estaba seguro de que pudiera dormir, pero al menos disfrutaría del lujo de tenerla en sus brazos, confiada. Era el inicio de un futuro. Estaba convencido.

Capítulo 11

El alegre grupo que llegó a Wicklow Manor a media mañana lo hizo en medio de una considerable algarabía, la cual se incrementó al descubrir la enorme carpa con los frontales izados. Dentro se advertía un lujoso decorado de telas brillantes, cojines, lámparas labradas, farolillos de papel multicolores y otros elementos que provocaron comentarios elogiosos.

A la entrada de la casa una legión de criados y doncellas ataviados a la usanza hindú les aguardaba. Unos para recoger sus equipajes y las otras para regalarles collares con flores de bienvenida.

Andrew presidía la comitiva de recepción flanqueado por dos espectaculares damas vestidas de rojo y violeta respectivamente. Mientras él lucía un *dhoti*[\[11\]](#) de lino blanco y un *kurta*[\[12\]](#) azulón con bordados de plata, además de babuchas de piel de camello, y adornaba sus dedos con múltiples anillos, ellas semejabán diosas anas con sus doradas pieles al descubierto. Bella sonreía petulante ante el pasmo del resto de chicas, que se mostraron entusiasmadas por lucir idénticos atavíos. Su sari en tonos violeta, con cinta de plata que delimitaba los contornos y los dibujos que lo salpicaban aquí y allá, acompañado de un collar de amatista con pendientes y pulseras a juego arrancaron gritos de entusiasmo entre el personal femenino.

Steve Cameron, sin embargo, solo tenía ojos para su hermana, convertida en una beldad exuberante que lo retrotrajo a años atrás, cuando ella era desenfadada y disfrutaba mostrándose preciosa a ojos ajenos. Hubo de admitir que Andrew había logrado devolverle aquel espíritu. Sin menospreciar la belleza de Bella, pensó que su hermana resultaba la más tentadora de las presentes. Llevaba el mentón alto, consciente de su atractivo esa mañana. Con un sari rojo fuego, de espectacular acabado en un dibujo dorado semejante a flores que recogía en el brazo izquierdo, ajorcas de plata en sus muñecas e inmensos aros labrados en sus orejas a juego con la gargantilla, desafiaba a la fresca mañana inglesa con su cabello suelto revoloteando al viento. Estaba maquillada y lucía un lunar en mitad de sus delineadas cejas, al igual que Bella.

Se abrazaron todos entre risas y alabanzas, ilusionados por sumarse al espectáculo que el trío había organizado. En un aparte, el conde de Valmont

agradeció encarecidamente al duque que hubiera hecho extensiva la invitación a él y su esposa, ambos bronceados tras su regreso de Italia, y tan entusiasmado como el resto por la diversión que se les deparaba.

Megan y Bella, seguidas de unas no menos alborotadas doncellas, condujeron a sus amigas a una de las habitaciones de la planta baja. A continuación, les siguieron ellos, precedidos por Andrew, quien les acomodó en otra. Cuando volvieron a verse, todos usaban un vestuario sencillo, lo que provocó un patente desconcierto en los rostros de los recién llegados, aunque enseguida se dejaron guiar por la música de las flautas que les invitaban a refugiarse bajo la carpa.

Allí, delante de un altar presidido por un Buda dorado, iluminado con velas votivas, el anfitrión realizó una sencilla ceremonia de bienvenida en una lengua de la que nada entendieron, pero que dejó obvio su contenido cuando les sugirió aar una vela y pedir un deseo, acto que realizaron con la mayor seriedad uno tras otro. Después, con una sonrisa canalla, Andrew fue entregando un cuenco con polvo de colores a sus invitados y les indicó que salieran al exterior. En un claro bordeado de guirnaldas y faroles él fue el primero en enseñarles de qué iba el juego, estampando un puñado de polvos rosados en la cabeza de Devon, quien cogido por sorpresa no supo reaccionar hasta que Andrew hizo lo mismo con Michael y todos entendieron el motivo de las sencillas túnicas blancas. Acabaron multicolores en pelo, piel y ropa, pero desternillados de la risa porque les recordó a cuando en su niñez se tiraban bolas de nieve y terminaban empapados. Unas doncellas se apresuraron a ofrecerles toallas y cepillos para ponerse más presentables y les entregaron bebidas de colores que resultaron ser zumos de exóticas frutas mientras Andrew les explicaba que acababan de remedar una importante fiesta conocida como «el festival de los colores».

Divertidos, se prestaron a la siguiente actividad que trató de volar cometas, aunque unas cometas muy especiales, con figuras de animales en los que todos reconocieron la mano de Megan. Corrieron por las explanadas como chiquillos, jadeando y chillando para no entorpecerse unos a otros bajo la curiosa mirada de los sirvientes. Por fortuna el día estaba ventoso y los dragones, tigres de Bengala, rinocerontes, mariposas y pavos reales surcaron el cielo sin dificultad.

Había pasado la hora del almuerzo cuando se retiraron a sus habitaciones para darse un baño y mudarse las ropas, pero a nadie le importó que los

horarios no se correspondieran con los hábitos diarios. Entusiasmados, entre risas y jolgorio, bien dirigidos por los ayudantes que les habían asignado, reaparecieron una hora después en la carpa.

Mientras, el escenario se había transformado en un espacioso comedor con divanes y mesas bajas en las que se mostraban asombrosos manjares, aunque no tuvieron tiempo de degustarlos hasta más tarde, encantados de mirarse unos a otros. Los hombres portaban el mismo tipo de ropaje que Andrew en el recibimiento solo que distaban en el colorido de los kurta y los motivos que les adornaban. Ellos usaban blancos, rojos y dorados en su mayoría y babuchas a juego; sin embargo, ellas aparecieron con colores que las identificaban como sus preferidos.

Axel inició el desfile con un equipo en verde jade con tonos dorados. El vestido se componía de un corpiño con media manga que dejaba su estómago al aire y una falda de cuya cintura surgía una estola a modo de tartán que le cubría uno de los hombros. Por joyas lucía las esmeraldas que Devon le regalara años atrás.

Estaba tan deslumbrante que Megan observó a Andrew, quien, a su vez, miró apreciativamente a su amiga, pero luego le guiñó un ojo a ella tras susurrar un «Enhorabuena» que la colmó de satisfacción.

La segunda en hacer la entrada triunfal fue Clarence, con un modelo muy similar, pero en tonos azules y plateados, acompañados por unos aretes que le daban ese aire exótico que toda mujer hindú transmite. Su cabello rubio lo recogía en una trenza con zafiros incrustados.

Beth la siguió algo titubeante, con un vestido de una pieza, en rojo y oro; sencillo en la estructura, pero favorecedor en extremo. Además, Megan le había entretejido rubíes en el cabello y sobre la frente destacaba el mayor de ellos, justo sobre su lunar pintado.

Por último, Elena arrancó una ovación del grupo cuando giró sobre sí misma, entusiasmada con el color aguamarina que Megan le había elegido. Llevaba los bordes en dorado y se ajustaba a su esbelta figura como un guante. Por joyas, topacios y plata.

Los hombres las admiraron una a una, agradeciendo a Megan la labor realizada cuando Andrew les hizo partícipe de que había sido ella la encargada de vestuario. Con una sonrisa de lobo satisfecho, Andrew la tomó de la mano e iniciaron la marcha triunfal hacia los divanes donde se les serviría la comida. Una orquesta aguardaba en un rincón, llenando el aire de

notas melódicas que incitaban a la conversación ligera y la gula.

La celebración transcurrió en un ambiente festivo del que participaban activamente los mismos empleados de la casa, divertidos por los halagos tanto a sus vestimentas como a las maneras en que se conducían y las delicias que ofrecían. La cocinera y sus mozas, también con sari, salieron a recibir parabienes cuando los invitados dieron por concluida la comida y regresaron a sus cazuelas con lágrimas de felicidad por los aplausos recibidos. Todo Wicklow Manor era un festejo.

Se permitieron un descanso de media hora en sus aposentos, hasta que los tres conspiradores, como terminaron siendo llamados, les obligaron a iniciar otra actividad. Los hombres participaron de un partido de polo y ellas disfrutaron la tarde más divertida y escandalosa que habían protagonizado en sus vidas.

Megan acababa de colocarse el corpiño de flecos y la falda de pañuelos que dejaba sus esbeltas piernas al aire en los laterales cuando escuchó abrirse la puerta. No se volvió, pensando que sería la chiquilla que se encargaba de ayudarla con sus atavíos, y siguió poniéndose las zapatillas y las pulseras en los tobillos hasta que las firmes manos de Andrew la hicieron volverse con sobresalto.

Los ojos azules la contemplaban con tal veneración que se derritió de placer y le regaló un beso rápido antes de seguir con su indumentaria.

—¡Me has asustado! ¡Vete enseguida! Donna ha ido a buscarme unas horquillas.

—Le he rogado que me concediera unos minutos. Está en el pasillo —informó él sin apartar la vista del voluptuoso espectáculo.

Ella se los concedió porque le gustó el modo en que había dicho rogado en vez de ordenado. Eran esos detalles los que la hacían sentirse próxima a Andrew. Su modo de tratar a la gente, como si la diferencia de clases no existiera. En un par del reino era más de lo que se podía esperar.

Con mirada licenciosa se aproximó a su cuello y dejó en él un reguero de besos dulces. Andrew la rozó sobre sus caderas para que comprobara cuánta influencia ejercía sobre su cuerpo. Rio, encandilada.

—¡Maravillosa fiesta, duque! Todos hablan maravillas de ti.

—Nada hubiera sido posible sin tu ayuda —susurró él, en absoluto interesado en halagos en ese instante—. ¿Bailaréis todas?

—¡Todas! —asintió, regocijada—. ¡No imaginas las carcajadas de esta tarde! Y te vas a asombrar con Elena. ¡Se mueve con una gracia arrebatadora!

—Solo tendré ojos para ti —admitió, sincero—. Lo malo es que te recordaré con el atuendo de anoche en vez de con este. Espero que mis amigos estén tan animados que no se percaten de cómo me pones o corro el riesgo de que tu hermano me parta la cara.

Ella le acarició la barba y el bigote antes de posar sus labios con presteza sobre la boca que se había callado al percibir su ternura.

—Steve estará pendiente de Beth, no te preocupes. ¡Ahora vete! No quiero comentarios sobre nosotros.

Andrew se retiró con desgana, no sin antes besarle los nudillos de la mano que lo había tocado.

—¿Dormirás conmigo esta noche?

Las cejas de Megan se curvaron en un ademán de rechazo.

—¡No! ¡Sería arriesgado!

—¡Todos estarán acompañados! ¿Por qué tú y yo no podemos?

—Ellos son matrimonios.

Andrew pudo objetar que Michael y Bella aún no, sin embargo, de su boca salió otra propuesta:

—¡Cásate conmigo, entonces! Vayamos a Gretna Green esta noche, tras la fiesta, si así te quedas tranquila.

Megan le sostuvo la mirada, pasmada.

—¡Déjate de bromas, Andrew! ¡Y sal de aquí enseguida! Donna se estará mordiendo las uñas y me harás llegar tarde.

Él se debatió entre insistir o ceder, pero ganó el pensamiento de que no era el momento oportuno. De todos modos, dormiría con ella, se dijo.

Megan aún tuvo un instante para apoyarse en el tocador y acompasar la respiración antes de que Donna entrara, exultante de alegría, con las horquillas que le había pedido. Se negó a pensar en las palabras del duque. ¡Su oferta no podía ser auténtica! ¡Él no estaría tan loco de encapricharse más allá de para encamarla! ¡No podía considerarla su futura duquesa porque ella jamás podría aceptarlo! Tembló. La simple posibilidad de hacerle daño, a su ego o a su orgullo, la mataría de pena.

Los músicos tocaron detrás de un biombo decorado con motivos florales, ubicados en el salón de baile que se había transformado en un salón imperial

hindú. Los caballeros celebraron los detalles decorativos mientras degustaban unas copas de Oporto, aunque su interés duró lo que tardó un gong en anunciar un nuevo espectáculo y aparecieron las chicas con sus atuendos escandalosos. Estaban tan agitadas unas y nerviosas otras que ni se percataron del entorno.

Entraron en fila y se dispusieron en abanico, con Bella en el centro, presidiendo la escena. Mientras el resto mantenía la vista en el suelo, la galesa comenzó un voluptuoso baile que semejava el movimiento de una serpiente emergiendo de una cesta; después se lanzó al suelo y su cuerpo se contorsionó con sinuosos giros que hicieron contener el aire a los presentes. La magia se rompió cuando las demás imitaron los movimientos de las cobras y sus brazos tintinearón al son de las pulseras y sus piernas se arquearon, mostrando extremidades y ajorcas. Bella se incorporó con la soltura de una gata y su cintura inició un vaivén de caderas, incitando a sus compañeras a seguirla. Formaron un círculo multicolor de pañuelos y de cuerpos que se convulsionaban y dejaron a los espectadores tan embobados como excitados. Cuando la música llegó al paroxismo provocó resoplidos en ellos y rubor en las mejillas femeninas. Un retumbe final dio por concluido el espectáculo y las bailarinas desaparecieron del salón.

William consiguió reaccionar el primero y palmeó la espalda de su amigo y anfitrión con una sonrisa que no dejó de insinuarse canalla.

—¡Menudo salvaje eres, Perry! ¡Si no fuera porque mi mujer me ha puesto como un animal en celo y has conseguido que todas se lucieran con semejante descaró, te rompería la mandíbula de un puñetazo!

—Fue Meg quien las convenció —replicó él, con la voz aún rasposa por la lujuria de ver a Megan contonearse—. Según parece, no le costó demasiado.

—¡Son unas descaradas deliciosas! —opinó el conde de Valmont—. ¡Y qué demonios, me ha encantado ver a Elena soltarse el pelo!

Devon aún estaba sonrojado de haber contemplado a su madre medio desnuda en mitad de aquella miscelánea de cuerpos, y lo peor era que él también pensaba como su padre, que había estado a la altura.

—¡Señores, propongo tomar otra copa antes de la cena! Las damas deben recuperar sus atuendos y nosotros... la compostura —bromeó Andrew, a quien no le pasó desapercibida una mirada de Steve que sonaba a advertencia.

Se encogió de hombros y con una señal ordenó pasar a los criados que

portaban las bebidas, convencido de que antes de que acabara la noche volvería a tener una conversación con el que, esperaba, se convertiría en su futuro cuñado.

Las seis mujeres regresaron con sus vestidos de gala, solo que en esta ocasión cubrían sus cabellos sueltos con velos de la misma tonalidad que sus saris y se habían maquillado el rostro con exóticos dibujos en los pómulos. Sus asientos estaban enfrentados al de sus parejas, en mullidos cojines sobre lujosas alfombras. Los músicos seguían tras el biombo, proporcionándoles intimidad. Stephen fue el primero en romper el hielo, besando a su esposa en la muñeca que tenía más próxima.

—Me has hechizado, querida. De no estar hasta los huesos por ti, esta noche hubiera caído rendido a tus pies.

Un carraspeo embarazoso de su hijo le hizo reír con descaro.

—¿Te incomoda que ponga en voz alta mis pensamientos? Pues lo siento, Devon, pero ya soy un poquito mayor para que me tosas.

—Además, tía Elena ha resultado la mejor de todas, ¿verdad, Bella? —arremetió Axel, con los ojos brillantes como gemas.

—¡Tiene una flexibilidad envidiable, sí! —admitió la aludida con doble intención, arrancando una carcajada del conde de Valmont y ruborizando por duplicado a la madre y al hijo.

Andrew se decidió a salvar la situación, apiadándose de su amigo.

—Todavía no hemos terminado con las sorpresas. Nos queda la traca final.

—¡Más te vale que no incluya espectáculos como el de hace un rato o te dejaremos plantado en medio segundo! —replicó William, comiéndose con la mirada a su esposa—. Demos gracias a que la ropa que nos has dado es holgada o estaríamos poniendo en un aprieto a tus criados.

—¡Os dije que no trajeseis a los niños por algo! —recordó Andrew sin inmutarse, con su característico deje burlón—. ¡Estamos entre adultos! Un poco de desenfreno, teniendo en cuenta que pisamos suelo extranjero, tampoco nos va a matar.

—Puede que alguno sí muera esta noche —advirtió Steve, notando las miradas entre el duque y su hermana.

Megan se ruborizó al encontrarse pillada en falta. Para disimularlo, dio una breve palmada y, como si de la dueña de la casa se tratara, los sirvientes

fueron acomodándose cerca del grupo para servir el menor de sus caprichos.

A ninguno le pasó desapercibido que se dirigían a ella para cualquier consulta y estaban atentos a sus indicaciones. Sabían que Megan había pasado muchas horas entre aquellas paredes, pero también era fácil deducir que se había ganado el respeto de los empleados. Como si se deslizase por un río subterráneo, la posibilidad de que Andrew rehiciera su vida tomó solidez en la mente de sus amigos. Y todos se regocijaron por tal posibilidad. Axel la primera.

La cena transcurrió entre risas y parabienes por los sabores que se atrevieron a probar, algunos demasiado fuertes para sus paladares como el curry, el cardamomo o la pimienta; aunque mejor aceptación tuvieron el anís y la canela.

Terminada la comida con un suave licor de hierbas aromáticas, las doncellas pasaron pequeños cuencos donde flotaban rodajas de limón que sirvieron para limpiarse los dedos, los cuales habían usado a lo largo de la noche con divertida pericia en más de un plato, además de perfumados paños para secarse.

Encandilados con los sutiles detalles, se incorporaron a una señal de Andrew y lo siguieron al exterior para encontrar que la explanada de la casa se había convertido en un sendero de velas que conducía hasta una loma cercana, entoldada con farolillos que permanecían aados. Enseguida comprendieron el motivo cuando un primer cañonazo dio lugar a una sucesión de fuegos de artificio que iluminó el cielo estrellado de Wicklow Manor.

Embelesada, Megan mantuvo la mirada en las maravillas que la pólvora reproducía: animales, estrellas, cascadas de luz... Cuando el silencio se impuso y los aplausos arreciaron, su mirada buscó la de Andrew y la halló presa en ella, entregada. Con júbilo, le respondió y entonces él hizo una reverencia para indicar al resto del grupo a quien debían festejar por semejante despliegue. Asombrada, recibió las felicitaciones, incapaz de explicar que solo había sido una bien dirigida anfitriona. Andrew asió su cintura y aseguró que, sin ella, nada de aquello habría sido posible.

La música, como una encantadora de serpientes, se hizo hueco en el simulacro de templete y los faroles se encendieron para dar inicio a un baile convencional.

Megan se alejó unos minutos para impartir las últimas disposiciones a los trabajadores, además de felicitarles y desearles un merecido descanso. También les concedió permiso por si preferían llevar a cabo su propia fiesta ya que había espacio, comida y bebida de sobra para realizarla.

De vuelta, se topó con Axel, quien, aprovechando que Devon y Andrew fumaban unos cigarros, había acudido en su búsqueda. Los ojos verdes la sondearon con tanta admiración que asombraron a la americana.

—¡Eres una digna duquesa para Andrew, Meg! Me alegra que el destino lo haya dispuesto así, porque te juro que yo jamás habría sido tan perfecta para el papel como tú.

Sonrojada, Megan le huyó la mirada.

—Me temo que estás muy equivocada, Axel. Andrew me pidió ayuda y yo se la presté. Solo por eso me he tomado la libertad de ejercer de anfitriona estas horas.

—¿Por qué insistes en negar lo evidente? —La vizcondesa le sujetó la huidiza barbilla—. ¡Es patente la afinidad entre ambos! He visto esa mirada, que ahora te persigue, clavada en mí muchas veces. Pero ahora el duque solo tiene ojos para ti. Y yo me siento la mujer más feliz del mundo, porque lo quiero con locura y le deseo lo mejor. ¡Y tú eres lo mejor para él!

Megan se desasíó de sus manos, incapaz de aceptar las palabras de Axel. ¡No podía estar en lo cierto! ¡No podía amarla a ella! ¡Andrew no se merecía dos finales desgraciados! Con los ojos húmedos corrió hacia la casa como alma que lleva el diablo, y dejó a una perpleja Axel contemplando su huida.

Se había quitado el sari y las joyas y se había puesto un sencillo camión cuando él entró en la alcoba sin llamar, alterado al saberla angustiada.

Megan estaba en un rincón, oculta entre la cama y la pared, llorando y balanceándose como un niño perdido. Andrew, controlando el miedo de sus entrañas, se arrodilló a su lado e hizo un conato de tomarla en sus brazos, pero las dos palmas pintadas de henna se apoyaron sobre su pecho con férrea determinación y lo apartaron.

—¡Vete! ¡No quiero estropear la fiesta a nadie!

—Solo Axel sabe que desapareciste. El resto está entretenido.

—¡Tampoco a ella quería preocuparla! Ve y dile que estoy bien. Necesito dormir. ¡Por favor! Estoy muy cansada.

Había recuperado la voz, aunque la ronquera se le había acentuado con la

llantina, pero esta vez Andrew no la encontró sexy, desolado por su tormento.

—¡Explícame qué te aflige!

Las pupilas negras se clavaron en él como dos dardos.

—¡Vete, Andrew! ¡Que me haya acostado contigo no te da prerrogativas para meterte en mi vida! En ningún momento nos prometimos nada.

El semblante del duque logró mantenerse imperturbable, aunque su cerebro acusó el golpe y le temblaron las manos.

—Dime al menos qué ha desencadenado esto. Hace un instante estabas feliz.

Ella ocultó el rostro y denegó, desparramando su cabello por sus hombros y su espalda, granjeándose que las manos de Andrew volaran hasta ellos para acariciarlos.

—¡No me rechaces, Meggy! ¡Dime qué ocurre!; Déjame consolarte!

—¡Vete! —Lo empujó sin miramientos, rehusando el calor que le brindaba, odiándose por ser tan débil como para desear abandonarse a sus cuidados—. Tranquiliza a Axel, por favor. No quiero imaginar que Beth y Steve se enteren y vengan a verme.

Andrew dudó unos segundos, pero decidió seguir su consejo. Sería difícil explicar la reacción de Megan, ya que ni él mismo la entendía, pero peor sería que sus amigos se preocuparan y la agobiaran con preguntas. Quizá su estado fuera solo el resultado de un agotamiento nervioso. Había delegado en ella muchas decisiones y tal vez los nervios le pasaron factura esa noche, cuando todo había terminado.

Bailó una pieza con Axel, acalló sus temores y los de Devon, que estaba al corriente, y justificó la ausencia de Megan con una repentina jaqueca causada por el cansancio. Se despidió al poco rato para regresar a la alcoba.

La halló dormida. Con las mejillas húmedas y las sábanas alborotadas entre sus largas piernas. Siguiendo un impulso, cerró con el pestillo la puerta, se desnudó, y se tumbó a su lado.

Megan se despertó con la luz de la mañana traspasando sus párpados. Le dolía todo el cuerpo y notó los miembros entumecidos. Un quejido involuntario escapó de sus labios. Solo entonces reparó en las pupilas azules clavadas en ella. Reprimió el sobresalto y ensayó un gesto de fastidio.

—¿Qué haces aquí, duque? ¿Cuestionando mi reputación?

Él hizo caso omiso a la puya. A pesar de no haber pegado ojo en toda la

noche se sentía fresco, preparado para afrontar cualquier eventualidad. No había parado de conjeturar los posibles motivos para la actitud de Megan y pese a no haber llegado a ninguna conclusión, sabía que se enfrentaría a lo que hiciera falta con ahínco.

—Te has quejado. ¿Estás dolorida?

—¡Como si uno de tus elefantes me hubiera pasado por encima!

—Tengo solución para eso —replicó, con una sonrisa despreocupada que logró engañarla.

—¡Tú siempre tienes soluciones para todo, duque!

Más relajado al percibirla confiada, se incorporó, desnudo como estaba, y buscó un frasco de aceite de los que las mujeres habían usado como loción.

—Quítate el camisón y date la vuelta. Te daré un masaje.

La desconfianza asomó a los iris azabache, pero él la conminó con un breve cachete en las nalgas y ella se dejó convencer, subyugada por su paciencia. Le extrañaba que Andrew no hubiera iniciado un acercamiento sexual habiendo dormido juntos, como al parecer habían hecho, aunque las ojeras de él no le daban un aire muy descansado. Tampoco latía tensión en ese momento, más bien transmitía ternura.

—¿Esto también lo aprendiste en India?

—¡No sabría decirte si lo aprendí! Me limité a ser el receptor. Pero creo que podré recordar los movimientos básicos.

Durante un rato permanecieron en silencio. Las versadas manos recorrieron la anatomía femenina de abajo a arriba, con minuciosidad, deshaciendo nudos en los músculos entumecidos, estirando tendones, relajando la tensión de la espalda y la nuca. Para asombro de ambos no sintieron la tentación de convertirlo en sexo. La mente de Andrew se mantuvo alerta, pendiente de cada suspiro de placer de Megan, deseoso de ayudarla a recuperar la paz perdida la noche anterior. Ella, aunque se excitó por el tacto de las manos en su piel al inicio, se dejó llevar por la laxitud del masaje y se entregó a la delicia de ser mimada.

Cuando Andrew lo dio por concluido, ella se volvió y le besó las palmas, adormilada. Musitó un sincero «Gracias» y cerró los ojos de nuevo.

Con un suspiro, él calculó la hora solar y dedujo que todavía podía dormir un par de horas hasta que sus invitados dieran señales de vida. Se amoldó a la silueta de Megan y descansó también.

Andrew apareció por el saloncito donde se servía el desayuno con pasos desenvueltos, esperando encontrar reunidos a parte de sus amigos, sin embargo, solo Steve estaba levantado. Despidió al señor Hasting y se sentó a su lado.

—¿Has dormido bien?

—Juraría que mejor que tú. No tienes buen aspecto.

—Solo he descansado una hora. Tu hermana me roba el sueño —admitió. La mirada negra se clavó en la azul con una advertencia severa.

—¿Estuviste con ella?

—Sí —confesó sin querer advertir la mandíbula apretada de Cameron—, durmió a mi lado.

—¿Y con eso qué pretendes que entienda?

—Ya te dije que Meggi será mi esposa.

A Steve Cameron no se le pasó por alto el apelativo cariñoso que el duque adjudicó a su hermana. Debía tenerlo en la intimidad porque en voz alta jamás se lo había oído antes. Su espíritu fraternal salió a relucir.

—¡A mí no me has pedido su mano!

—¡Ni lo haré! Es bastante mayorcita para concedérmela sola.

Steve se sublevó, mascullando un impropio.

—No sé qué ha pasado entre Meg y tú este verano, Andrew, pero no tengo claro que ella quiera casarse contigo.

—¡Eso sí que es cierto! —Su semblante reflejó la angustia que lo atormentaba—. Y te dije que esperarí a que ella me contara por qué no me acepta sin reservas; pero me temo que he de pedirte que me adelantes algo, que me des una pista del motivo que le hace rechazarme, cuando estoy seguro de que le importo.

Le tocó el turno a Cameron de resoplar con recelo. «¿Con qué derecho podía él revelar los secretos de su hermana?». Sin embargo, también era verdad lo que había dicho Andrew. Ella no era inmune a los encantos del duque. Llevaba años sin verla tan feliz, tan luminosa como había estado el día anterior.

—Vino a Inglaterra para olvidar a un hombre.

—Eso ya lo sé. Un indio. Pero está muerto.

La sorpresa fue tan palpable en el rostro de Steve que Andrew se habría reído de no ser por su preocupación.

—Parece que sabes más de lo que ella ha relatado nunca. Dime tú.

—Fueron amantes, pero él murió en una rebelión contra los colonos. Hace tres años de eso. Quiso suicidarse y tu hermano Ruack la trajo a Londres para que cambiara de aires; imagino que esperando que olvidara la experiencia.

Steve se removió, incómodo.

—¿Has conseguido que te contara esas cosas? ¿Qué grado de intimidad habéis alcanzado?

—Voy a casarme con ella, Steve. Ya te lo he dicho.

—¡Y un cuerno, Andrew! ¡No sabes si ella aceptará!

—Y en ese caso ¿qué? Tu hermana no es una jovencita ingenua. ¡Ya te lo echó en cara una vez! ¡Tiene veinticinco años! Es una mujer hecha y derecha.

—¡Y tú no has dudado en seducirla! —se caldeó el americano.

La sonrisa del duque dejó traslucir el poso de amargura que lo embargaba.

—¿Tú crees? ¿De verdad piensas que es ella la seducida?

Steve volvió a perjurar por lo bajo, sin embargo, la llegada de William y Devon, relajados y alegres, cortó la conversación.

—¡No hemos acabado, Perry! —insistió Cameron.

No hubo ocasión para conversaciones formales. Las mujeres hicieron uso de sus prerrogativas de casadas y desayunaron en sus alcobas. A Megan, Andrew le hizo llegar una bandeja con té y tostadas para recuperarse de la mala noche. Cuando bajaron a mediodía, sus equipajes venían tras ellas.

Andrew, ceñudo, debió permitir que Megan regresara con Beth y su hermano a Hughenden Manor tras el almuerzo. Megan justificó su ausencia del baile con la misma excusa que dio el duque y nadie la cuestionó. En realidad, les importaba muy poco qué les había hecho desaparecer a ambos si con ello consolidaban su relación.

[11] Pantalón típico de la indumentaria hindú, cómodo y suelto.

[12] Túnica.

Capítulo 12

El duque de Ivory se presentó en casa de los Cameron al atardecer del día siguiente con la mente despejada y una firme determinación. Por eso su pasmo fue infinito cuando el ama de llaves le confesó que la señorita había partido hacia Londres esa misma mañana.

Con el deseo de partirle la cara a Steve por no haberlo impedido y, sobre todo, por no enviarle aviso, exigió verlo. La cara descompuesta de la mujer lo dejó si cabe más perplejo.

—Está con la señora, en su alcoba. Ambos me parecieron alterados esta mañana y...

—¡Más alterado va a estar si no baja a hablar conmigo ahora mismo! —rezongó, enfadado—. Anúncieme y dígame que le espero en la biblioteca. ¡No se moleste, conozco el camino!

Avanzó a grandes zancadas hasta la sala y se sirvió dos dedos largos del mejor brandy que el americano guardaba en su licorera. Los tomó de un tirón y se sirvió otros dos. ¡No quería pensar! Se negó a pensar hasta que Steve le contara qué había impelido a Megan a salir huyendo.

Unos pasos sobre el alfombrado pasillo distrajeron su atención y lo primero que halló fueron los azules ojos de Beth inflamados por el llanto. Apretaba los puños en tensión y su mirada lo acusó. Steve, a su lado, no semejaba menos combativo, con la frente fruncida y los labios tensos.

—¿Y bien? ¿No vais a decirme nada? ¿Qué demonios ha ocurrido para que Meg se haya escabullido? —estalló, colérico por el ofuscado silencio y sin reparar en modales.

—¡Eso deberías explicarnos tú, Andrew! —se adelantó una Beth difícil de reconocer en aquella mujercita furiosa—. ¿Qué has hecho para que Meg se desmorone en un día cuando parecía haber superado su desdicha después de tres años? ¿Sabes cuánto le costó abrirse a nosotros? ¿A confiar en mí? ¡De no ser por su trabajo en el Centro aún estaría tumbada en una cama lamiéndose las heridas! Y vienes tú y la engatusas, y no sé cómo la envuelves con tu encanto, y ella recupera la alegría... ¡Y ahora, ahora...! —Toda su ira se deshizo como azúcar y rompió a llorar con desconsuelo.

Steve se apresuró a abrazarla y Andrew quiso mesarse los cabellos. Para

su desgracia, aquella mañana se había rasurado la barba y se los había dejado tan cortos que apenas le daba para pasarse la mano con desespero. Aguardó con escasa paciencia a que Beth se calmara y solo entonces Cameron se dignó hacerle partícipe de lo ocurrido.

—Meg ha regresado a Londres esta mañana.

—Lo sé, tu ama de llaves me lo ha dicho —acortó, deseando aclarar algo más.

—Lo que no te habrá dicho es que se fue sin despedirse. Ha dejado una breve nota para nosotros y otra para ti.

Andrew detuvo sus pasos nerviosos. Le dolió el estómago como si hubiera recibido una puñalada. Con ansiedad creciente, urgió conocer más datos.

—No la creo capaz de marcharse de ese modo.

—Anoche tuvimos un... Bueno, un intercambio de pareceres. Me temo que no quedó muy contenta. Sabes que mi hermana tiene un carácter indomable y lo ha ido a sacar en el momento menos oportuno.

—¡Que me aspen si lo entiendo! —rugió Andrew, molesto por no hallarse en su propio salón para destrozar algún mueble—. ¿Qué ocurrió anoche?

—Interpelé a mi hermana sobre su relación contigo.

El semblante del duque palideció. Solo la presencia de Beth consiguió que no zarandease a su amigo por estúpido y entrometido.

—¿Le preguntaste qué había pasado entre nosotros?

—Indagué sobre sus intenciones contigo —admitió Steve con aire desdichado—. ¡Ojalá me hubiera tragado mis palabras! Le insinué que debía aceptarte, que eras el mejor partido que encontraría en su vida...

Andrew apretó los puños. Sabía que debería estar agradecido de que Cameron lo tuviera en alta estima, pero que presionara a Megan mientras él le había regalado tiempo para que recapacitara le descompuso el ánimo.

—¡Te dije que era adulta, que debías dejarle escoger sus pasos!

—¡Regresamos a Londres, Perry! Y aquello no es esto. ¡No podéis comportaros como una pareja prometida si no lo estáis! Mi hermana debía ser consciente de cómo son las cosas en el mundo real. Su reputación está en juego.

—¡Te aseguré que me casaría con ella! ¿Tan zopenco me consideras como para no saber convencerla?

—¡Es que ella no se casará contigo! —intervino Beth, igual de exaltada

—. Lo dejó claro. ¡Ni contigo ni con nadie! Si Meg ha huido es porque tiene miedo de que tú se lo pidas y darte una negativa. —Bajó la voz, apesadumbrada—. Confesó que te aprecia muchísimo y no quería verte pasar por semejante humillación.

La bilis se acumuló en el estómago del duque, desesperado por entender el alcance de la situación. Su cabeza no lograba entender qué escondían Megan y su familia. Tomó aire para serenarse e interpeló a Steve.

—¿Qué secreto hay en la historia de tu hermana aparte de lo que me contó? Tiene que haberme ocultado un incidente que le resulte imperdonable para no aceptarme. ¡Sé que siente algo por mí!

Recordó cada uno de sus gestos cuando le hacía el amor y se reafirmó en su convencimiento. Megan no había fingido, y no era una cualquiera para limitarse a tener sexo sin sentimiento. Le apreciaba, al menos de eso estaba seguro. De que lo amara ya se encargaría él más adelante.

Steve suspiró con resignación.

—No soy quién para contarte...

—¡Maldita sea, Cameron, hay demasiado en juego! Déjate de pamplinas y dime lo que deba saber.

Steve Cameron se debatió, incómodo. Ni siquiera Beth conocía toda la historia de su cuñada. Ruack le había hecho prometer que el secreto se quedaría en la familia y él había accedido, consciente de que se había desentendido por completo de los problemas de su gente por culpa del juego y las mujercuelas. Mientras Megan estuvo en Cape Cod él ni siquiera se preocupó de averiguar por qué había ido allí, y después, cuando ocurrieron las desgracias, ya estaba en Inglaterra, poniendo en orden su vida. Tomó un par de tragos de brandy y, sin mirar a su esposa, por temor a sus reproches, lo confesó.

—Meg se quedó embarazada de ese indio, el que murió.

Por el rabillo del ojo captó la impresión de Beth, sus pupilas azules dilatadas por el espanto y corrió hacia ella, temiendo que se desmayara. Pero ella lo rechazó con un ademán.

—¿Insinúas que Megan tiene un hijo? —La voz se perdió en la garganta femenina, ahogada en pena—. ¿Qué ha sido de él?

Andrew también quería saberlo. Aunque impactado por la noticia, no se le rompió el corazón. Si existía un crío, lo adoptaría sin más. Pero muchas cosas no cuadraban. Steve cortó de cuajo sus divagaciones.

—El niño no llegó a nacer. La tía Rosmary contrajo la viruela y Meg cuidó de ella hasta que murió. Lo terrible fue que se contagió también, pese a que las habían vacunado, porque las medicinas no estaban en buen estado. Perdió a la criatura. Desde ese momento se negó a vivir. Mis hermanos tuvieron que tratarla en Boston y estar pendientes de ella para que no se suicidara. Solo cuando se recuperó físicamente Ruack pensó que estaría mejor en Londres, lejos de los periódicos y las noticias que hablaban de levantamientos indios y masacres.

—¿Por qué no me lo dijiste? Podría haberla consolado de algún modo.

—Estabas embarazada cuando llegó, ¿recuerdas? ¡Hubieras sido incapaz de no identificarte con su situación! Tuve miedo de que no supierais relacionaros. Sin embargo, Meg ocultó sus sentimientos y se volcó en Melisa desde el primer día. —Se mesó los negros cabellos y sus ojos de un profundo carbón se clavaron en su esposa pidiéndole disculpas—. ¡No sabía cómo portarme ante una situación tan desconcertante! Soy un hombre, Elizabeth, no un santo. Me debatí entre las dos y te escogí a ti.

Ella lo abrazó, perdonándolo, pero Andrew se revolvió de nuevo, presintiendo que quedaban cabos sueltos que seguía sin comprender.

—¡Eso no justifica que tu hermana no quiera comprometerse! Ocurrió hace mucho tiempo, y además en América. Tiene que haber algo más.

Steve lo miró con franqueza, disgustado.

—¡Te juro que es todo lo que sé! Desconozco las razones de Meg para negarse a rehacer su futuro. Yo también pensaba que había logrado olvidar a ese indio cuando la descubrí tan compenetrada contigo. Llevaba años sin reír abiertamente, sin disfrutar de la vida como demostró en tu fiesta... Me hizo recordar cómo era de joven: descarada, decidida, preciosa. ¡Nada que ver con la mujer que Ruack nos trajo! Ni la que ha sido en estos tres últimos años. Pero anoche dejó claro que no se casaría. Ni contigo ni con nadie. Tal vez hayamos pecado de optimistas y el recuerdo de ese hombre aún pesa en su corazón.

—¡Pobre Meg!

El lamento se cortó en los labios de Beth al percibir el rictus de dolor en el semblante de Andrew. El duque parecía derrotado. Una sombra de sí mismo. Ella se desasíó de los brazos de Steve y estrechó en los suyos al amigo que sufría, no muy segura de cómo consolarlo.

—¡Está muerto, Andrew! Es lo único que podemos agradecer. ¡Es un hilo

de esperanza para ti!

Él asintió, ausente. A esa idea se había aferrado. Sin embargo, si ella había llegado al punto de huir para no ponerlo en un compromiso... ¿Qué posibilidades reales tenía? ¿Y si en verdad Megan solo había disfrutado con sus sentidos de él, pero no con su corazón? A fin de cuentas, él había retozado con mujeres en la India mientras su alma lloraba por Axel. ¿Qué hacía diferente al género femenino? ¿Lo sabía él? ¿Lo sabía alguien?

Incapaz de permanecer en la casa donde aún percibía el eco de sus risas, de sus palabras procaces y su ironía, se desprendió de Beth con un breve beso en la frente y solicitó su sombrero. Necesitaba desfogarse cabalgando, bebiendo, matando... ¡Haciendo cualquier cosa que quitara la imagen de Megan de su cabeza!

Durante dos semanas el silencio fue el amo de Wicklow Manor. Los sirvientes fueron testigos de cómo el duque se negaba a tomar alimento, cómo salía a cabalgar a horas intempestivas, cómo su desaliño iba creciendo al compás que su barba y su pelo otra vez, y cómo las botellas de brandy desaparecían de la bodega a un ritmo alarmante. Tanto el señor Hasting como la señora Doll se devanaban los sesos buscando respuesta a semejante comportamiento hasta que en un intercambio de información con los criados de la hacienda vecina supieron que Megan Cameron no se hallaba ya en ella, sino que se había marchado a la ciudad. Desalentados, rotas sus esperanzas de contar con una futura duquesa, pues no podía significar otra cosa aquella tristeza después del alborozo que habían vivido en la casa, se conformaron con intentar cuidar de lord Ivory.

Andrew contempló el dibujo que Megan había hecho de su cuerpo desnudo, en el que había plasmado con una habilidad extraordinaria su gesto descarado, pleno de deseo. No solo lo mostraba excitado, sino que todos sus ademanes daban a entender que la estaba aguardando, que de un momento a otro saltaría sobre ella y la cubriría con sus caricias para desatar su pasión. No le había hecho falta el color para reflejar el brillo de su mirada. La imagen capturada en las retinas de Megan retenía sentimientos. ¡Era imposible percibir tantos matices sin que mediara una pizca de esa pasión en la mano que lo compuso también!

Él había captado las vibraciones de Meggy, como la llamaba en su

cabeza, sus susurros aados contra su boca, el frenesí de sus manos arañándole la espalda... El recuerdo de su risa burlona, de su mirada curiosa, de sus cejas entornadas para darle a entender que no estaba de acuerdo. ¡Todo en ella estaba creado para él! Si la vida no le había permitido disfrutar para siempre del hombre que creía haber amado con locura debía de ser porque estaba destinada para ser suya, no de Lonan. Si ni siquiera se le había concedido el consuelo de un hijo, estaba claro como el agua que una fuerza mayor, se llamara como se llamara, la tenía destinada para él.

Con decisión, abandonó la lámina sobre la colcha de la cama en la que estaba sentado y se miró en el espejo de su dormitorio. La imagen que le devolvió de sí mismo fue la de un bruto. Un hombre desgredado, con barba descuidada y ojos inyectados en sangre. Ni siquiera cuando huyó a la India se vio tan deteriorado en su aspecto exterior. Con ironía se dijo que el tal Lonan, siendo un auténtico salvaje, nunca habría mostrado un aspecto tan peligroso. Tiró del cordón de su campanilla y solicitó un baño y los servicios de su valet.

¡El duque de Ivory retornaba a la vida!

No había querido leer la nota que Megan le había dejado antes de partir. No se había sentido con fuerzas, sin embargo, a las puertas de Londres, zarandeado por los baches del camino pese a la magnífica suspensión de sus modernos muelles, lo hizo. Rompió el lacre y acarició con la vista la esmerada letra que la caracterizaba.

Querido Andrew:

Presiento que mis disculpas no alcanzarán a disipar tu rabia o tu encono por sentirte burlado. Créeme, jamás fue mi intención. No deseé alentar en ti posibles sentimientos ni busqué arrancar promesas de algún tipo de compromiso. Estar entre tus brazos ha sido lo mejor que me ha ocurrido en estos años. Me has hecho conocer la belleza de Inglaterra a través de tu mirada y jamás podré olvidar la sensación de perderme en tus brazos. He recuperado una parte de mí que imaginé muerta y soy la primera sorprendida de mi descaro. Te ruego mil perdones si herí tu orgullo después. Eres un excepcional amante, aunque tú dices que no es así como te consideras conmigo. Yo no sé qué hemos sido. Simplemente sé que no podemos ser más. ¡Ojalá no me odies! Ojalá me perdones y guardes mi

imagen en tu corazón como hiciste con Axel, con cariño y ternura. Porque así es como yo te mantendré por siempre en el mío.

Con afecto, Meg

Andrew estuvo tentado de estrujar la nota entre sus dedos, de lanzarla por la ventanilla y convencerse de que no la había leído, pero se rehízo. La insistencia de Megan por apartarlo de su vida no tenía ningún sentido. Y él se lo haría saber. ¡Costara lo que costara, Megan comprendería que él no iba a dejarla ir!

Como si las fuerzas de la naturaleza se hubieran puesto en su contra, lo primero que vio nada más llegar a Liberty House fue el carruaje de los Cameron descargando enseres. Con paso rápido adelantó a los criados y se adentró en la casa. Beth, muy pálida, le salió al encuentro.

—¡Se ha marchado, Andrew! Nos llegó una nota anoche y Steve fue a avisarte en persona, pero el señor Hasting le informó de que también tú habías regresado. ¡Meg ha vuelto a Boston!

Sobreponiéndose, el duque aferró sus hombros para calmarla.

—¿Cuándo ha sido? ¿Qué ventaja me lleva?

La mirada azul se clavó en él con asombro, aunque enseguida se tornó esperanzada.

—¿Vas a seguirla?

—¡Hasta el mismo infierno si hace falta! —masculló convencido—. Te aseguro que Megan será la duquesa de Ivory, lo quiera o no.

Una risa nerviosa saltó de los labios femeninos mientras sus manos le apretaban el rostro para darle un beso en la frente, empujada en sus ligeros botines.

—¡Ve por ella, Andrew! Tráela de vuelta.

El duque besó a la pequeña Elizabeth Cameron en las mejillas y asintió, antes de dar la vuelta sobre sus pasos y partir para comprar un billete en el primer barco que zarpara hacia América.

Capítulo 13

El viaje supuso una tortura para Andrew. Hubiera querido tener alas para atravesar el océano en un chasquear de dedos, pero los progresos en el transporte se habían ralentizado. El *Savannah*, el primer barco que mezcló las velas con la máquina de vapor, logró cruzar el Atlántico en apenas veintisiete días tres años atrás, pero cuando se supo que en realidad la máquina solo funcionó alrededor de ochenta horas, se desestimó el valor de la innovación frente a la tradición de la vela y pocos armadores se atrevieron a invertir en ese campo.

Su velero necesitó cinco semanas para culminar el trayecto. Habían surgido algunas complicaciones y el puerto de Boston no apareció ante los ojos del duque hasta un atardecer de comienzos de octubre. Un viento frío le golpeó la cara mientras contemplaba la ancha costa que se extendía a lo largo del horizonte. Sabía por el capitán del barco, un americano de pura cepa, que la urbe había cambiado la categoría de Town por la de City aquel mismo año y que su población excedía de los cuarenta mil habitantes. Cada día llegaban emigrantes de todas partes del mundo; destacaban los irlandeses, pero también pululaban por sus calles alemanes, rusos, polacos, además de los nativos y muchos ingleses. El aumento de población había obligado a expandir la superficie en varias direcciones, se arrancó terreno al mar, se rellenaron las marismas y los pantanos y la menor laguna que hubiera en el interior. De ese modo se crearon nuevos barrios que, en seguida, tomaron forma y vida.

El puerto mantenía un tránsito importante, lo cual no era extraño al haberse convertido la ciudad en una de las más notorias en la manufactura de prendas textiles y de cuero. Las fábricas y los molinos proliferaban porque el transporte fluvial permitía conectar Boston con muchos puntos importantes de la región.

Andrew había tenido ocasión de empaparse de todos los adelantos, los chismes y la historia de la zona en el largo mes que duró la travesía. Charló con el capitán, los marineros y cuanto pasajero dispuesto halló en cualquier zona del barco, necesitado de apartar a Megan de su cabeza. Le sobraba con sufrir su ausencia por las noches y autosatisfacerse entre maldiciones, incapaz

de borrar la imagen de su cuerpo con el exiguo traje de bailarina, improvisando un baile para él. En la proa del barco, mientras echaba un vistazo a los edificios que se acercaban, agradeció llevar puesta la capa que disimulaba la erección que su solo recuerdo le provocó.

Viajó escaso de equipaje, con apenas un baúl, pese a las protestas de su valet, que quedó en Londres asombrado de que su señor no quisiera llevarlo con él al otro lado del océano. Andrew tenía una razón muy simple. Se alojaría descaradamente en casa de los Cameron y, como ignoraba las costumbres de estos, no quiso parecerles un petimetre. Si usaban criados para vestirse, le asignarían uno; si no lo hacían, se vestiría solo. Tampoco iba a ser la primera vez.

Dio la dirección de las oficinas que la familia tenía en el puerto al primer cochero que le ofreció sus servicios y respiró hondo, expectante por saber cómo reaccionaría Ruack Cameron, el cabeza de familia, al conocer su presencia.

Con verdadero asombro. Así fue como Ruack se mostró al anunciarle su escribiente que el duque de Ivory aguardaba en el recibidor. No se conocían en persona porque la única vez que él estuvo en Londres, el aristócrata se hallaba en la India, manejando con eficacia los negocios que su familia compartía con el grupo Blake y asociados.

Andrew recibió el impacto de reconocer a Megan en los ojos negros que lo sondaron con curiosidad y por un segundo se dijo que estaba viendo a Steve diez años mayor. Ruack Cameron peinaba algunas canas en su espeso cabello negro y en su barba bien recortada. Usaba una cinta de cuero para sujetar su melena, lo que contribuía a darle un aspecto más parecido al de un pirata que al de un comerciante, pero bastaba centrarse en sus pupilas oscuras para captar que se trataba de un hombre de viva inteligencia y carácter terco. La mandíbula cuadrada y la frente despejada daban fe de ello.

Andrew le dio un apretón de manos que el americano correspondió con energía, invitándolo a pasar a su despacho, una habitación de aspecto austero pero próspero, con paredes de madera recia y amplios ventanales con postigos. Sin mediar palabra le ofreció tomar asiento en un sofá de costoso cuero negro y le sirvió una copa de whisky.

—Debería tener brandy, pero prefiero el whisky, discúlpeme. ¿Acaba de

llegar? Parece fatigado.

—Sí, mi barco ha recalado hace apenas una hora en el puerto. Aún tengo el equipaje en un coche de alquiler.

—¡Eso tiene fácil arreglo! —Los ademanes decididos le dieron a Andrew una idea de cómo aquel hombre lo manejaba todo. Lo vio salir del despacho y regresar en apenas un instante—. Mi secretario se ha encargado del asunto. Lo descargarán en mi casa. Porque no dudo de que nos hará el honor de alojarse con nosotros.

—No le he dicho ni los motivos ni el tiempo que estaré en la ciudad.

Una sonrisa socarrona entreabrió la sensual boca del americano, pasmando de nuevo a Andrew por el parecido entre los hermanos.

—¡Somos socios, duque! No necesitamos formalidades ni voy a permitir que se aloje en un hotel estando nuestra casa a su disposición.

—En ese caso, se lo agradezco.

La sonrisa de lobo no le pasó desapercibida al americano y, tras preguntar por la salud de los suyos en Inglaterra y del resto de socios, fue directo al grano.

—Me temo que hay algo sorprendente en su visita. ¿Quiere notificármelo o prefiere que lo adivine yo?

Andrew rio, divertido, convencido de que llegaría a entenderse con aquel hombre. Su franqueza y sagacidad le gustaron.

—Le dejo elegir.

—Ninguno de nuestros amigos han sentido interés por pisar suelo americano pese a los lucrativos negocios que manejamos. Lo cual me dice que, o es usted el aventurero del equipo, lo cual es factible tras su prolongada estancia en oriente, o... El intempestivo regreso de mi hermana Meg hace dos semanas y esta aparición suya guardan cierta relación.

Ambos se mantuvieron la mirada fija unos instantes. Andrew, encantado de reconocer a Ruack como un igual, un hombre al que estaba dispuesto a llamar cuñado. Su contrincante, regocijado de haber dado en el clavo.

—He venido por Meg. ¡Es la perfecta duquesa de Ivory!

Ruack tomó con calma la declaración. Encendió un cigarro al tiempo que le ofrecía otro a su invitado y retomó el interrogatorio.

—Si es la perfecta duquesa, ¿por qué abandonó Londres con la mitad de sus pertenencias, viajando en un barco de mala muerte y sin la compañía de una doncella? —Tras la calma se percibía la tensión que semejante regreso

había causado en su familia—. ¿Acaso provocó con su conducta algún mal que ahora pretende reparar?

Andrew se mantuvo impertérrito.

—¡No hay nada que reparar! Que yo sepa, al menos. Deseo desposar a Meg porque la amo.

Un ligero pestañeo le indicó que el mayor de los Cameron no esperaba tanta franqueza, aunque la acogió con agrado.

—¿Y sabe usted si ella le corresponde? Porque en mi familia no estilamos lo de casar a las mujeres sin su consentimiento.

Andrew aó el cigarro recién estrenado en el elegante cenicero de cristal. ¡No le apetecía alargar la situación más de lo necesario! Lo único que necesitaba era llegar hasta Megan, seguro de poder convencerla de sus intenciones, siempre y cuando estuvieran en privado. Por eso necesitaba el visto bueno de los suyos.

—Me consta que no le soy indiferente.

—Por lo que sé, mi hermana no quiere contraer matrimonio.

El silencio se prolongó un instante en el que solo el ruido del exterior invadió la habitación. Andrew relajó los hombros y jugó su última baza.

—Conozco su pasado. Ella me lo contó. Lo único que no me confesó, lo del aborto, lo hizo Steve. ¡Nada de eso me importa! Sigo queriéndola en mi vida.

Ruack esbozó una sonrisa sincera.

—¡Es usted un tipo de temple! Si le dijera a mis amigos que un duque está dispuesto a desposar a una mujer que ha sido de otro, se reirían en mi cara. —No le pasó desapercibida la dureza que se reflejó en la mirada azul y eso le agradó más si cabe—. Y si contara que ese otro era un salvaje nativo me llamarían mentiroso sin dudar.

—¡No soy un duque cualquiera! —afirmó Andrew, manejándose con soltura en el floreo provocador que Cameron había iniciado.

—¡Eso parece! Y también que Megan ha madurado en estos años. No es la mujer que se fue. Aunque no parezca precisamente feliz.

—¡Necesito verla! ¡Hacerla recapacitar!

—Antes explíqueme por qué huyó.

Andrew se tensó cuán largo era. Sus ojos siguieron siendo de frío metal.

—Ciertos asuntos, debo decirle, no son de su incumbencia. Nos pertenecen a ella y a mí.

Le tomó por sorpresa la carcajada del americano, aunque también le ayudó a relajarse un poco. Ruack Cameron le apretó un hombro y le miró a los ojos con sincera diversión.

—¡Le deseo suerte!; En serio!

Después tomó su chaqueta del perchero que se ocultaba tras la puerta y lo invitó a seguirle.

—¡Entremos en acción! ¡A ver qué tal reacciona nuestra fierrecilla!

La residencia de los Cameron se asentaba en North End, uno de los barrios más antiguos de Boston. Discretos edificios de ladrillo se alternaban con elegantes mansiones de estilo georgiano. Estaba situada muy cerca de la North Church[13], que, siguiendo la tónica arquitectónica, repetía en tipo de construcción.

El carruaje se detuvo delante de una fachada de doble planta, con tejado abuhardillado y chimeneas. La entrada se sostenía sobre un dintel que emulaba dos columnas jónicas coronadas por un frontón. Los numerosos ventanales cuadrados prometían luminosidad a las estancias interiores; el del centro se distinguía por una curvatura superior y el flanqueo de otras dos columnas. A Andrew le vino a la mente el concepto «sencillo» para adjetivar el conjunto, aunque no por ello dejara de ser refinado. Del gusto de Meg.

Los nervios le atormentaban el estómago, aunque su rostro no lo dejara traslucir. Las farolas estaban encendidas, pero las sombras de los árboles le concedían una penumbra que dejaba su figura y la de su anfitrión en un cómodo claroscuro.

Cuando Ruack Cameron hizo intento de tocar la aldaba, un mayordomo perfectamente trajeado les abrió la puerta y recogió sus sombreros y capas. Estaba avisado, por la presencia del equipaje, de la llegada de un invitado, pero su ceja se enarcó con cierta sorpresa al advertir la prestancia del susodicho; al momento tuvo la certeza de que se trataba de un inglés; aristócrata para más señas. El simple modo de erguir los hombros y la suficiencia de su rostro patricio lo distinguía de cualquier americano por muy adinerado que fuera. Lo saludó con un escueto «señor» y después se dirigió a su patrón.

—Las señoras aún no han bajado. La cena estará dispuesta en media hora.

—La retrasaremos lo necesario para que nuestro invitado pueda asearse y tomar acomodo —replicó con parsimonia el dueño de la casa—. Supongo

que le tendrá asignada una dependencia.

—¡Por supuesto, señor! En cuanto llegó el equipaje se acondicionó una habitación de invitados.

—Media hora será suficiente —intervino Andrew, deseoso de hallarse cara a cara con Megan—. No quisiera modificar los hábitos familiares.

Ruack desdeñó con un gesto su disculpa y encargó a un lacayo para que escoltara al señor Perry a sus aposentos y le atendiera en lo necesario. ¡También él se moría de ganas por ver la reacción de su hermana!

Megan se acicaló ante el espejo con esmero. El vestido violeta con adornos plateados en mangas y cintura le sentaba bien a sus rasgos latinos. Se adornó el cuello con una cinta del mismo tono y retocó de una pasada el moño bajo con incrustaciones de perlas.

Desde su llegada no había parado de escuchar alusiones a la palidez de su rostro y la seriedad de su semblante. Incluso su hermana Melinda, aprovechando que su esposo estaba en viaje comercial, se había instalado de modo permanente en la casa familiar para estar pendiente de ella. Sabía que debía estarle agradecida, pero después de la independencia de la que había disfrutado en Londres, se le hacía cuesta arriba aceptar la extrema solicitud de los suyos. ¡Cuando no era Ruack quien pretendía sacarla a cualquier acto público eran su hermano George o su cuñada Beatrice los que insistían en pasearla!

Melinda le había comentado que esa noche tendrían un huésped así que tuvo la esperanza de que las miradas recayeran sobre él y la dejaran en paz por unas horas. Ni siquiera se planteó quién podría ser el invitado. Su familia llevaba a cabo negocios con personas de todo el mundo y debía reconocer que el panorama que sus hermanos le habían dibujado resultaba atractivo. La ciudad bullía, creciendo y prosperando, y los Cameron contribuían a la expansión. Quizá la conversación no fuera tan insulsa, como cuando Melinda y Beatrice se empeñaban en hablar de sus bebés, a los que ninguna de las dos cuidaba en persona y a los que veían en contadas ocasiones, o de trapos y cotilleos acerca de supuestos conocidos.

Megan hubo de admitir que echaba de menos el jolgorio de sus amigas inglesas, rodeadas de niños, y de sus maridos, ejerciendo como padres, olvidados de sus obligaciones como pares y hombres de negocios.

El destello de un duque de cabellos rubios como el sol llevando a

hombros a una jubilosa Kendra puso lágrimas en sus ojos, pero en seguida se rehízo. ¡Debía ser consecuente! ¡Había dejado atrás Londres y a la gente que amaba por un motivo concreto! Los recuerdos solo conseguirían que sus hermanos le recriminaran su mal color. Se pellizó las mejillas, se perfumó con delicadeza y salió al pasillo.

¡La impresión no pudo ser más intensa!

Viniendo desde el lado oeste, de la zona de invitados, la última persona que esperaba encontrar atravesaba a grandes zancadas el espacio que los separaba, seguida de una cabizbaja doncella.

Como si él hubiera presentido su presencia levantó la mirada de la alfombra y la posó sobre ella.

Ambos dejaron pasmada a la muchacha con sus reacciones, de tal modo que se limitó a balbucear algo a lo que Megan replicó con un apresurado: «Yo lo acompaño al comedor. Gracias, Rona».

Megan miró la esbelta figura envuelta en chaqueta y pantalones oscuros, camisa almidonada y pañuelo de un azul claro que destacaba el color de sus ojos. No aparentaba estar menos desmejorado que ella, aunque su prestancia lo convertía en un ser arrebatadoramente atractivo. Las ojeras pasaban desapercibidas si, como en aquel momento, sus ojos se iluminaban, pletóricos de alegría. En un instante lo tuvo a su lado, cercándola en un abrazo cálido que fue incapaz de negarle. Con esfuerzo titánico. Megan mantuvo las manos a raya, estrujando la estola que más tarde pondría sobre sus hombros y apretó los labios para no buscarle la boca. Cuando Andrew se apartó, sus miembros protestaron, ansiosos de recuperar el calor que solo él le proporcionaba, pero su mente supo controlar la situación, recordándose por qué estaba allí y no en la residencia de su hermano Steve.

—¿Qué haces en Boston? ¿Te has vuelto loco?

Él pasó los pulgares por su rostro, recreándose en sus pómulos, perfilando el contorno anguloso, bebiéndose cada gesto.

—¡Loco me volví cuando desapareciste! —Los conocidos dedos acariciaron sus labios—. No voy a permitirlo, Meggy. No te voy a dejar escapar.

—¡No sabes lo que dices! —replicó, rompiendo el contacto que le quemó en el mismo centro de su deseo—. ¡Escapé para no humillarte y te empeñas en poner las cosas difíciles!

—¡Ejem! La cena aguarda. Supongo que lo que tengáis que deciros podrá esperar a después de los postres.

Megan, encarnada como una colegiala cogida en falta, masculló un improperio que los dos fingieron no oír y adelantó a su hermano mayor con gesto altanero. Al bajar las escaleras se encontró con Melinda, quien esperaba con curiosidad conocer al caballero recién llegado de Londres.

Como en una nube, Megan escuchó a su hermano hacer las presentaciones y a su hermana convertirse en puro almíbar con Andrew, asombrada a partes iguales de su porte atractivo y de que ostentara título nobiliario. A su sutil interrogatorio durante la cena, Andrew dejó traslucir que la causa de su presencia en tierras americanas era la de buscar esposa, lo que agrandó más si cabe los castaños ojos de Melinda, que no había heredado los atractivos rasgos de sus hermanos, aunque era una mujer de evidente belleza. El cabello lo tenía castaño, con reflejos dorados, y se mantenía en buena forma física porque era una envidiable amazona. Como mujer de sociedad, acostumbrada a tratar con los clientes de su esposo y a alternar en fiestas, supo mantener el ritmo de la conversación a lo largo de la comida pese a que no dejó de enviar matadoras miradas a su hermana para que tomara parte de la conversación.

Megan, sin embargo, sentía aumentar su rabia al captar la sonrisa socarrona que no abandona el semblante de Ruack, lo que le hacía preguntarse qué habrían hablado en privado el duque y él. ¡Parecía tan complacido que le entraban ganas de soltarle un sopapo!

En cuanto a Andrew, aparentaba hallarse entretenido con su hermana, pero ella percibía cada mensaje subliminal que le enviaba en forma de sonrisa galante, de elogio a las mil y una anécdota que Melinda se empeñó en endosarle al saberlo a la caza de duquesa, poniéndola por las nubes como ejemplo de dama refinada, enamorada de la pintura y del mundo rural. ¡También a él le hubiera quitado de un tortazo la sonrisa de suficiencia! Sobre todo, por mantener a la pobre en la inopia de que se conocían de sobra; pero el no saber por qué silenciaba la información le hizo seguirle el juego y callar también.

La sorpresa se la llevaron ambas, cada una por distintos motivos, cuando Ruack, terminado el postre, invitó a Andrew a tomar un whisky en la biblioteca y le propuso a Megan que lo acompañara.

—¡Pero...! ¡Ruack eso no es apropiado ni...!

—Tú acompáñame a mi despacho y supervisemos las cuentas de la modista que me has hecho llegar esta mañana —replicó él sin alterarse—. Megan y el duque tienen una conversación pendiente en la que los dos sobramos. En cuanto a ti, hermanita, confío en tus dotes de anfitriona para dejar satisfecho a nuestro huésped.

Atónita ante la posibilidad de que el cabeza de familia estuviera utilizando doble intención en su lenguaje, Megan les vio marchar; ufano uno y pasmada la otra. Andrew era puro regocijo.

—¿De qué diantres te ríes? —espetó, furiosa.

—¡Me gusta tu hermano! Definitivamente.

—¡Pues cástate con él!

La risa de Andrew resonó más fuerte en el comedor, pero hubo de controlar sus modales para seguirla a lo largo del pasillo hasta la torneada puerta que daba acceso a la biblioteca, una sala espaciosa con amplios ventanales que en aquel momento mantenía las cortinas corridas y permitía intimidad a sus ocupantes. Una chimenea caldeaba el ya de por sí acogedor ambiente. Los paneles de madera de las paredes contenían estantes con multitud de libros de todos los tamaños. Por mobiliario, dos sillones enfrentados al hogar y una lámpara de gas. A un lado, una mesa con licores.

Megan cerró la puerta e hizo ademán de invitar a Andrew a tomar asiento, pero él la acorraló contra la madera y sus manos le aferraron la cintura, ansioso por perderse en su boca.

Megan lo rechazó; apartó la cara y los labios se posaron sobre la descubierta piel de su cuello.

—¡Meggy... Meggy... no me martirices! Después hablaremos, pero déjame besarte. ¡Ha sido un suplicio tenerte enfrente y no poder tocarte!

—¿A qué estás jugando? ¿Por qué no le dijiste a Melinda que nos conocemos? ¿Por qué le has hecho creer que buscas esposa? ¿Y por qué mi hermano muestra esa sonrisa tonta que le borraría de la cara si pudiera? ¿Te ha prometido algo? Porque, si es así, no tiene potestad sobre mí, no...

Al fin la boca de Andrew se estampó contra la suya y acalló la diatriba de acusaciones. Ella se dejó llevar por la conocida sensación de su lengua invasora, de su piel erizándose al reconocerlo, sus fosas nasales llenándose de su peculiar olor a madera y hierba... Hasta que una luz se encendió en su cerebro y se enfrió lo bastante para empujarlo a un lado.

—¡Basta, Andrew! ¡Esto no puede ser una costumbre! Me debes respeto. Y no puedes tentarme sabiendo que soy sensible a tus encantos.

Por un momento los ojos claros la atravesaron con saña, enfadado por su insistencia.

—¡Ni tú eres débil ni yo te falto el respeto! Te derrites en mis brazos porque me deseas, y yo me enciendo con solo verte porque me tienes enamorado hasta los huesos. ¡Dejémonos de aspavientos y dime que te casarás conmigo!

De no haber estado sujeta en la cintura por sus poderosos brazos, se hubiera dejado resbalar hasta la alfombra para acunarse y llorar, pero él era un enclave poderoso y permanecía inalterable, como un faro frente al oleaje. Megan se apoyó en su hombro y desahogó la angustia que la había llevado a cruzar un océano para no vivir ese instante.

Andrew la confortó y cuando los sollozos remitieron la obligó a tomar asiento en un sillón y le ofreció una copa de Oporto. Arrodillado entre sus piernas, le hizo tomarlo a sorbitos, y esperó a que sus ojos se aclararan.

—¡Dime por qué huyes! Ya te lo dije una vez. Nada que hayas hecho puede ser peor de lo que haya hecho yo. No esperes censura en mí por lo que escondas de tu pasado. Estoy interesado en la mujer del futuro. Y en la del presente. ¡Solo en ella!

Las pupilas negras se clavaron en él, teñidas de dolor.

—¡Pero es que esta mujer no tiene un futuro!

Mil ideas pasaron por la mente de Andrew y su corazón se encogió de miedo. ¿Padecía Megan alguna enfermedad incurable? ¡Pero no, eso se lo habrían contado sus hermanos! Envalentonado, le izó la barbilla y depositó un casto beso en sus trémulos labios.

—¡Yo soy tu futuro, Meggy! ¡Y tú el mío! Lo construiremos juntos.

Nuevas lágrimas cayeron por las irritadas mejillas, en esta ocasión en silencio.

—No podemos construir nada, Andrew. Cuando perdí a mi hijo, la viruela me dejó estéril.

Como si hubiera recibido un puñetazo en el plexo solar, Andrew se tambaleó. El aturdimiento duró un segundo, pero bastó para que las lágrimas de Megan se recrudescieran.

—¡No tengo nada que ofrecerte! ¡Necesitas un heredero y yo no puedo dártelo!

La ira asomó brevemente a los ojos azules. Le asombraba que la mala suerte se hubiera colado de rondón en su existencia de un modo tan permanente. Primero la muerte de su hermano, después el desamor de Axel y ahora... Ahora la tribulación de Megan. Sin embargo, contra lo anterior no pudo luchar, pero contra esto sí. Meg no había dicho que no le quisiera, solo que no podía darle un heredero... ¡Y maldito si él iba a hipotecar su felicidad por la continuidad de un título!

Con calma se deshizo de su pañuelo y lo pasó por las castigadas mejillas de la mujer que había llegado a convertirse en una obsesión para su supervivencia. Podía imaginar un futuro sin pequeños a su alrededor, aunque dolía, pero no podía verse a sí mismo sin Megan, sin su descaro ni su cuerpo, sin su sonrisa ni su dulzura. La sosegó con pequeños besos y la estrechó en sus brazos, sin pasión, con un amor infinito.

—¡Sí tenemos un futuro, mi amor! Lo tenemos. Juntos.

—Andrew...

Él acalló sus objeciones con otro beso, esta vez más ardiente.

—¡Nunca contradigas a un duque, Meggy! ¿No te enseñaron que es de mala educación?

Consiguió arrancarle una sonrisa, aunque muy leve.

—Soy americana, ¿recuerdas? Los duques no me impresionan.

—¡Pues debería! Por lo menos este duque. —Arrodillado aún, sacó una pequeña caja del bolsillo y se lo entregó—. ¡Di que sí, Meggy! ¡Di que me harás feliz!

El corazón de Megan saltó en su pecho, desbocado. ¿Podía seguir luchando contra sus deseos? ¿Podía herir a Andrew en aras de un eventual futuro desgraciado? ¿Y si nunca llegaba ese futuro? Durante la travesía había combatido contra su impulso de saltar al agua y regresar a nado hasta la costa inglesa, desgarrándose el corazón a cada paso que las velas la alejaban de él. Sabía que amaba a Andrew tanto como en su momento amó a Lonan, y, sin embargo, la posibilidad de destrozar su vida la había llevado a regresar a Boston, lejos de él y de la tentación que su presencia constituía. Y ahora resultaba que Andrew lo sabía todo. Con sorpresa, descubrió que alguno de sus hermanos se debió de ir de la lengua, porque él no se había inmutado ante la noticia del aborto. Pero ¿no tener descendencia? ¿No era esa la finalidad de un título nobiliario, perpetuarse? Pese a ello, Andrew Perry, duque de Ivory, juraba que no pensaba renunciar a ella. ¿Podía rechazarlo pues? ¿Podía

rechazar que su corazón siguiera latiendo? Si algo había aprendido con Lonan era que la felicidad podía resultar efímera, al igual que la vida. Con todo, aún se resistió un segundo.

—Tu padre se revolverá en su tumba.

—Los muertos están muertos, Meggy. Somos los vivos los que tenemos que decidir cómo queremos continuar haciéndolo.

Los ojos negros se nublaron, entre la felicidad y la aceptación de esa premisa. Estaba segura de que Lonan habría querido que fuera feliz. Quizá por ello se había presentado en sus sueños, para recordarle que lo que tuvieron fue hermoso, pero que ella podía rememorarlos de otro modo, en otros brazos, con otro hombre. Tendrían tiempo de reencontrarse en el más allá, pero en esta tierra, Andrew Perry se había convertido en alguien insustituible para su corazón, como antaño lo fue el indio.

Abrió la caja y admiró con sorpresa el anillo. Dos diamantes en forma de corazón entrelazados.

—Debería entregarte una joya de mi madre. Sería lo oportuno. Pero he preferido encargarme este diseño para ti. Quería que tuvieras algo único, solo nuestro. ¿Te gusta?

Un amago de puchero dibujó un temblor en su boca, pero Andrew no le dio opción a llorar. Acallando sus miedos, le sostuvo la barbilla y lo dejó a medias en su dedo anular.

—No me has dado tu respuesta.

—¿Estás absolutamente seguro?

—Lo estoy desde la mañana que llegué a Wicklow Manor y me reñiste por haber llenado el vestíbulo de barro. ¡Aquella mañana supe que serías mi duquesa!

El estupor que se reflejó en los iris negros le hizo reír, eufórico.

—¿Aquella mañana? ¿No en un baile, o en una de tus fiestas o en... un momento íntimo?

El denegó, el semblante satisfecho.

—Supe que mi casa era tuya ese día. Y mi corazón también.

La felicidad se expandió por el rostro de Megan. Le ayudó a asentar el anillo en su dedo, sujetó el rostro que tanto amaba entre sus manos y le regaló un beso apasionado que no dejó a Andrew de rodillas porque, para su fortuna, ya lo estaba.

Pasado un tiempo prudencial, Megan llevó a Andrew a la sala que hacía las funciones de despacho de sus hermanos. Por cómo Melinda se lanzó a sus brazos supo que Ruack ya la había puesto al corriente y un ligero resquemor le hizo reprocharle a su hermano su arrogancia.

—¿Tan seguro estabas de que aceptaría para que se lo hayas contado a Melinda?

—Si hubieras rechazado a este desdichado después de atravesar un océano por ti, habría roto las normas familiares y te habría llevado maniatada a North Churh. —Su sonrisa feliz, que desmentía sus palabras, aligeró el enfado de Megan—. Además, me parece adecuado contar con un duque en nuestro linaje. Nos igualará con las familias más rancias de la costa.

—¡Mucho presumir de americano y luego te arrodillas ante un título! —ironizó ella, aunque lo abrazó con ternura.

—Creo que ha sido el título quien se ha arrodillado ante ti —musitó, burlón.

Andrew volvió a compartir un guiño con el que sería su cuñado. Decididamente le caía bien el sosias de Steve.

—¡Me habría humillado hasta el infinito de ser necesario! —admitió, encandilando a Melinda con su arrobó.

—¡Es usted adorable, duque!

Él le besó una mano, desplegando su habitual encanto.

—¡Andrew, por favor! A fin de cuentas, vamos a ser cuñados.

—Siento que soportaras la pantomima anterior, Melinda —se disculpó su hermana—. Andrew tiende a ser histriónico cuando tiene público.

Él la sujetó por la cintura con su sonrisa más canalla.

—Quise evitarte el aprieto de dar explicaciones antes de que habláramos en privado. Puede que tu hermano estuviera convencido, pero yo no lo estaba tanto. ¡Sé lo testaruda que eres cuando te empeñas!

—¡Menos mal que sabe lo que se lleva! Luego no podrá culparnos de engañarlo —rió Ruack, ofreciéndole un vaso de whisky.

Brindaron los cuatro, ellas con jerez.

—¡Muy gracioso, hermanito!

El mayor de los Cameron le guiñó un ojo y a continuación envió una severa mirada al duque.

—No sé lo que se estila correcto en Londres y lo que no, pero me temo que en público deberá mostrarse menos... cortés con mi hermana. Al menos

hasta que estén casados.

El rostro de Andrew se ensombreció por un instante, lo cual no pasó desapercibido para ninguno de los hermanos.

—¿Algún problema, duque?

—Ninguno, Ruack. Es que me hubiera gustado contraer matrimonio en Londres, rodeado de mis amistades. Pero entiendo que un viaje de regreso con Meg sin pasar por la vicaría no estaría bien visto.

—¡Desde luego que no! —se escandalizó Melinda—. Además, también nosotros somos su familia. Y queremos participar del evento.

—Podemos dejarlo para el verano próximo y que vosotros acudáis...

—¡No! —la exclamación surgió a la par de las dos gargantas masculinas, aunque por distintas razones.

—¡No seas absurdo, Ruack! Puedo viajar con carabina de regreso a Inglaterra.

—¡No! —insistió Andrew a su vez—. Quiero que seas mi esposa desde ya. Lo antes posible.

Sabiendo la falta de fertilidad de Megan, sus hermanos no entendían las prisas del duque. El temor de un embarazo en curso no era el motivo. Pero él lo dejó bien claro.

—Necesito dormir contigo. Esperaré lo estrictamente necesario.

—¡Magnífico eufemismo, duque! —se burló el americano, sonrojando a las mujeres de paso—. Ya que tiene tantas prisas, ordenaré la lectura de las amonestaciones mañana mismo. En un par de semanas podrán... dormir como desea.

—¿Dos semanas? ¿No hay un modo más rápido? ¿Una dispensa especial o algo así?

La carcajada de Ruack resonó en el despacho mientras el sonrojo de Megan iba en aumento.

—¡Sea! ¡Lo dispondremos en una semana! Dinero no le va a faltar para sobornar a quien haga falta. —Se dirigió a Melinda—: ¿Crees que podremos organizar un evento acorde al apellido en tan poco tiempo?

—¡Me pondré al habla con Beatrice mañana mismo! ¡Si hay que hacerse, se hará!

—Pásenme las facturas, por favor.

Por un breve momento, la mirada negra le reprochó lo que no hizo la boca.

—Los Cameron cubrirán los gastos, duque.

Andrew no puso objeción. Poco le importaban el dinero ni los fastos. Como bien había expresado, lo único que anhelaba era volver a disfrutar de Megan en sus brazos.

Como si le leyera el pensamiento, su cuñado se le adelantó en hacer planes.

—Ya que las muchachas van a estar liadas estos días, me gustaría mostrarle algunos puntos interesantes de la ciudad, así como de los negocios que compartimos. Sospecho que le será de utilidad para los futuros viajes que hará de regreso. Imagino que entenderá que el costo de casarse con una americana es que de vez en cuando tendrá que traérnosla de vuelta.

—No veo el menor inconveniente —aseguró él, pendiente del gesto dubitativo de su prometida.

—En ese caso, nos retiraremos a descansar. Mañana habrá mucho por solucionar y los altibajos emocionales pasan factura en el ánimo. —Besó a su hermana menor mientras lanzaba una mirada de advertencia a la otra—. Nos recogemos. ¡No deis de qué hablar al servicio!

—¡Ruack!

Sin inmutarse, tendió la mano a Andrew y sujetó por la cintura a Melinda para arrastrarla consigo. Al salir, dejaron la puerta abierta.

Andrew, indiferente a la indirecta, levantó el mentón de Megan. Le preocupó su semblante aado.

—Dime qué te hace infeliz y trataré de solucionarlo.

—No es por mí —confesó, afligida—. ¡Ni siquiera vas a poder casarte donde quieres! ¡No entiendo las prisas!

Andrew bajó la voz y sus manos permanecieron quietas alrededor de la esbelta cintura.

—¡El sitio no importa, Meggy! Es cierto que siempre pensé que me casaría en la capilla de Dolerman House, pero el lugar no es relevante ahora mismo. Nada ha salido como yo esperaba, aunque eso no significa que no vaya a alcanzar mi objetivo. Lo único que he querido en mi vida era amar y sentirme amado. ¡Y eso es lo que tengo contigo!

A ella se le llenaron los ojos de lágrimas.

—¡Pero no podré...!

—¡Tú y yo, Meggy! ¡Es todo lo que necesito!

Sin importarle el escándalo, Megan lo atrajo a su boca y lo besó con

fervor, deseando agradecerle que hubiera esparcido esperanza en su existencia vacía.

—¡Te amaré como jamás soñaste, duque! —prometi6 con voz ronca.

Él la apretó contra sus caderas para darle a entender lo fácil que le resultaría cumplir aquella promesa. Después, pesaroso, se apartó. Sabía que tendría que sufrir una larga semana. Pero al final del infierno, le aguardaría el paraíso. Lo sabía de sobra, porque él ya había estado allí.

Andrew conoció los lugares emblemáticos de la ciudad, como el Café del dragón, centro de la vida política y social de Boston. Ruack y su hermano George (una copia de Melinda esta vez) le presentaron a los personajes influyentes de la zona. El Fanueil Hall, un edificio de tres plantas del más puro estilo georgiano, como la mayoría de los que se consideraban de interés arquitectónico, otro foco de reunión de los bostonianos, famoso por su veleta en forma de grillo. George le contó que la veleta se usó en el periodo revolucionario para identificar a los traidores. A quien se preguntaba de qué tipo de animal se trataba y no proporcionaba la respuesta correcta, se le condenaba bajo el cargo de espía británico.

George resultó una calca de sus hermanos, atractivo de presencia y socarrón en el trato. No obstante, a la hora de los negocios, demostraban ser implacables, poniendo de manifiesto por qué el apellido Cameron había llegado a lo más alto en el estatus de los comerciantes de Boston.

Andrew conoció también a Beatrice, la esposa de George. Ambos rondaban su misma edad y ella la realzaba con escotes llamativos y breves cinturas. No dejaba de ser atractiva, aunque su opinión se vio condicionada por los ásperos comentarios de Megan, quien no perdonaba a su cuñada que dedicara más tiempo a saraos y cotilleos que al cuidado de sus tres hijos. Tanto era así que solo conocía al pequeño Jacobo, el hijo de Melinda, a quien todas las tardes su tía dedicaba un rato de juegos, ignorando el gesto desabrido de su propia hermana. «Para algo se a a las niñeras», replicaba desdeñosa, sin comprender que para Megan lo que ellas rechazaban constituía el mayor anhelo. Andrew, que sí lo entendía, sacaba tiempo de la apretada agenda que sus cuñados le habían dispuesto y la acompañaba en lo posible, disfrutando ambos del pequeño y su cuidado ante los atónitos ojos de los Cameron.

Las mañanas suponían un suplicio para Megan, quien se veía ninguneada por su hermana y su cuñada, arrastrada a un peregrinaje de tiendas y modistas. Adquirió más ropa de la que se pondría en años, pero únicamente disfrutó comprando los regalos que llevaría a sus amigos londinenses. Incluso para los niños dispuso recuerdos, sorprendiendo sin parar a los suyos.

Por más que explicó que Dolerman House era una residencia magnífica, su hermano Ruack se empeñó en dotarla de muebles para una alcoba propia y empacó sus libros preferidos en grandes cajones. Esta vez el viaje lo realizarían en uno de los barcos de la compañía y, por supuesto, tendrían a su disposición un suntuoso camarote. A aquellas alturas del año no era fácil encontrar buques que hicieran la travesía del océano y se atrevieran a llevar pasajeros.

A Andrew lo veía en las comidas y las cenas, y apenas unos minutos a solas en la sobremesa nocturna, pero siempre con la puerta de la biblioteca abierta. A Megan le entraban ganas de contarle a su hermano los encuentros furtivos con Andrew a lo largo y ancho de sus casas inglesas, pero se mordía los labios y aguantaba la espera. Él se mostraba solícito, con las manos quietas y la sonrisa torcida. Hasta la última noche. En esa ocasión, Andrew le sujetó la cintura y dejó un reguero de besos en su cuello y clavícula. Estaba excitado como siempre que compartían espacio, pero se mantuvo a raya con dominio.

—Mañana serás mi esposa. ¿Te hace feliz la idea?

—¡Más de lo que imaginas! Estoy deseando acabar con este paripé —le musitó al oído, pasando su índice por debajo de su oreja en una caricia ansiosa.

Andrew rugió en su cuello, apretando los puños para no llevarlos a los turgentes senos que asomaban por el escote.

—¡Te deseo con un hambre salvaje, Meggy!

—¿Crees que el deseo es imperativo masculino? —Con voz ahogada volvió a colarse en su oído—. Me siento húmeda dónde tú sabes.

La sangre atronó en los oídos ingleses. Sin permitirse un leve titubeo, abandonó el cálido cuerpo que cernía y, en dos pasos, cerró la puerta con decisión. Después regresó junto a Megan, la apoyó contra una vitrina repleta de libros y le levantó la falda para posar su palma abierta sobre el liviano pantalón que separaba su tacto de la piel que ardía. Bajó el escote de Megan, con firmeza, chupó sus pezones erectos e inició una danza con su boca y sus

dedos que la dejó desmadejada sobre su pecho.

—¿Mejor así?

Ella asintió, boqueando. Llevaba dos meses sin experimentar la audacia de su toque y lo había deseado tanto que, en solo unos segundos, alcanzó las estrellas. Se sintió culpable cuando él le reorganizó la ropa y la dejó presentable.

—¿Y tú?

—¿Yo? ¡Mañana demandaré tal atención que no podrás caminar en semanas! —prometió, frustrado—. Es una promesa. Tan cierta como la que te haré ante el altar.

Rieron, cómplices. Después, Megan realizó un último tanteo.

—¿Estás seguro del paso que daremos, Andrew?

—¡En mi vida he estado tan seguro de algo, Meggy! ¡Te quiero a mi lado! Para siempre.

Se sintió cursi al oírse, pero viendo la radiante sonrisa de Megan le mereció la pena sonar a bardo medieval. ¡Cómo entendía ahora a sus amigos cuando comentaban sin pudor sus sentimientos! Había pensado que solo Axel le arrancarías tamañas declaraciones y hete aquí, que se encontraba de nuevo declamando palabras que en su juventud le habrían hecho arder las orejas. Divertido por el pensamiento, acompañó a su prometida, palabra celestial, a su dormitorio, satisfecho de saber que la despedía por última vez como Megan Cameron. ¡Al día siguiente, la duquesa de Ivory entraría en la Historia!

El duque cumplió su promesa de resarcirse del tiempo perdido. Hicieron el amor de todas las maneras posibles e incluso de las imposibles, jugando él a enardecerla con grabados de posturas orientales que guardaba en su baúl. Rieron al principio, divertidos por las exóticas posturas, pero acabaron con la mirada vidriosa y la piel resbaladiza de fluidos y aceites. La imaginación de Andrew era pareja a su vigor físico y Megan no le fue a la zaga, afianzándose ambos en la certeza de que habían hallado su alma gemela.

Al alba, Megan despertó del breve sueño del que entraba y salía, cuando la boca de Andrew se posó sobre su pubis y le arrancó un jadeo hondo. Con pericia, la lengua que adoraba acarició sus pliegues más íntimos, apretó con la fuerza exacta su clítoris y la obligó a arquear las caderas para disfrutar la tensión de otro orgasmo pese a su debilitada energía. Gimió su nombre y el

cuerpo cálido ascendió hasta sus pechos y refugió la cabeza en su abdomen, besando la piel a su paso y haciéndola sentir poderosa. ¡Era la dueña de Andrew! ¡La única mujer que él anhelaba!

Sus miedos, sus inseguridades, habían quedado relegadas al olvido la tarde anterior, cuando Andrew, ante una inmensa concurrencia que a ninguno de los dos importaba, juró sus votos con voz potente y ojos emocionados. Le había sentido estremecerse antes, mientras atravesaba el pasillo de la iglesia del brazo de su hermano. Y aunque sabía que estaba hermosa con su vestido de plata y el cabello recogido en una trenza con perlas entrelazadas, ¡se lo habían repetido hasta la saciedad los criados y su familia!, lo vio reflejado en los brillantes ojos azules y supo que era cierto, que ninguna mujer aquel día la igualaba en belleza en todo Boston. Porque era feliz. ¡La mujer más feliz sobre la faz de la tierra! Y esa felicidad asomaba a su semblante.

—¿En qué piensas, mi vida?

—En que te amo.

Andrew levantó la cabeza y se perdió en la inmensidad de los ojos negros. Con inmensa ternura posó sus labios sobre los maltratados que le sonreían. ¡Su apetencia de Megan parecía no terminarse nunca! Para relajar su hambre, buscó una conversación que le distrajera la mente.

—¿Dónde vas a llevarme de luna de miel? Lo mantienes en secreto y sabes que soy muy curioso.

Le sorprendió el repentino envaramiento del cuerpo que abrazaba.

—¡Tal vez no sea buena idea! Debí consultarlo contigo.

—¡Estamos en tu terreno! No me importa dónde quieras llevarme. A no ser que exista un motivo.

La rigidez de Megan le dijo que había dado en el clavo y su mente se despejó de inmediato. Se incorporó, arrastrándola tras de sí, y se apoyaron en el cabecero de la cama cubierto de cojines. Hacía el suficiente calor en la estancia para que no se arrojara con la colcha, pero el temblor de su mujer le llevó a estrecharla en sus brazos.

—Vas a llevarme a tu granja.

Fue una afirmación, no una pregunta, y Megan se admiró de su perspicacia. Asintió, temiendo vislumbrar enojo en sus ojos. No obstante, solo leyó en ellos un interrogante.

—¿Quieres despedirte de tus recuerdos?

—Mejor hacerte partícipe de ellos —confesó, atribulada.

—¿No temes que, avivarlos, te haga más daño?

Los dedos de Andrew acariciaron su mejilla y ella se solazó en el contacto.

—¡Lonan está muerto, Andrew! No me engaño al respecto. ¡Y mi hijo también! Ni siquiera tenía forma cuando lo expulsé de mí, según me dijeron. Yo deliraba, perdida en un caos de dolor. ¡Pero no es ese el recuerdo que quiero guardar de Cape Cod! ¡Allí poseo la granja que tía Rosmary me dejó en herencia y en aquellas tierras fui muy feliz! Es un paraje hermoso, bravío. ¡Me gustaría despedirme de él apoyándome en la fuerza que tú me proporcionas! Después le diré a Ruack que lo venda y ya no volveré a pisarlo. —Se llevó los dedos a su boca y le besó la palma—. ¿Me concederás ese deseo?

—Te concederé cualquier deseo que me pidas —susurró él, con la mirada pletórica de amor.

—¡Júrame que jamás sentirás celos de Lonan!

—¡Júrame que no volverás a llorar por él!

Megan asintió, llevando la cálida mano a su pecho y colocándola junto a su corazón.

—Te lo juro.

Andrew posó sus labios en el mismo punto con delicadeza.

—Te lo juro.

[13] Iglesia de la época colonial británica.

Capítulo 14

La bahía de Cape Cod no se parecía a nada a lo que Andrew había esperado.

Navegaron desde Boston hasta Provincetown en una nave de poco calado y desembarcaron en un pequeño puerto de pescadores, en una zona donde las dunas y los matorrales constituían el único suelo. El mar les abarcaba por todos lados. Como perdidos en la inmensidad del océano, solo ellos, una carreta ligera que Ruack les había alquilado con anterioridad, y senderos de belleza deslumbrante. Pese a estar avanzado el otoño, la temperatura del mar lanzaba soplos de aire cálido y el sol brillaba con una intensidad cegadora.

El semblante de Megan resplandecía mientras le mostraba rincones hermosos, al avistar ballenas y delfines o saludando como una niña a las aves marinas que surcaban sus cabezas. Le confesó que para ella aquel lugar también era nuevo, que solo conocía los alrededores de Yarmouth, y por eso había escogido la ruta más larga. Con un destello travieso le instó a detenerse ante el faro de Truro, el Highland Light, una torre de estilo Reina Ana de veinte metros de altura que se había inaugurado en 1797 según leyó en algún lugar. Él la besó con ardor, agradeciéndole que recordara su interés por dichas construcciones y durante un rato pasearon por los alrededores, regalándose con las vistas.

Conforme se adentraban bahía adentro la tierra se ensanchaba y los arbustos daban pie a colinas y valles, con pinos blancos, robles y acacias entre otras especies. Para Andrew era una incógnita que esa tierra rodeada de agua salina permitiera enraizar vegetación tan diversa, lo que llevó a Megan a contarle que, según las leyendas indias, toda la bahía estuvo llena de bosques exuberantes; había sido la codicia del hombre blanco y sus ansias de madera para barcos lo que había llevado a deforestar la zona.

A lo largo del día las granjas se sucedieron y pequeñas poblaciones quedaron a un lado. Los dos prefirieron comer en la intimidad las delicias que la cocinera de los Cameron les había proporcionado. No obstante, cuando comenzó a atardecer buscaron refugio en Orleans, una tranquila villa que debía su nombre a Luis Felipe II, duque de Orleans, en reconocimiento por el apoyo que Francia concedió a las trece colonias durante la Revolución

americana, y porque el pueblo no quería ser conocido con un nombre inglés debido a que fue capturado dos veces por los británicos durante la guerra.

Con una sonrisa burlona, Andrew aceptó la exhaustiva explicación del posadero mientras les disponía una mesa con variedad de pescados, moluscos y crustáceos. Para mitigar el brillo acerado de los ojos azules, Megan se interesó por la economía de la región, viendo confirmada su historia india: los bosques habían desaparecido por el aumento de la población y la necesidad de construir edificios y barcos para la pesca; aunque había cierto número de habitantes que se dedicaban a la agricultura, predominaban los pescadores y cazadores de ballenas. Últimamente, la necesidad de preservar las capturas había llevado a la creación de una importante industria salina.

Saturados de comida y de cháchara, subieron a su habitación, una modesta pero limpia alcoba con cama enorme y chimenea. Se desvistieron entre risas, mientras Andrew, algo achispado, imitaba con voz engolada la interminable verborrea del hospedero. La noche se había tornado ventosa y la temperatura descendió varios grados, así que se metieron bajo el edredón, tras cerrar a cal y canto los postigos de la ventana, y se arrebujaron el uno contra el otro, para darse calor e iniciar una danza de manos y besos que les dejó extenuados.

El día siguiente amaneció frío, pero con un sol radiante. Desayunaron en el dormitorio, huyendo de la locuacidad local. Cuando Andrew abonó con una bolsa de oro sus gastos no pudo por menos de dejar caer un irónico: «Le aseguro que el duque de Ivory ha quedado muy satisfecho con sus atenciones. Le diré a mis compatriotas que, excepto para solicitar conversación, acudan a su posada si quieren verse bien servidos. Buen día, caballero».

Megan contuvo una carcajada al ver el semblante pálido del posadero ante tan sutil reprimenda y después no se reprimió de pellizcarle un codo cuando subió a la carreta para hacerse cargo de las riendas.

—¡Serás un duque, pero también un patán! Acabas de dejar avergonzado al pobre hombre.

—¡Él pisoteó mi orgullo británico anoche y me contuve! —replicó sin inmutarse.

—Hace ya un tiempo de aquello, ¿no? Podemos olvidar viejas rencillas.

—¿Olvidar que os independizasteis de Gran Bretaña? —Alzó la nariz con gesto pomposo, haciéndola reír—. ¡Jamás! Para cualquier británico seguís

siendo una colonia.

—Ese término solo deberías usarlo como sustitución de perfume. No hay más colonias, me temo. En América, no.

Andrew rio, enamorado de su ingenio. La chispa que Megan demostraba cada día lo hechizaba tanto como su cuerpo, del que no lograba saciarse por más que lo poseyera.

—¡Eres única, Meggy! Mi duquesa perfecta.

Ella sonrió, satisfecha y segura. No cabían celos en su corazón hacia Axel. La mirada de Andrew era demasiado sincera cuando la amaba. La misma que la suya al tocarlo. Puro amor.

Mientras recorrían el interior del cabo, dejando a su paso poblaciones como Brewster o Harwich, Megan fue narrando a su modo, pausado e intenso, los conocimientos más básicos sobre la bahía. En la punta de Provincetown fue donde desembarcaron del *Mayflower* los primeros colonos, en 1620. La versión que ella conocía, además de la oficial, era la de los indios. Lonan le contó que antepasados de tribus vecinas a la suya acogieron a aquellos extraños seres de raras costumbres, en absoluto preparados para el intenso frío del invierno. Durante el primer año les ayudaron a superar el hambre y las enfermedades por lo que en noviembre de 1621 celebraron una fiesta conjunta que resultó ser el origen del actual Día de Acción de Gracias. Los hombres blancos se establecieron en una ciudad que llamaron Nueva Plymouth y a partir de ahí comenzaron a expandirse y a olvidar paulatinamente el papel desempeñado por los nativos en su asentamiento. A lo largo del cabo se fueron creando nuevas poblaciones y más adelante se extendieron por toda la costa este del continente.

—¿Qué ha sido de los indios en la actualidad?

—La mayoría de las tribus han desaparecido. —La mirada negra se nubló, mirando al frente. Los dedos de Andrew se crisparon sobre las riendas de la carreta—. A unas se las llevó la viruela u otras enfermedades para las que no estaban preparados; a otras, el hambre, al quitarles sus recursos habituales y sus tierras, y a otras... el orgullo. Pelearon con los blancos cuando vieron que no iban a permitirles mantener su modo de vida. Quedan pequeños asentamientos, poblachos aislados en los que malviven. El alcohol les está destrozando, pero es lo único que les ayuda a olvidar. Los blancos lo utilizan de moneda de cambio para doblegarlos.

—¿Quieres hablar de Lonan?

Megan negó con la cabeza, así que Andrew arreó a las bestias y siguieron adelante.

—¡Mis lágrimas no eran por él! Te juré que su recuerdo no me haría llorar. Pero había muchos indios más a los que quise, aparte de él.

—¿De ellos tampoco puedes hablarme?

—¿Quieres conocerlos? ¿De verdad?

Andrew se perdió en los rasgos que amaba con una intensidad que hasta temía y sonrió, convencido.

—Quiero saberlo todo de ti. Y de la gente que llevas en el corazón.

Ella le besó, espontánea; después, un torrente de palabras surgió de su boca. Los nombres de Umi, Dasan, Oneida, Tala o Tallulah dejaron de ser un misterio para él y se convirtieron en compañeros de viaje hasta que llegaron a la granja.

Megan no quiso acercarse a Yarmouth porque habían recogido provisiones por el camino así que a media tarde se hallaron ante lo que para el duque de Ivory era una cabaña en buen estado y para Megan, la maravillosa morada donde había pasado su juventud más feliz.

Cenaron frente al hogar, tumbados en una manta, aunque los muebles habían sido reparados y se había limpiado el lugar a fondo por orden de Ruack Cameron cuando su hermana le confió el lugar, definido por él como «absurda localización», donde pretendía pasar su luna de miel.

Tras el bullicio de Megan mostrándole las habitaciones, el granero, la cuadra y el resto de dependencias anexas a la granja, se habían bañado en una tina con agua que él acarreó y ella calentó en el fogón, divertidos ambos al verse realizar semejantes menesteres. «Si me viera Charles le daría una apoplejía», rio él, refiriéndose a su valet. Lo disfrutaron lavándose juntos y haciendo el amor sobre el colchón de la alcoba principal.

De mutuo acuerdo prescindieron de la mesa y eligieron la manta, tras mostrar Andrew su sorprendente habilidad para encender la chimenea y probando ella que sabía cocinar. Saciados, se abrazaron frente al fuego. Andrew apartó la sedosa mata de cabello que llevaba suelta sobre el liviano vestido con lazos a la espada y dejó un reguero de besos en el cuello de su esposa. La tenía entre sus piernas, cobijando en su pecho la anatomía esbelta de Megan. Se moría de ganas de hacerle el amor, sin embargo, sabía que

antes debían dejar un capítulo atrás.

—Háblame de él.

Megan asintió, aunque, para sorpresa de su esposo, se apartó el tiempo justo de sacar de una pequeña mochila una ajada carpeta de cuero. La abrió enfrente suyo y fue extrayendo las láminas que atesoraba en su interior. Conforme le mostraba los retratos, iba nombrándolos. Umi, Tala... ya no fueron simples apelativos, sino personas de carne y hueso, con anécdotas conocidas. Andrew volvió a admirarse de la maestría de Megan para el dibujo. Aquellas personas eran tal y como ella se las había descrito. Orgulloso, besó sus manos y la miró a los ojos.

—¡Jamás podrás imaginar lo que siento cuando contemplo tus pinturas! Envidio esa magia que posees, y al mismo tiempo me envanezco como si fueran mías.

—Yo soy tuya. Y mi don también.

La sonrisa fugaz de Andrew se perdió en los iris negros.

—¡No, mi amor! Me temo que yo soy tuyo. ¡Con una rendición absoluta!

Megan contuvo el deseo de arrodillarse para besarle porque era consciente de que entonces la noche llegaría a su fin, y quería zanjar de una vez por todas aquel capítulo de su vida. Sacó la imagen de Lonan, la que lo mostraba con el tocado de plumas y el torso desnudo.

—Lonan —susurró.

Andrew pasó la mirada del orgulloso guerrero que ella había inmortalizado al rostro que aún atesoraba sentimientos por él. Pero Megan no le dio tiempo a decir nada.

—No era el más bravo, ni el más importante, ni siquiera el más guapo. Pero me escogió a mí. ¡De entre todas las mujeres de su entorno, me escogió a mí!

—Es imposible conocerte y no escogerte a ti, Meggy —susurró él, feliz de hallarla serena.

Con una amplia sonrisa, ella sacó una última lámina. Era ella, en la cascada, con su vestido de piel de gamo y el cabello al viento.

—Te presento a Nayeli —ilustró con voz juguetona.

—¿Nayeli?

Andrew tomó el papel entre sus dedos y saboreó la joven que ella había sido. Sus ojos brillantes, sus mejillas arreboladas, su cuerpo fibroso...

—Nayeli —asintió Megan—. Lonan usó ese término conmigo y yo pensé

que me estaba otorgando un nombre indio. —Ahora sí, una lágrima entre risueña y de añoranza, resbaló por su mejilla—. ¡Mis amigas se rieron muchísimo cuando se lo conté! Porque resulta que, simplemente, me estaba diciendo «te quiero».

—¡Nayeli! —Andrew saboreó la palabra—. Suena precioso.

—Es precioso —sentenció ella.

—¿Me dejarás usarla? ¿Podré decirte Nayeli sin que Lonan se interponga entre nosotros?

Megan apartó los dibujos y se encerró en los brazos de Andrew. Le besó los labios con ternura, los pómulos, los párpados y después regresó a su boca.

—Lonan estará siempre en un rincón de mi alma, como en la tuya está Axel. Pero como bien dijiste, somos el futuro. Ninguno de ellos posee potestad ya sobre nuestros corazones. Y si me llamas Meggy, o Nayeli, dará igual... porque yo sé que me amas. Igual que yo te amo a ti con cada fibra de mi ser.

Esta vez Andrew sí se dejó llevar. Enmarcó el rostro de Megan y besó su boca con pasión, marcando su esencia en ella.

Epílogo

Londres, finales de febrero de 1823

Megan se despertó con una sensación extraña. Notaba los dedos de Andrew recorriendo el contorno de sus pechos desde hacía un rato, pero a eso estaba acostumbrada. Era imposible que el duque quitara las manos de ella y cada amanecer se iniciaba como lo dejaban la noche anterior, con caricias furtivas que acababan en gemidos y suspiros.

Sin embargo, esa mañana apartó de un manotazo el brazo de Andrew y se incorporó lo más rápido que pudo, que resultó no ser lo suficiente porque de su garganta brotó una bilis amarga que la asqueó y asustó a partes iguales.

Andrew, preocupado, le sostuvo el cabello mientras vomitaba sobre la alfombra y le manchaba los pies. La tranquilizó con susurros y después la aseó con el paño que reposaba sobre el aguamanil de su alcoba, sin molestar a los criados. Logró mostrar un gesto despreocupado al hacerlo, aunque sus entrañas se contrajeron de pánico al imaginar que Megan hubiera contraído alguna enfermedad en tierras americanas. Cuando visitaron la costa y las escasas tierras que les quedaban a los indios ella no se había privado de ofrecerles ayuda y consuelo, hablándoles en su idioma y ganándose su confianza con cariño y regalos. Pero aquella gente vivía en condiciones infrahumanas, con poco más que agua dulce de un arroyo y caza furtiva para sobrevivir. Quizá hubieran debido ser precavidos al compartir los alimentos con que les agasajaron.

Apartando sus malos augurios, dejó a Megan arropada en el lecho, se colocó un batín sobre el cuerpo desnudo y bajó a la primera planta para solicitar al señor Evans que trajera al médico de la familia de inmediato.

Cuando regresó a su lado ella se hallaba mejor, pálida y con profundas ojeras, pero con el ánimo tranquilo.

—Te he asustado, Andrew —musitó, apenada.

—Se necesita más que mancharse de vómito para que un duque que se precie se asuste —bromeó él mientras la ayudaba a enjuagar la boca con una mezcla que trajo de la cocina y la tumbaba de nuevo—. ¿O piensas que los duelos son más limpios?

Megan sujetó su mano bajo su mejilla, necesitada de sentir su calor, y permaneció en silencio, dándole vueltas a qué podría ocurrirle. De no ser por lo que el doctor de Boston les había asegurado a sus hermanos, pensaría que estaba embarazada, pero según le aseguró Ruack, el galeno lo había descartado. El aborto había resultado penoso por su débil estado y sus escasos deseos de sobrevivir; resultó un milagro que ella no muriera al mismo tiempo que su bebé. Solo el tesón de Ruack obligando al médico a permanecer a su vera día y noche la había sacado de semejante abismo, aunque su interior quedó tan devastado como su corazón. Gimió de tristeza, no por aquel niño, sino por los que no podía ofrecerle a Andrew. Aterrado, él se ajustó a su espalda como una cuchara, deseando proporcionarle el calor y el consuelo que ella necesitaba.

—Tal vez no deberías estar tan cerca. ¿Y si he cogido alguna fiebre o algún mal que te perjudique a ti también?

Andrew le apartó el húmedo cabello y le besó la nuca, acallando la ira que se iba acumulando en su interior ante el simple pensamiento de perderla.

—¡No permitiré que nada te ocurra! Eres mi esposa y te sacaré del mismo infierno si hace falta —rugió en su oído.

—¿Bajarías al Hades por mí?

Captaba el pavor de su esposo y se obligó a bromear, reconfortada por su devoción. Él entendió su juego y volvió a besarla, esta vez en los hombros.

—Si hiciera falta, me convertiría en Orfeo por ti, mi preciosa Eurídice, aunque sería más listillo que él y esperaría a salir a la superficie para comprobar que eres tú quien me sigue.

Ella rio, dándose la vuelta y perdiéndose en su pecho.

—¡Hagamos trampa! Si soy yo, apretaré tu mano y te presionaré la palma con mi pulgar.

—¡No seas macabra, Meggy! —zanjó él la broma—. Tú no vas a morirte ni yo tendré que hacer tratos con dioses caprichosos. ¡Mi voz no es tan buena como la de Orfeo y ni siquiera sé tocar la lira!

La risa de Megan burbujeó en su pecho, haciéndole cosquillas y Andrew se tranquilizó al verla recuperar el color. Le besó los labios, recreándose en su fortaleza interior, la que la hacía parecer desenfadada cuando en realidad debía estar tan asustada como él.

Apenas había transcurrido media hora cuando la voz del mayordomo les

avisó desde el otro lado de la puerta.

—Excelencia, el doctor ha llegado.

Andrew saltó de la cama y volvió a cubrirse con el batín mientras en voz alta daba la consiga de «Diez minutos, Evans. Ofrézcale un té mientras tanto».

Ayudó a Megan a vestirse con un recatado camisón, cepilló sus cabellos y repitió la operación de enjuagar su boca con agua y miel. Después, salió al pasillo y ordenó traer al médico.

El doctor Staton era un hombre relativamente joven, de aspecto anodino, pero sonrisa relajada. Andrew lo había contratado tiempo atrás cuando supo de su interés por las ciencias modernas, tras escucharle en una conferencia que la higiene era parte esencial de la calidad de vida de las personas, lo que levantó algunas suspicacias entre los asistentes, aunque en él consiguió el efecto contrario. Escuchó en privado sus opiniones y recapacitó en que mostraban una gran lógica. Como no le resultaba fácil encontrar pacientes, el duque se hizo cargo de su manutención, lo que le concedió tiempo y materiales para seguir con sus experimentos. Hasta el momento, Andrew Perry no tenía ninguna queja de Robert Staton. Esa mañana rogó porque su confianza hubiera dado fruto, necesitando creer en él más que nunca.

El doctor escuchó sin alterarse los síntomas de la duquesa y con una ligera sonrisa solicitó que su mentor le dejara a solas con su esposa.

—Prefiero quedarme.

La firmeza del médico fue absoluta, basada en la franqueza que ambos se tenían.

—Créame, duque. Estará mejor fuera y no tardaré más de unos minutos.

A regañadientes, Andrew aceptó la solicitud y permaneció en el pasillo, aguzando el oído por si escuchaba alguna queja de Megan, pero el silencio permaneció tras la puerta.

Cuando Staton lo dejó pasar, el corazón se le paralizó en el pecho. Las mejillas de su mujer estaban sonrojadas y llenas de lágrimas que fluían sin sonido. Se apretaba el camisón contra el vientre mientras lo miraba avanzar hasta ella sin articular palabra.

Fue el propio Staton quien le dio la primicia:

—Enhorabuena, Excelencia. Parece que tendremos la dicha en Dolerman House de contar con un heredero. La duquesa está embarazada.

—¡Pero...! —El estupor asomó a su rostro, incapaz de expresar aún

ninguna alegría—. Megan no podía...

El médico rio, recogiendo su maletín.

—¡Parece que no hay nada que el duque de Ivory no pueda hacer para desafiar a la naturaleza! —se permitió bromear—. Insisto. La duquesa está embarazada. Y dada su salud de roble, no dudo de que el hijo, o la hija, saldrá tan tenaz como sus padres. Enhorabuena a ambos.

Salió de la habitación y les dejó solos teniendo claro como el agua que necesitarían intimidad para celebrar la noticia. ¡Por muy aristócratas que fueran, palpitaba demasiado fuego en aquella alcoba!

Badajoz, junio de 2015

Nota de la autora

Esta novela contiene un epílogo que, en situaciones normales, jamás hubiera escrito. No soy partidaria de las historias que terminan con bodas, embarazos y situaciones similares, por parecerme en extremo almibaradas. No obstante, he considerado que, siendo el supuesto problema de esterilidad la causa por la que Megan no se atreve a tomar las riendas de sus sentimientos hacia Andrew, debía cerrarla con un final feliz, como corresponde a toda novela romántica que se precie. Sabiendo lo mucho que al duque le gustan los niños y que, en su caso, el sistema de sucesión era importante, por más que él lo desdeñara en aras de su amor por Megan, he preferido concederles la gracia de un inesperado embarazo, lo cual deja abierta la puerta a futuros hijos (de donde nace uno, nacen dos, se entiende).

Con Nayeli se dan por terminadas las aventuras de la pandilla que se iniciaron en *Regalo del cielo*. Cada oveja con su pareja; felices y comiendo perdices.

Gracias por acompañarme en tan delicioso viaje.

De igual modo, agradezco a HQÑ la oportunidad de poner de nuevo en circulación mis novelas *Regalo del cielo* y *Nayeli*, publicadas anteriormente con otra editorial. Considero muy mejorada la calidad de su prosa y, aunque las han disfrutado muchos lectores, no me cabe duda de que hallarán interesante su segunda lectura.

Gracias, para terminar, a Elisa Mesa por su trabajo como editora y a Mónica Sota por sus preciosas portadas.

Biografía

Mercedes Gallego es extremeña. Se inició en el mundo editorial de la mano de HQÑ con *Mo Duinne*, en 2014. Desde entonces ha publicado *Mo Fàil*, *Intruse*, *Desafiando al destino* y *Regalo del cielo* con este mismo sello.

Suyas son también *El compromiso*, *Asuntos pendientes*, *Tess* y *Juego de damas*.

Mercedes Gallego participa del mundo cultural de su localidad escribiendo artículos para diversas revistas y mantiene activo un blog, *Tintadreams*, <http://tintadreams.blogspot.com>, desde 2013. Ha ganado algunos concursos de relatos y microrrelatos y ha colaborado en libros con fines benéficos.

Si quieres más información sobre ella, la encontrarás en Facebook, Twitter e Instagram.

Si te ha gustado este libro, también te gustará esta apasionante historia que te atraparé desde la primera hasta la última página.



www.harpercollinsiberica.com



Un hombre difícil

Palmer, Diana

9788413075334

288 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Blair Coleman era un millonario que siempre había cuidado de su negocio, el petróleo. Después de que la mujer de quien se creía enamorado lo utilizara y se librara de él, su vida personal dejó de ser una prioridad. Además, solo había una persona que lo quisiera de verdad, pero la irresistible belleza rubia tenía un problema: era la hija de su mejor amigo. Niki Ashton había sido testigo de la desgracia amorosa y de la lucha del amigo de su padre. Blair era el hombre más fuerte y obstinado que había conocido nunca. Su gran corazón y su carácter apasionado lo habían convertido en el hombre de sus sueños; pero, cada vez que surgía la posibilidad de mantener una relación íntima, él se alejaba de ella. Los celos de Blair solo flaquearon cuando se vio enfrentado a una posible tragedia. Ahora, era todo o nada: matrimonio, hijos, familia... Pero, ¿sería demasiado para Niki? ¿Llegaba demasiado tarde? “Diana Palmer es una de esas autoras cuyos libros son siempre entretenidos. Sobresale en romanticismo, suspense y argumento”. The Romance Reader “Diana Palmer es una hábil narradora de historias que capta la esencia de lo que una novela romántica debe ser”. Affaire de Coeur [Cómpralo y empieza a leer](#)

Donna Sterling

**Sola con
un extraño**

e^{lit}



Sola con un extraño

Sterling, Donna

9788413077123

224 Páginas

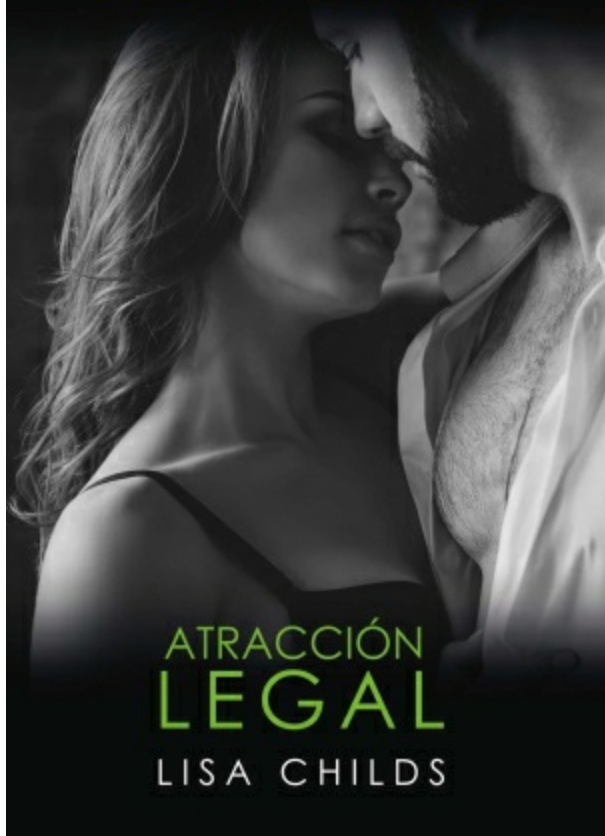
[Cómpralo y empieza a leer](#)

Jennifer se estaba saltando todos sus principios. No podía acostarse con Trev Montgomery. Pero era tan guapo y atractivo... y había sido su marido durante un breve y maravilloso momento siete años atrás, así que trató de convencerse de que no ocurriría nada por pasar una última noche juntos. Trev la habría reconocido en cualquier lugar del mundo. Aquella mujer era Diana... ¡su mujer! Solo que decía llamarse Jennifer... y aseguraba que era una prostituta. No tenía otra opción que arle para comprobarlo.¿Pero qué haría si se confirmaban sus sospechas?

[Cómpralo y empieza a leer](#)

HARLEQUIN

INTENSE



ATRACCIÓN
LEGAL

LISA CHILDS

Atracción legal

Childs, Lisa

9788413075150

224 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Ronan Hall, un abogado de divorcios increíblemente atractivo, arruinó la reputación de Muriel Sanz para conseguir un acuerdo más sustancioso para su ex. Ella, en venganza, quiso destruir su carrera. Tendrían que haberse odiado, pero no podían dejar de tocarse ni de besarse. Si no se destrozaban en los tribunales, era posible que lo hicieran en el dormitorio...

[Cómpralo y empieza a leer](#)

HQN™

Autora best seller de The New York Times

SHERRYL WOODS

el viaje
más
largo



El viaje más largo

Woods, Sherryl
9788413075235
368 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Después de quedarse viuda, Kiera Malone tuvo que luchar para criar a sus hijos en un pueblo de Irlanda. Y justo cuando había vuelto a enamorarse, su prometido tuvo un ataque al corazón y murió, y ella volvió a quedarse sola. La pérdida de su amor la dejó hundida. Su hija y su padre la convencieron para que fuera a visitarlos a Estados Unidos. Y, con la promesa de tener un trabajo en O'Brien's, el pub irlandés de su yerno, decidió aceptar. Sin embargo, resultó que atravesar el océano no fue nada comparado con instalarse al lado de Bryan Laramie, el malhumorado chef de O'Brien's. Muy pronto, sus peleas en la cocina se hicieron legendarias, y los casamenteros de Chesapeake Shores llegaron a la conclusión de que, donde había fuego, también tenía que haber pasión.

[Cómpralo y empieza a leer](#)



Miranda Lee
DESEO MEDITERRÁNEO

Deseo mediterráneo

Lee, Miranda

9788413074993

160 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Una lujosa casa en la isla de Capri iba a ser la última adquisición del playboy Leonardo Fabrizzi, hasta que descubrió que la había heredado Veronica Hanson, la única mujer capaz de resistirse a sus encantos y a la que Leonardo estaba decidido a tentar hasta que se rindiese. La sedujo hábil y lentamente. La química que había entre ambos era espectacular, pero también lo fueron las consecuencias: ¡Veronica se había quedado embarazada!

[Cómpralo y empieza a leer](#)